El acertijo de Maria Callas

Gerardo Guinea Diez

N
Novela

EC
Editorial Cultura

Gerardo Guinea Diez

Poeta y novelista. Durante 35 años ha sido editor y periodista. Ha publicado en México, Colombia, Costa Rica, Francia, Estados Unidos y Guatemala. En 2000 recibió el Premio Nacional de Poesía César Brañas; en 2006 el Premio Mesoamericano de Poesía "Luis Cardoza y Aragón" y en 2015 el Premio de Poesía de Editorial Praxis. Jean Jacques Fleury tradujo su obra *Ser ante los ojos* (*Etre sous le regard*), la cual fue publicada por la editorial L'Hartmann, en París, Francia, en 2003. Entre sus publicaciones destacan *El árbol de Adán* (Editorial Norma), *Un león lejos de Nueva York* (F&G Editores), *La mirada remota* (F&G Editores), *Fiticón* (Magna Terra Editores), *Un cisne salvado del diluvio* (Premio Juergos Florales Hispanoamericanos de Quetzaltenango).

[Continúa en solapa posterior]

El acertijo de Maria Callas

Biblioteca Nacional de Guatemala
"Luis Cardoza y Aragón"

863
G964 Guinea Diez, Gerardo
El acertijo de Maria Callas/ Gerardo Guinea Diez.
Guatemala: Ministerio de Cultura y Deportes, Editorial Cultura, 2003.
196 pp. (Colección Novela Guatemalteca, Serie: Miguel Ángel Asturias; No. 47)

1. LITERATURA GUATEMALTECA
2. NOVELA GUATEMALTECA
I. t

© Gerardo Guinea Diez, 2018
© Por la presente edición, Editorial Cultura, 2018
Diseño de portada: Martín Díaz Valdés
Edición al cuidado de Vania Vargas y Miguel Guzmán

Consejo asesor para las letras: Elías Jiménez Trachtenberg
Director de Difusión de las Artes

Escritores:
Carmen Matute de Foncea
Gloria Hernández
Luis Méndez Salinas
Gerardo Guinea Diez
Julio Serrano Echeverría

Una publicación de Editorial Cultura
Palacio Nacional de la Cultura, tercer nivel oficina 6, Guatemala.
editorialcultura@gmail.com

Impreso y hecho en Guatemala

Reservados todos los derechos. De conformidad con la ley (Artículo 274 del Código Penal), no está permitida la reproducción parcial o total de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier otro medio, ya sea electrónico, mecánico, por registro u otros métodos sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Gerardo Guinea Diez

El acertijo de Maria Callas

Colección Novela Guatemalteca
Serie Miguel Ángel Asturias No. 47

MINISTERIO DE CULTURA Y DEPORTES

Ministro de Cultura y Deportes
José Luis Chea Urruela

Viceministro de Cultura
Juan Alberto Monzón Esquivel

Director General de las Artes
Edgar Dagoberto Búcaro Pérez

Editor
Francisco Morales Santos

No puedo olvidar haber visto a una joven Maria
Callas ensayar y cantar "Aída"...
VICENTE ROJO

La ópera, a mí me suena como un montón
de cocineros italianos gritándose recetas de RISOTTO.
ONASSIS

Primera parte

Agosto

I

Aquel no fue un día ordinario, algo extraño sucedió que me llevaría a adentrarme en un agotador cuadro de las emociones. Como si de un frondoso árbol se tratara, fui incapaz de distinguir sus frutos, no sé si venenosos, pero al fin y al cabo, hube de cosecharlos para mi mala fortuna. Si bien, conforme se desenvolvieron los hechos, por no venir viniendo, una relojería del corazón asomó sus ocios horrendos, porque necesité de una mirada paciente para asimilar algunos secretos, no como artículos de fe sino más bien como una verdad de Perogrullo.

Quizá nunca logre reconstruir del todo esa historia donde sus personajes se empeñaron en llevar a la perfección una serie de fingimientos, lo cual se convertiría en una conspiración literaria, en cuyo desenlace me tropecé con una puerta insalvable: el enamoramiento.

Así, como si arañara los muros del mundo, llegué a mi oficina con el deseo de esfumarme y remediar el síndrome de lunes que suelo padecer desde hace unos años. Cada inicio de semana me enfrento a una enorme pila de manuscritos, perplejo los observo en una esquina de mi escritorio. Hay de todo: novelas, poemarios, ensayos, testimonios, como si fueran la única presencia material de la existencia de hombres atormentados por su obra. Leer sus galeras, algunas microscópicas, abigarradas y plagadas de errores y horrores, son el pan diario de mi oficio. Todavía evoco con humor el hermoso libro *Helarte de la errata* de Carlos

López, un sabio sanmarquense que vive y duerme en el DF mexicano y que se ha vuelto un clásico vivo del idioma.

Vivir inmerso entre tantas cuartillas no es una circunstancia aceptable ni adecuada, porque me figuro convertido en aquel personaje que imagina traer el peso de varias guerras civiles sobre la espalda y cree a pie juntillas que somos, para bien y para mal, nuestros propios libros. También recreo al poeta cansado ante la decepción de su búsqueda de Arcadia. Por encima de cualquier circunstancia, mi existencia se reduce a palabras, condición propicia para allanar el camino a infinidad de comentarios sobre mi sanidad mental y mi patológica actitud, tan proclive a las rarezas.

En ese espacio donde trabajo, arrimados en desorden, hacen cola para ser publicados, poemas sobre florecitas silvestres y paisajes bucólicos, tal si fueran una recreación en verso de *María*, la novela de Jorge Isaccs o, en todo caso, si fueran escritos por un aficionado a las artes de la jardinería. Son escasos los poetas que descifran las claves de la vida porque saben asomarse a una iluminación que deslumbra por el artificio de una realidad recién inventada.

Sin duda, esos textos —que para sobrevivir se pelean entre sí el honor de la cursilería— confirman, sin ningún miramiento, la validez de aquella idea sobre el fracaso de ciertos empeños de algunos aporreadores de teclas. Sin embargo, son los que más se venden y mantienen las ventas de la editorial. Al leerlos, suelo imaginar a sus autores leer en voz alta, con deplorable dicción, sus líneas disfrazadas de versos clásicos. Como sea, son un pretexto para desternillarse de la risa.

También, leo cuentos sobre asuntos del alma y corazones desgarrados por la musa ingrata, quien a la postre, resulta una chapucera exaltada de pésima prosa y ademanes cultivados desde su vasta cultura de telenovelas mexicanas,

tan proclives al diván y a la globalización de la melcocha, lo cual encaja en el contexto del argumento, de acuerdo con las reglas de cierto histrionismo de tercera.

Por razones difíciles de explicar, aún llegan novelas que fotografían con dudosa fidelidad, broncas sangrientas y describen el olor que desprenden los cadáveres de unos amantes después de yacer tirados por días sobre una alfombra beige con manchas de sangre, ante policías y agentes del Ministerio Público, que observan sin inmutarse. En fin, escenas muy a modo de Paco Ignacio Taibo II, sólo que en una versión malograda. En otras obras, hacen alarde sin ningún pudor de las costuras y no son más que un enorme estropicio del lenguaje.

Una semana antes de ese lunes, hojeé un libro donde el autor conjetura sobre la palabra «posibilidad», afirma que ésta puede interpretarse como «una doble temporalidad de la ironía». Para desenredar ese galimatías, procuré, por medio de otras lecturas, seguir la pista a esa conjunción críptica o, en el peor de las casos, aspirar a una conclusión más modesta. En su lugar acudió a mí una certeza: se trata de una virulenta sandez que contrasta con la serenidad del escritor al oírlo hablar con mi asistente, mientras yo, escondido detrás de la puerta, para ahorrarme una hora de disparates, me adormezco por su tono monocorde del que resulta difícil saber si es auténtico o simulado, similar a la analogía de Héctor Abad Faciolince sobre una máxima de Chamfort: «la falsa modestia es la más decente de todas las mentiras». Y es cierto, el tipo tiene pinta de buena gente, aunque nunca se sabe.

Para zanjar esa disyuntiva, tomé la decisión de consultar varios diccionarios. En uno encontré la siguiente definición: «Del lat. *Possibilitas* (aptitud, potencia u ocasión para ser o existir algo)», en otras palabras: ninguna señal para trazar unas coordenadas de un plano mental fluido,

coherente. En un santiamén, en medio de alucinaciones —y eso que no había bebido nada en días— y por el puro placer de hacerlo, una frágil figura salió más allá de mi oficina y exclamó: «henos aquí, frente a frente, al lado de una alcantarilla»; me pareció estar frente a un escritor preocupado por una mujer gorda que rondaba una agencia de empleo; yo, atemorizado, me enfrascaba en una inútil búsqueda de diccionarios, casi a punto de agarrar a patadas unas piedras en la acera de la calle, recordé la refutación de Samuel Johnson a la afirmación del obispo Berkeley en el siglo XVIII sobre que la realidad no existe. La única manera inteligente fue dar una patada en una taberna y gritar: «Así refuto al obispo».

Como sea, una pesadilla a punto de consumarse a causa de un horror tardío, presente en esa estrambótica afirmación. Para acabar pronto, desde que leí esas líneas, no dejaron de torturarme como una mandrágora y, para dar por terminado ese sufrimiento, concluí dos cosas: ese escritor es una mala copia de Borges y desconoce en absoluto el carácter trágico cómico de su trama y es lo contrario de lo que Eliseo Diego afirma: los libros, los buenos, «pretenden ser un fragmento de realidad en medio de una sociedad de fantasmas».

Para crispar mi estado de ánimo, me veo obligado a revisar ensayos que a la segunda página se les nota el aburrimiento y la corrección política, además, con unos títulos irritantes, kilométricos y con pies de página que son una demostración alevosa de su ridiculez sabionda y que merecerían ser denunciados ante alguna autoridad competente.

Recelo desde hace algún tiempo de que las cuatro paredes de mi oficina están habitadas por voces de poetas, novelistas, filósofos y en coro explican el argumento de su obra porque están aterrados por la posibilidad del fraca-

so, ya que alucinan con quedarse en la vera del camino, solos y sin lectores. Su estridencia salvaje y demencial se asemeja a subirse borracho a un carrusel y quedarse con media sonrisa en el vacío. Nunca entendí a ciencia cierta de dónde llegan tantos libros. Sólo sé que la secretaria los acepta, extiende un recibo y los coloca en mi escritorio los viernes por la tarde.

De muchos que examino, cinco o seis muestran rigor y oficio, el resto, son un engaño, una fallida empresa acerca de la realidad —tal vez a ello se refería Berkeley—. A pesar de que obvio mis acostumbradas generalizaciones, son historias insoportables que sacan de quién sabe dónde y acompañan con una prosa accidentada. Es una perplejidad que no logro paliar ni siquiera con una botella de *whisky*. Quizá esa sea la razón por la cual, los viernes repito lo que escribió Borges en *Utopía de un hombre que está cansado*: «la imprenta ha sido uno de los peores males del hombre, ya que tendió a multiplicar hasta el vértigo textos innecesarios».

II

Ese lunes, luego de acomodar mi maletín y encender la computadora, hice lo que siempre hago todos los días hábiles del año, revisar el correo electrónico y entretenerme con *Facebook* y su escasa, en la mayoría de veces, originalidad, aunque debo reconocer que tiene algún encanto. Con todo, es la esencia del disparate, la cursilería y un exhibicionismo deliberado y barato. Sorprende la mitomanía colectiva, el ligue por el *chat* es formidable, casi lúbrico. Sin duda, el anonimato es el mejor aliado con todo tipo de invenciones.

Después empecé a leer un poemario de un joven escritor. Los primeros versos no estaban nada mal, además, me sacaron de la modorra que no lograron las tres tazas de café que a esa hora ya había bebido. En eso estaba cuando mi asistente tocó la puerta y la abrió como si también padeciera el mismo síndrome.

Minutos antes de esos primeros versos, como en duermevela, figuré que participaba en un debate sobre equidad de género y moralidad pública, donde, con una mezcla de lástima y odio, un grupo de intelectuales no podían esconder su molestia y escándalo por cómo me quedé dormido ante un nutrido público que no comprendía ningún carajo de lo que allí se hablaba. En el sueño se congregaban todos los elementos deseados: sociólogos de morral al hombro, psicólogos con su barbita bien cuidada, antropólogos con pantalones de bolsas en los muslos, filósofos, economistas,

políticos, uno que otro viajero alemán, español o italiano y edecanes rubias y morenas, capaces de alimentar ofuscaciones; no faltaron en esa pesadilla, la jauría de los analistas políticos. El salón holgaba en la contemplación aburrida de las ponencias. De acuerdo con esa alucinación, fue mi quietismo el que enojó a tan ilustres participantes.

—En recepción está el señor Gabriel S. Lara —dijo Camila. Arrastró la S más de la cuenta, devolviéndome a la realidad. Volteé a verla para corroborar mis sospechas. Como es común, traía entre manos un bulto de papeles del modo más insólito, como si cargara un gato y una sonrisa que es su modo de desaparecer. No quise preguntar por qué no se anunció por el intercomunicador; pulsar un botón le habría ahorrado la fatiga de subir las gradas y atravesar el largo corredor.

—Que me espere unos minutos —tartamudeé. Quise inventar un pretexto para no recibirlo. Qué sé yo, una reunión urgente, la edición final de una novedad. Soy torpe para las excusas, me salen mal esos rituales de simulación.

Camila se quedó paralizada. Supuse que diría «lo veo pálido. Anímese, échese un trago». Desconcertado, pregunté si le gustaban los lunes. Aún no sé la respuesta, porque de inmediato se dio la vuelta y se retiró y me dejó igual de perturbado. Conforme pasaron los minutos, me convencí de que los odia y ese pequeño detalle explica, al menos, las razones para vestirse con ropa anticuada ese día, lo cual acentúa su aspecto de mala salud, dándole una apariencia espectral. El resto de la semana es otra historia: su indumentaria expande una brisa nocturna que entra en ráfaga, según lo tangible que desprende el olor de sus ropas o quizá ese aserto se deba a mi falta de destreza para encontrar otro símil, como sea, la lleva con dignidad y con un poco de picardía, en tanto yo la devoro de martes a jueves con devoción para nada púdica. Situación no menos

inquietante son los viernes, aparece con unos jeans ceñidos y unas blusas que invitan a la celebración de ritos eróticos para inmolarse en un sacrificio de carne, saliva y sudor.

Regresé a los versos del poeta debutante para calmar el desasosiego. Cinco minutos después, marqué el número de extensión de Camila. Que suba Gabriel, dije sin más preámbulo.

Dejé la lectura a un lado y me topé con la figura de Gabriel S. Lara, vestía un traje gris y zapatos negros, por su aspecto físico juzgué que no se lo quitó durante el fin de semana. Saludó y elevó las cejas; directo se dirigió a la mesa de reuniones y puso sobre la misma un manuscrito. Se quitó el saco, se arremangó la camisa y no habló en un breve lapso, su olor a alcohol era inaguantable, como si trabajara en una farmacia. Me aletargué ante su presencia y acabé por creer que estaba obligado a descubrir por sí mismo que tal mamotreto no era más que una gran novela. Alcancé a ver el título: «La Divina».

Por un brevísimo instante, fuimos personajes de una película de Woody Allen y por mi adicción incurable a recordar hechos pasados, la presencia de Gabriel en la editorial allanó el camino de un hecho lejano: me vi subir el elevador de un edificio, en la avenida Insurgentes, en México, donde en uno de sus pisos se encuentra la editorial Joaquín Mortiz, seudónimo durante la guerra civil española de Joaquín Díez Canedo, su extraordinario editor, muy mayor, cálido, jovial.

Después de dos horas de conversación, don Joaquín preguntó: qué lo trae por estos lares. Le entregué mi primera novela, un ejercicio más bien fallido y que él, con una singular delicadeza, nunca descalificó. Lo visité durante dos años para esperar su respuesta. Siempre salía con una anécdota sobre cómo las mujeres arruinaron su editorial y la posterior absorción por Planeta. Hasta que me desesperé

y no lo volví a frecuentar. Nunca me abandonó su imagen y el cariño que le llegué a profesar.

Al ver a Gabriel impávido, las manos nerviosas y tocándose la barba de tres días, evoqué las frecuentes visitas de escritores que ponen sus originales sobre mi escritorio y se quedan como si estuvieran afónicos porque vienen de alguna función de karaoke. Quizá esperan que yo les diga una frase cualquiera.

A S. Lara le publiqué dos novelas. Con la primera nunca logré descifrar si se trataba de una novela, un testimonio o, en el peor de los casos, un testimonio novelado, términos en desuso, obsoletos, pero que por mera curiosidad del oficio instaban a pensar en un adjetivo, algo ordinario a todas luces. Su hermetismo y su humor negro tampoco contribuyeron a dilucidar ese misterio, ya que nunca se mostró dispuesto a confesar las verdaderas circunstancias en torno a ésta y qué razones lo arrastraron a escribirla. Aunque, en honor a la verdad, es notorio su perfil caballeresco y el leve tono de desilusión presente en sus páginas.

La segunda, con la singular caracterización que él mismo estableció en su momento —una «pre novela»—, y sin entrar en litigios, es la historia de cómo escribió la primera. Para un lector informado, ambas tienen lazos visibles que las interconectan. No obstante, me gusta más la segunda, *Una guerra imperfecta*, que no tiene nada de «pre novela». Es un ejemplo de una insólita intensidad y su cinismo es sólo aparente, o tal vez, un cinismo honrado. Claro, su incorrección política puede ser materia de muchos epítetos de poco valor. En ella se vislumbra aquella idea de que el país es de los pocos lugares en el mundo capaz de albergar la descomunal empresa de resistir a cuarenta y dos años de dictaduras militares, a los olores putrefactos de la muerte y al delirio de la cacería que emprendieron los anticomunistas. Sin embargo, los grandes temas aparecen

sugeridos, diluidos entre amores complicados, borracheras babilónicas, fiestas en la costa sur y consultores de Naciones Unidas y sus diagnósticos poco razonables. Éstos se dispersan, se esfuman, se pierden a los cuatro vientos y regresan por una rendija que S. Lara sabe abrir a tiempo. Al menos, en esta obra es obvia la intención de dejar a un lado los planos externos —los grandes relatos, suelen decir con pomposidad los críticos—, incluso, la inevitable curiosidad de la verdad para permitirse ser honesto. Como si se anticipara a sus pasos que comienzan a aproximarse desde el fondo de sus recuerdos. Tal vez se trata de algo más insípido, recrear, sin decirlo del todo, la fecha en que perdió un paraguas de regreso de un congreso de justicia transicional, para hacer hincapié en el lado chapucero de la Historia.

Quizá ello explique la estructura de la novela testimonial —adjetivo que lo pone incómodo—, y firmó con seudónimo: Matías Orellana y tituló *No personas*. En ésta es claro que el único método susceptible de llevar a la memoria a buen término es mediante el artificio de la primera persona, con su historial caudaloso de heroísmos y su inventario de naufragios.

En cierta ocasión confesó que las escribió al mismo tiempo y que si se les mira por cualquier parte, se parecen, porque Matías, uno de los personajes centrales —es verdadero, supongo—, siempre deseó que Gabriel S. Lara escribiera la historia de la resistencia y los desaparecidos y sus frutos fueran la prueba tangible de la reputación criminal de políticos, empresarios y militares a lo largo de un siglo. Esa vez se describió como un escritor de choque. No quise contradecirlo. Para mí, *Una guerra imperfecta* es más que una recopilación de hechos, personas y anécdotas recurrentes de tiempos convulsos, es el vivo retrato de los humores descompuestos de la posguerra, definición falsa

para mi gusto, quizá lo más cercano a la realidad sea el uso del término posdictaduras.

—Ahora te traigo una braza —recalcó—, se trata de las relaciones amorosas entre una cantante de ópera y un viejo profesor de cálculo que cree que ella es Maria Callas.

Su solicitud, según logré entender en medio de su laconismo, consistía en que yo conociera a los personajes.

—¿Personajes?

—Sí, son reales —aclaró.

—Entonces, es un testimonio —dije para provocarlo.

—En absoluto —respondió. Luego, sacó de la mochila otro texto y lo puso sobre el escritorio, a la par del primero.

—Esta es una «novela paralela» —expresó. Remarcó el adjetivo con el dedo índice, pero de igual modo, al pronunciarlo.

—No te entiendo, Gabriel —respondí con sinceridad.

—Con ambas escribiré una «posnovela».

—¿Qué relación existe entre una y la otra?

—Para eso estoy aquí, para que me ayudes a encontrar la solución. La primera es un texto inacabado, aunque debo reconocer que en la misma situación está la segunda. En otras palabras, la solución de una está en la otra y si ésta no se resuelve, tampoco la primera.

—¿Posnovela? —Volví a preguntar y repasé las dificultades que enfrenté para la edición de *No personas*, que después de las cansadas, consiguió publicarse gracias a los auspicios de la cooperación internacional.

—Sí, son personajes de cuatro novelas publicadas, y los nuevos se incorporaron a éstas. Como leerás, son auténticos, poseen vida, más claro no puedo ser —precisó, sacándolas de una bolsa plástica de supermercado, poniéndolas al lado de los dos manuscritos.

—¿No es mejor trabajar cada una de forma independiente?

No respondió, tampoco puso en tela de juicio mi inocultable perturbación. Su estampa se diluyó en la mañana como si hubiera decidido quedarse el resto de su vida, sentado frente a mí, olvidarse del miedo, el miedo aquel que todos sentimos sin que lo supiéramos con claridad.

Así fue para nosotros sin que pudiéramos explicarlo, algo ocurrió en los últimos años que nos acompañó como si fuera una amistad entrañable. Pero no lo fue, más bien se asemejó a un instinto, una manera de aprender a mirar y eso es lo que vimos: la curva del terror, el animal del castigo y la ansiedad de los otros para adaptarse, y que bastó con mantener el temple para salir con pereza de ese laberinto.

Lo acompañé hasta las gradas. Se dejó arrastrar por el cansancio y reconoció que debía dormir un poco. Gabriel propuso el siguiente lunes, lo cual rechacé de inmediato. Quedamos de reunirnos el viernes y no oyó o no quiso oír mi sugerencia de que se olvidara de ese enredo de la «posnovela». En un afán de gentileza quise decirle que era imperativo cumplir la sentencia de Nietzche, la cual subraya que «contamos con el arte para que la verdad no nos destruya». Fue demasiado tarde, había terminado de bajar las gradas.

III

Para levantarme el ánimo después del encuentro con S. Lara, escuché *Secret pound* de Keiko Matsui, pieza que trajo a cuento un concepto del *Tao*, el *Wu Wei*, cuya esencia establece el camino natural de hacer las cosas, como las plantas que crecen sin hacer ningún esfuerzo. Es decir, el principio de no actuar. Eso hice durante unos minutos. Con urgencia desistí de ese vacío asomándose, al concluir que la inutilidad puede ser un método, que entre alguno de sus pasos está aquella perversión de querer bastarse a sí mismo.

Busqué un disco de Petruciani y Benson, pero la idea había echado raíces. Entonces, concluí —para no derivar en juicios más postreros— que el empeño del Wu Wei es cuesta arriba en estos tiempos de trepidante carrera hacia lo superficial y donde sus participantes ignoramos qué desenlace nos espera en el otro extremo.

Aunque lo neguemos, estamos frente a sociedades atraídas por los relatos de la amargura, y no es para menos. Las puertas se cierran poco a poco conforme avanza el divorcio moral y salen a luz las víctimas de esta época de euforia. Los indignados en España, el cuerno de África con imágenes apocalípticas de niños muriéndose de hambre porque en algún momento, funcionarios del FMI, pulcros, con trajes *Brioni* de *pinstripe* negro, corbatas *Hermes* con puntos azules, sombrero *Ferragamo* y reloj *Bulgari Restyling* y sus mujeres con vestidos *Dolce & Gabbana*, dictaminaron

hará unos veinte años las medidas de ajuste estructural, lo que devino después en ese calvario y su equivalente, el ejercicio pitagórico de contabilidad general, es decir, la apoteosis de los neologismos «productividad, competitividad y eficiencia de los recursos».

Tomé una hoja en blanco —quise escribir alguna tontería—, la estrujé, segundos después la lancé con fuerza en el cesto de basura, eso bastó para que tuviera presente la anécdota de unos médicos de Boston que descubrieron que los campesinos, cortadores de café en los alrededores del lago de Atitlán, eran muertos en vida. Los análisis de laboratorio reportaban un valor menor a cinco de hemoglobina. «Hay que rescribir los libros de fisiología», exclamaban con escándalo.

Ignoro qué podría decir Ferrán Adriá, dueño del mítico restaurante «El Bulli» y alabado como cocina de investigación por Manuel Vásquez Montalbán de la plaga de hambre en el mundo. Menos tendría que opinar Auguste Escoffier, padre de la cocina moderna y sus conocidos melocotones, como el *Peach Melba* en honor a la cantante Nellie Melba.

Qué actitud tomar y explicarles a estos chef de diseño que en Zanzíbar, Zambia, Ruanda, Mozambique, Angola, Sierra Leona, Liberia, Uganda, Somalia, el hombre empezó su lento, grandioso y trágico camino hacia la civilización. Cómo digerir que en estos lugares surgieron las historias de *Simbad el marino*, *Las mil y una noches*, *Las minas del rey Salomón*, y aún son un crucero de caminos para centenas de viejas culturas y que lo amoral no está en esa exquisitez y sofisticación culinaria, sino en que sobran alimentos como hambre hay por doquier.

Si algo aprendí de Aura, una de mis ex mujeres fue el placer de la buena comida. Es una experta en comida oaxaqueña y poblana, conoce al dedillo los platos de

Cobán, Alta Verapaz y aprendió con paciencia a elaborar recetas peruanas. Siempre me provoca ilusiones y delirios al paladar. Posee un extraño don para domesticar los cuatro elementos del mundo y plasmarlos en la mesa: agua, aire, fuego y tierra. Además, para mi disgusto, los relaciona con los cuatro humores del cuerpo: negro, amarillo, rojo y blanco.

Caso contrario es Amanda, mi última y fallida relación, quien la obsesiona el colesterol, los triglicéridos y el sobrepeso. Por poco y muero debido a esas dietas de verduras cocidas, hierbas sin sal y café sin azúcar. Si para mi mala suerte se enteraba que cometía el pecado de almorzar comida rápida, eso bastaba par que durmiera en el sofá de la sala durante una semana. Jamás entendió que los sensuales sentimos por el vientre y esa incapacidad, según mi corto juicio, la volvió alguien frígida y neurótica. Nunca captó que el placer de las tentaciones siempre viene bajo el aspecto de mujeres desnudas o bien, de suculentos manjares. Ella quería un anacoreta y no entendió que yo era un bifronte glotón y sexual. Se encabronaba si decía que hablar de anorexia nerviosa en el Oriente u Occidente de Guatemala no es más que una verdadera mentada de madre.

IV

Me acerqué a la ventana, una gran pincelada de azul cobalto rebotó en los vidrios. Ahí estaba la ciudad bajo el techo clareado de la mañana. Volví a hacerme la misma pregunta: ¿cómo encajo en ella? De ningún modo renuncio a responderla, pero no sé cómo demonios hacerlo. Tiene razón Monteforte Toledo, es peor el regreso que el exilio. Es complicado entender que la vida está en el ser ahora y hacerlo de otro modo es demasiado enmarañado, sobre todo si nos domina y esclaviza el oxímoron del liberalismo totalitario. Pensé en Gay Talese, el periodista que habló con Borges a principios de 1962 en el hotel Algonquin, en la calle 44 oeste en Nueva York, y cuya entrevista fue publicada en el *New York Times*. En esa ocasión, Borges manifestó: «ahora todo el mundo está en mi interior… y veo mejor, porque puedo ver todas las cosas que sueño».

¿Qué veía yo ese lunes desde aquella ventana? No lo supe.

Esa semana pintaba complicada y S. Lara contribuyó a meterle más ruido a mi existencia. No sabía qué estaba en mi interior ni a qué me enfrentaría con ese embrollo de cuatro novelas y dos manuscritos para escribir una «posnovela», que según S. Lara, era una crónica de amor entre un profesor y una cantante lírica. Lo poco que conocía de ópera venía de los CD grabados por Carreras, Pavarotti y Plácido Domingo y que en una época de mi vida solía escuchar con un amigo los sábados por la noche. Era

curioso, la evidencia de que ya estábamos borrachos era si repetíamos infinidad de veces la pieza "Dos" hasta que mi mujer en esa época zanjaba el asunto con un ¡ya basta!

Seguí parado en la ventana. A lo lejos, la ciudad; una nube de tristeza y melancolía permanecía y se dilataba. Saltaba de un lado a otro la confesión de Borges. Sin duda, hay palabras que atraen hechos y objetos: la máquina Singer de mi madre, los periódicos con fechas lejanas, mis ex mujeres, los amigos desaparecidos durante la dictadura, los parques, los bares y alguna hermosa mujer que aún no olvido. ¿Sería ese el mundo interior borgiano?

En una gran parte de la ciudad advertí señales de una decadencia irremediable. A pesar de cierta alegría contenida, flotaba una sombra de abatimiento que ensuciaba el aire, como si fuera la creación de oscuros dramaturgos. La parte más moderna, la más limpia, por supuesto, rebosa de edificios costosos, ataviados de vidrios ahumados; son la reiteración de ocurrencias arquitectónicas poco razonables. Como si tuvieran cierto aire presumido porque a menudo se nota la mano vulgar de los mecenazgos de dudoso talento. No es difícil concluir que muchos hombres y mujeres desvarían perdidos en el laberinto de la pobreza. Quise bajarme a la calle y entender que la ruina de las dictaduras militares no quedó en los edificios, los parques, las casas, sino en los rostros de las personas. Como un halo que los acompaña o una amargura anterior a su voz.

Regresé al escritorio y busqué el significado de Metempsicósis: «Doctrina religiosa y filosófica de varias escuelas orientales, y renovada por otras de Occidente, según la cual las almas transmigran después de la muerte a otros cuerpos más o menos perfectos, conforme a los merecimientos alcanzados en la existencia anterior». Una definición que nunca puede quedar asociada con los habitantes del país, porque aquí la Metempsicósis es una suerte de entelequia

cómica y escabrosa que huye con los calzoncillos en la mano al nomás vernos aparecer en el horizonte. Sabe que miles de hombres y mujeres trabajan en un *call center* o en una maquila y de antemano adivina qué significa ser cajera de supermercado, costurera, contestador de teléfono, cortador de caña, minero, policía privado, prostituta, es decir, almas desgraciadas que jamás alcanzarán la perfección, porque siempre merecerán la obediencia. Como si fuera una película de Chaplin, la austeridad a modo de espolio público.

V

Pasaron dos horas desde la visita de S. Lara. Una cifra redonda para un malestar que sacó a flote esa idea de que todo fluye, la vida, los sueños, las pesadillas. Nada es lo mismo un segundo después. Menos, tratándose de proyectos literarios insensatos, a los cuales, sigo sin explicármelo, me adherí sin decir ni pío. Y es que no tomé la debida distancia ni entendí que el punto neurálgico se hallaba en la verosimilitud de su propuesta. Guardé silencio e hice una concesión que pagaría con creces y me costaría meses averiguar dónde estuvo la trampa.

Quise llamar en ese momento a Gabriel y decirle que me arrepentía, que me encontraba demasiado liado con otros escritores. Y no era para menos, cada mes aparecían por mi oficina, novelistas con apuntes desordenados, como si fueran una bitácora de propósitos a medias, poetas con temblor de manos y que ni con suma dificultad llegan a parecerse a aquella estampa que suscita unos versos de Agustín Goytisolo: «Así son los poetas / las viejas prostitutas de la Historia», texto subrayado por Cortázar de un libro de su biblioteca. Pobres bardos que olfatean el aire, agazapados en su propia ruina, sus figuras se recortan contra el último resplandor de una realidad empecinada en escabullirse de sus versos. También ensayistas que pronto engrosarán las estadísticas sobre el bostezo.

Di un rodeo a mi escritorio, con el deseo que las imágenes desaparecieran de mi cabeza. Quise llamar por el

intercomunicador a Camila. Desistí en el acto, era lunes, por lo mismo, lucía horrible. Flaqueé con la llamada a S. Lara. Me detuve un momento, no más de unos segundos. Tomé una decisión: cancelar las citas del día.

—Camila, no estoy para nadie —dije, decidido a revisar una por una las cuatro novelas y los dos manuscritos. Intenté con la primera, una historia sobre el supuesto asesinato de un cómico. Pude con las primeras cinco páginas. Me puse de pie y una idea pasó por mi cabeza: estas lecturas van para largo. Fue entonces que busqué el saco y salí a la calle.

—Vuelvo después de almuerzo —informé a Camila, quien hizo un gesto, no sé si disgusto o de sorpresa. A lo mejor fue la mueca del síndrome del lunes.

Lo del almuerzo nomás fue un pretexto. Caminé alrededor de una hora por las aceras del barrio de Jocotenango, en las orillas de la ciudad, como si me hubiera quedado solo en la vida, en silencio, sin ánimos para pensar en otra cosa más que en ese proyecto. Al fin alcancé el centro de la ciudad de Guatemala, entre casas viejas, vendedores ambulantes, guardaespaldas de funcionarios de gobierno. La mayoría de peatones no conocerán, deduzco por su indumentaria, la Diosa Perra del éxito, como dice William James. Si por accidente me llego a rozar con ellos, devuelven una mirada cargada de desprecio perdurable. Esa parte vieja de la ciudad es un inventario de las enfermedades nacionales.

Me senté en una banca de la Sexta Avenida. Descubrí que llevaba mucho tiempo sin ser parte de un proyecto tan extravagante como la «posnovela». No quería obstinarme con los detalles, en esa circunstancia, más bien deseé decirle a S. Lara que ahí la dejáramos y despedirme con un apretón de manos. Una anciana me ofreció rosas. Se quedó un rato viéndome los zapatos antes de alzar la mirada y posar sus

ojos en los míos. Le compré una. Recordé aquellos versos de García Lorca: «La vida no es justa ni buena».

Decidí llamar a Itzá Mendoza, le ofrecí una rosa y un modesto almuerzo en el bar Europa, a diez minutos de donde estaba. Aceptó entusiasmada, como si fuera nuestra primera cita. No era mi intención contarle los detalles del asunto, sin embargo, me urgía desahogarme. En ese tiempo, Itzá llevaba seis meses conmigo. Conocía mi oficio, mis incongruencias, mis obsesiones, mis malos humores, pero a ella sólo le parecían conductas propias de un editor cincuentón, con manías fantasiosas que se las tomaba con el mejor ánimo. Además, conservaba una deliciosa vocación por la posesión sexual que paliaba en mí el sentimiento perenne de vacío, de ausencia, y que ella a menudo toleraba. Abrigaba un don para darle a nuestra relación un compuesto indispensable: el sentido de la embriaguez. Que no estuviera enamorada de mí era lo de menos.

Mientras me dirigía al encuentro de Itzá, no sospeché lo que vendría los siguientes meses, los meses que siguieron a ese lunes, donde el asunto de S. Lara pasaría de ser algo circunstancial a convertirse en la búsqueda frenética de un nombre, un enigmático nombre de una novela. Tampoco sabía, y no tenía por qué saberlo, que el amor tocaría a la puerta de sopetón. Ya me había sucedido antes, pero no como agua remansada sin otro atractivo que la demora.

Entré al bar en un estado mental, diría desquiciado, pero no es la palabra, porque sonaría como un tecnicismo de psiquiatras. Más bien, estaba asustado por la incertidumbre de meterme en ese jaleo sin haberlo pedido. Aunque estaba al tanto de los hábitos de los escritores y que éstos desconocían en absoluto cómo funciona el mundo real, la revelación de Gabriel se distinguía por tener una anomalía desconocida hasta ahora para mí. Y ese mundo

era de aquellos que vivían en la sombra iluminada de la literatura, es decir, no conocían la fama ni el éxito. Tampoco entendían, como Banville, que «el arte no es para nada la vida, sólo se le parece».

Mientras esperaba a Itzá, pedí al mesero un *whisky*. En las televisiones eran recurrentes las imágenes de un atentado contra un bus de pasajeros. Según alcancé a entender, la «mara» colocó una bomba incendiaria porque los empresarios no pagaron la extorsión. Más de once muertos y muchos quemados. Quise argumentar a César, el encargado del bar, que aún no nos desprendemos de la historia de violencia de las últimas décadas, no pude porque no encontré el modo de decirlo. Un hombre setentón, desde la barra, me vio sin ninguna expresión. Fui incapaz de algún gesto. Aunque segundos después intercambiamos una sonrisa.

El típico ruido del bar se congeló. Los comensales lamentaban en silencio el atentado. Empecé a observar a los ojos, nadie parpadeaba y fue como si el espíritu de resignación en los rostros se hubiera quedado fijo en las pantallas. Durante un momento, se reveló la compleja estructura del país: obediencia y castigo. Un momento más tarde llegó Itzá.

VI

«Qué vaina es mi jefe, no tienes idea de lo que me costó salir de la oficina», fueron las primeras palabras que le oí decir a Itzá. Todavía lo tengo a la vista con claridad, traía un vestido azul turquesa de algodón, adornado con un chal amarillo mexicano y un enorme collar de piedras de jade del mismo color. Por alguna razón asocié su pinta con una de esas postales de Frida Kahlo que tanto se pusieron de moda a finales del siglo XX. Jaló una silla y con los dedos juntos representó un beso simbólico. En otra colocó un enorme maletín y llamó al mesero.

—Sabes, no soporto a ese cabrón —confesó con una sonrisa más bien de tirria.

—Paciencia —alcancé a responder. Olvidé las crueles escenas del bus incendiado con una bomba molotov.

En esa época Itzá trabajaba en una agencia de publicidad. Ostentaba uno de esos cargos con nombre chocante: directora creativa. Yo odiaba —y creo que ella también— ese culto obsceno por el *marketing* y cierta vulgaridad apenas maquillada de *fashion*, por supuesto, decorada con palabras como vanguardia y estilo. Más absurdo en una ciudad chata, con gustos ramplones e ideólogos que apelan al uso de la fuerza para domesticar el caos y la anarquía.

—Es un imbécil que cree en cualquier cosa.

—No exageras —dije, un poco para quitarle gravedad al asunto.

—Lo es tanto que si le digo que soy virgen y que cual-

quier médico puede certificarlo, se lo cree. Pero las cosas fundamentales, no las ve.

—Eso es grave.

—No puedes suponerlo, es agotador asimilar tanta necedad. Lo peor de todo es su verbosidad. Me saca de quicio. Haz de cuenta que tienes enfrente a un pendejo naíf con traje *Cardin*.

El mesero le sirvió un tequila doble. Los minutos siguientes me entretuve al escuchar los detalles de las apostillas didácticas de tan dilecto personaje. Hubo un momento en que pensé que Itzá sacaría un cuchillo y me invitaría a proseguir la reunión en la oficina del jefe.

—¿No estará loco? —pregunté.

—Yo no estoy tan segura —respondió, olvidándose del tema.

Itzá posee unos rasgos faciales perfectos y su expresión distraída es aparente. Fuera de la oficina de publicidad, su mundo se ha poblado de cine, música, pintura y libros. Después del sexo, lo importante son esas cuatro vocaciones, además, colecciona cualquier objeto que tenga que ver con alguna de éstas. Adquiere carteles de películas de los años cuarenta, ediciones príncipe y uno que otro incunable, LP clásicos, entre otras rarezas. Comentó sobre una beca a París, un viaje a México y una compra de un violonchelo de 1703. No entendí si hablaba de un original o sobre un modelo de David Tecchler. En el país vive un especialista en recuperar instrumentos antiguos. Evité mencionar su nombre.

—Quiero conocer La Esmeralda.

—Sí, es muy famosa esa escuela de pintura —respondí, sin confesarle que aquella época estaba tan lejana y que no volvería jamás. Tampoco le dije que todo termina cayéndose de las manos: las novelas, las películas, los grandes cuadros, los amores, los sueños y sólo nos quedan los

recuerdos de la infancia, el fuego de la adolescencia y la derrota de la vejez.

—Lo de París está muy verde —dijo del modo más natural.

—No te parece un poco extravagante lo del violonchelo, no tienes ni la más remota idea de cómo tocarlo. Tampoco quiero imaginar cuál es su precio.

—Para nada. Basta con que lo ponga en el estudio y escuche *Las cuatro estaciones* de Vivaldi. Es más, qué te parecería una noche de éstas, nos desnudamos y nos revolcamos mientras oímos esa maravilla, por supuesto, el violonchelo incluido —dijo segura, sin remilgos y una expresión en su cara para nada ponderada, como si éste fuera una entelequia que nos resguardaría del fracaso.

—Se oye interesante —afirmé con falsa convicción.

—Su precio, mejor no te lo digo —dijo en voz muy baja, acercándose al oído.

Durante el almuerzo, Itzá sacó del bolso un teléfono inteligente, anotó unos números, chequeó su correo electrónico y se limpió la boca con una servilleta. Parecía hundida en un mundo de noticias de *twitter* y mensajes. El frenético movimiento de sus dedos sólo se interrumpía frente a los comentarios incidentales sobre el contenido de los mensajes recibidos.

—Ve, si serás pendejo, ya te dije que no se puede —exclamó, y soltó una carcajada.

Yo no podía hacer lo propio porque no uso esos teléfonos móviles. Además, seguía con la angustia de la propuesta de S. Lara y para eso cité a Itzá, para que me escuchara. Sin duda estaba acelerada y supuse que no venía con intenciones de asistir a una función de quejas porque acabaríamos enfrascados en una discusión sin sentido. No me equivoqué: llegamos sin el menor pudor a un absoluto desenfreno. Claro, antes bebimos media botella de *whisky*

y media de tequila, lo suficiente como para irnos a mi oficina al finalizar la tarde.

Conforme subía las gradas, vi moverse su cuerpecito —en realidad no lo era, el puro deseo me hizo usar el diminutivo—, lo que me obligó a alargar la mano debajo del vestido azul turquesa y no falló, porque empezó a menearse al ritmo de mis dedos. Nos abrimos paso en medio de tropezones y las prisas por abrir la puerta. Se desnudó sin sosiego, se quedó nomás con el chal y el collar, entonces, pude ver su ropa interior de encaje negro, parecía suspendida de hilos invisibles. Después de una hora, nos quedamos un rato parados junto a la ventana, conmovidos por el atardecer. Olvidó a su jefe, los correos electrónicos, el viaje a París, la compra del violonchelo. En cambio, yo, no olvidaba la «posnovela» de S. Lara. Una razón atendible: Itzá no estaba ese lunes para esos cuentos, y ese tema ni siquiera lo sacaría a colación. A lo mejor porque intuía que la obra se convertiría en una ominosa cadena de desencuentros.

VII

La dejé en su casa pasadas las nueve de la noche. No quiso quedarse a dormir en la mía. Itzá habló de compromisos a primera hora de la mañana. Recelé que la razón fuera otra, pero la acepté con una mueca de resignación.

En lugar de enfilarme a casa, donde nadie me esperaba, regresé a la oficina. Según yo, debía leer esa noche los manuscritos de S. Lara. Mi agitación no era culpa suya, pero a la postre acabó de imponerse la curiosidad.

—¿Todo bien? —preguntó con parsimonia el guardián a la entrada del edificio. Hice un gesto con las manos y seguí sin ninguna expresión en el rostro.

Ya en la oficina estuve unos minutos en silencio, luego bebí agua y comencé a leer «La Divina». Para ser sincero, conforme avanzaba, era evidente que la historia no estaba del todo lograda. Jalé una libreta y escribí algunas ideas. Fuera de cualquier mérito, sin duda S. Lara se esforzaba por contarla de un modo perturbador, sin embargo, la dificultad se hallaba en las libertades que se tomó para describir ciertos episodios. Algo no funcionaba, a lo mejor una imperceptible ola de rabia. También, la idea que se había hecho de los personajes. Como si fueran dos versiones —los ficticios y los reales—. La frontera entre uno y otro no conseguía disolverse, eran agua y aceite. Verborreicos, les faltaba sinceridad y les sobraba inocencia.

Después de una hora, tomé «La novela paralela». Aquello fue algo peor. No es que tomara partido y de inmediato

fuera a emitir juicio alguno, sino que aún no encontraba el hilo o la finalidad de su propósito. En algo tiene razón S. Lara, ambas son la materia prima para su «posnovela». Yo sabía que le interesaba conocer mi opinión, es más, mi ayuda para armar dicho rompecabezas. Me angustiaba las reuniones con los personajes o seres reales, que al caso eran lo mismo.

Fui al baño, me vi en el espejo después de lavarme la cara. Una convicción nació del reflejo: qué hacía yo metido en ese laberinto. En varias ocasiones soñaba con editar *best sellers*, publicar, por ejemplo, a Tom Clancy o a John Grisham o en el peor de los casos, algún libro sobre Egipto y volverme rico. Pero, qué futuro tenía una «posnovela». Yo mismo quedé sorprendido de esa lapidaria pregunta. Nada más ajeno a mi carácter que la enumeración de ganancias y pérdidas. No obstante, era válido porque, con toda certeza, iríamos —como sucedió— de una promesa esperanzadora a un rotundo fracaso.

Entonces, me puse a especular. S. Lara, al final de su vida, sería considerado como un precursor de las nuevas propuestas literarias del siglo XXI. Los periódicos darían a conocer su pensamiento y múltiples entrevistas recogerían la convicción de un gran escritor. Es más, con el tiempo se convertiría en un gran animador cultural y no habría conferencia, ni mesas redondas, ni recitales literarios donde no fuera citado. En pocos años sería la envidia no sólo de sus compañeros de generación, sino de los jóvenes que lo miraban con desconfianza y adulación.

Para salir de esa falsa ilusión, pensé en Elizabeth Bishop, quien publicó menos de cien poemas en cuarenta años y fue capaz de representar con fidelidad el ruido de una cafetera en la cocina como la perfección de lo inesperado y eso bastó para que su poesía fuera perdurable. De igual

forma, en el oficio de los tlacuilos, dibujantes y escritores de origen náhuatl. Incluso, busqué en la estantería una revista donde hay una reseña sobre el *Códigо Florentino*. Después de varios minutos la encontré. Unas cuantas líneas se convirtieron en una especie de divisa para mí: «Cuida la tinta negra y roja, / los libros, las pinturas, / colócate junto y al lado, / del que es prudente, del que es sabio».

Por fin, concilié el sueño hacia las cuatro de la madrugada. Me sentía hecho un trapo. Dormí hasta que Camila me sacudió el hombro, preocupada. No pudo ocultar la sorpresa de verme a las ocho de la mañana doblado sobre mí mismo, como un borracho en la banca de un parque. No recuerdo si abrió las cortinas o me preguntó la razón por la cual me encontró detrás del escritorio a una hora inusual. Era martes y vestía ropa ligera. Tardé unos momentos para estar seguro de que no era una pesadilla, fruto de la media botella de whisky que me tomé con Itzá. Lo que me devolvió a la realidad fue cuando se cruzó entre nosotros esa mirada refrenada de los lunes.

—Suspende mis citas, me voy a casa —dije. No podía, en ese momento, atender con propiedad cualquier reunión, ni tenía claridad para hacerme cargo de ningún asunto.

VIII

De cualquier manera, me llevé a casa las novelas y los dos manuscritos. No es que en seguida pasaran a interesarme, si esa es la palabra, tampoco fue un asunto de mero interés profesional, es más, no pude deshacerme de la curiosidad —en el sentido más literal del término—, y supusiera irresistible su lectura, ya que desde la visita de S. Lara, quedó claro de que se trataba de esa clase de historias por las que uno toma partido desde un inicio porque se parecen al acto de entrar al teatro de la vida sin freno alguno.

Dormí el resto de la mañana. Recuerdo haber caído como un bulto sobre mi cama. Ni siquiera me desvestí. Así, desperté, el sol de mediodía entraba por un resquicio de claridad que la cortina dejaba pasar. Me levanté con dificultad. Para despejar una serie de figuras inconexas en mi cabeza, me di un baño. Unos minutos después estaba en la mesa del comedor dispuesto a leer los periódicos y ver el noticiero. Esa rutina, que a mi entender es un malsano ejercicio mediático y constituye un extraño modo de convivir de lejos con los crímenes. Sin duda, no nos ocupamos más de media hora y a continuación los olvidamos, porque suponemos que no dejaron daño alguno.

Y así fue, a la media hora llamé a Sergio Cabañas para que almorzáramos. En ese tiempo vivía en un edificio restaurado de departamentos en la Doce y Séptima, enfrente

de lo que fue el Cine Colón, ahora un ruinoso edificio que hace las veces de templo evangélico y de clínica siquiátrica de Dios, como una normalidad irremediable de estos tiempos. Soporté vivir en ese lugar por una sola razón: ese olor inexplicable a historia afligida. A la vuelta, a menos de cien metros está el Parque Colón, también conocido como Plaza Vieja o Plaza Carrera, lugar donde se puso la primera piedra de la nueva ciudad en febrero de 1776 y donde se celebró el primer cabildo.

Sergio sugirió un lugar típico de comida guatemalteca, lo cual rechacé. No estaba en condiciones de escuchar marimba y soportar a los vecinos golpear la mesa con el dorso de la mano al compás del *Ferrocarril de los Altos*; debió de enfadarse porque aceptó de mala gana mi elección. Siempre encubría su irritación con toda clase de ruidos con la boca y la nariz.

Nos juntamos en La Mezquita una hora después. Allí, recordé la razón de su disgusto. En alguna ocasión confesó que no le agradaba el lugar, porque no es de fiar. Allí conoció a una colombiana que lo haría sufrir. Nunca antes se me había ocurrido asociar aquella decepción amorosa con su contrariedad hacia ese bar.

Sergio es abogado penalista. Sus gustos son escasos pero puntuales: leer, comer, beber, fornicar sin el más mínimo miramiento y enfrascarse en discusiones políticas de antología. Pero esos deleites lo alivian de sus añejas neurosis. Es mi principal asesor en temas de novela negra por sus vastos conocimientos en cuestiones penales y por ser uno de los más instruidos en dicho género. Alguna vez se costeó un viaje para asistir a la Semana Negra en Gijón.

Una vez más, como todas las otras veces, llegó con un gesto airado, iracundo, viendo a los lados como si fuera un personaje de Dashiell Hammett. Sólo le faltaban a la escena, una gabardina, un cigarro en los labios, una pacha

de *whisky* en la mano, el desencanto y una inquebrantable determinación para hacer cumplir la ley. Así que acabé por preguntar lo obvio. A la sazón, salió el mismo cuento de siempre: la política.

Las elecciones para presidente lo traían de cabeza. Sergio es un ejemplo de la capacidad de encontrar vagos modelos sobre el destino del país, el sentido de la historia y el recurrente fracaso de todos los intentos por alcanzar la modernidad. Comenzó a lamentarse. Su vida, según sus palabras, se resume en pocas palabras: equivocaciones por doquier, tiempo perdido en temas sin importancia y, para acabar de fregarla, un oficio espantoso. Nada claro en todo caso.

—No es para tanto —dije.

—Para mi desdicha, así es —respondió.

Intenté reanimarlo y darle una visión menos pesimista. Pero desvió la atención. Habló de su entusiasmo por un novelista joven, autor de dos pequeñas obras maestras. Hasta la fecha, desconozco a quién se refería. Rápido cambió de tema.

—Es curioso, todos hablamos de la crisis, de los indignados, del robo de los bancos, de la soledad. Ahora los candidatos nos venden la idea del cambio. ¿Cuál? No lo sé, es más, no ven que el capitalismo se hace el muertito y está más vivo que nunca.

—Capitalismo funeral es como lo definen los teóricos —añadí.

La perspectiva de que un sistema económico y social pudiera sobrevivir de cuerpo entero le resulta insoportable. Tampoco estaba yo para inyectarle mucho ánimo. Además, agregó:

—La nada que segrega nada. Aquello que otrora nos daba pequeñas seguridades, ahora se precipita al vacío.

Sergio poseía armas para fundamentar ese pesimismo.

Yo mismo las tenía y se afianzaron conforme fuimos testigos de cómo se desmoronaron ideas, figuras, libros, Estados.

—“Un hombre tampoco es un país”, según las sabias palabras del maestro Leonard Cohen —alcancé a decir, sin saber por qué recitaba de memoria esa línea.

—Puta, mejor pidamos el almuerzo —replicó.

Lo convoqué para comentar el asunto de la «posnovela». Él apenas habló, comía despacio, paladeaba el *whisky*, me miraba con su enorme cara redonda. Sentí que pocas cosas me hubieran gustado tanto como escuchar una opinión positiva de su parte. Nada en cambio, sólo silencio y unos leves movimientos de cabeza. Nunca supe si empezaba a aburrirse, porque en el fondo necesitaba despotricar contra los políticos y sus promesas. Fue evidente que le interesaba más hablar de las elecciones que emprender un análisis de la propuesta de S. Lara.

IX

No fue sino hasta el día siguiente que Camila me preguntó si no estaba en problemas o enfermo. Alcé la mirada. Apoyé las manos sobre el escritorio y descubrí que sus ojos ocultaban algo, quizás ansiedad. Ella se percató. No dijo nada, sólo me vio, con la discreta intención de acercarse. Bueno, eso es lo que creí por el movimiento de sus hombros. Después, me levanté y se dejó abrazar. La arrinconé contra uno de los libreros. Sentí su vientre joven y sus enormes senos. Subió las piernas y me enroscó. Pronto estábamos en la mesa de reuniones, al fondo de la oficina. Durante unos segundos, que me parecieron eternos, dudé, y luego me dije a sí mismo: «Ya la cagué». Pero no me detuve. Se levantó la falda y me desabroché los pantalones. Luego, me eché encima y empezamos a jadear.

Camila trabaja conmigo desde hace dos años. Es eficiente y discreta. Además, bonita como ella sola. Demasiado como para decir que aquella historia debía terminar ese miércoles. Meses después descifré una especie de canon: no era necesario declararle sentimientos sinceros y frases por el estilo. Nada de futuro sentimental, a pesar de que ella, al contrario de Itzá, sí llegó a quererme.

Nos vestimos a toda prisa. Ella caminó con los pies descalzos hacia el escritorio, alisándose la falda, con los pómulos enrojecidos y el pelo revuelto. En la calle escuché el sonido chillante de una sirena. Con los pantalones en el piso, me quedé inmóvil, como si fuera a perder la

conciencia. Se acercó, temí que me diera una bofetada. Intentó acariciarme la mejilla, sin embargo, se quedó a medio camino. Un momento después se dio la vuelta y salió al pasillo rumbo a las gradas. Quise seguirla como a S. Lara, demasiado tarde, aceleró el paso y desapareció.

Sentí que acababa de firmar unos papeles que me comprometían de por vida con Camila. Una mujer que apenas conocía. Con todo y mis temores, la situación se dio de otra manera. Durante semanas enteras recreamos aquel miércoles y cada vez lo perfeccionamos, hasta apuntalarlo como una consagración de media semana.

X

Esa noche tuve pesadillas. Varias figuras merodearon en el cerebro, pero una se quedó intacta: la escena en la oficina de Joaquín Díez Canedo, señalándome con el dedo mi imprudencia con Camila.

—Ya se le olvidó mi historia con las mujeres —decía entre risas.

Como sea, mi desliz con Camila era un arma de dos filos. Podría llegar a ser un malestar acercándose, pero, a la vez, una felicidad sin ambages, como resultó para mi tranquilidad.

Demasiado en desorden muchas mujeres entraron en mi vida. ¿O fueron ellas las que me dejaron entrar a la suya? Creo que nunca lo sabré a ciencia cierta.

El jueves me mantuve en silencio la mayor parte del día. No acepté ninguna reunión ni llamada de teléfono. Me concentré en las novelas y los manuscritos de S. Lara. Lo único útil que hice fue autorizar las bases para un premio de novela. Camila irrumpió en la oficina a media mañana, en los últimos años se encargaba de la redacción del boletín y su distribución a la prensa. Tenía el don de acercarse por caminos oblicuos al centro de los problemas y consumar con paciencia las tareas más fatigosas. Lo que más me sacudía era la manera en que sabía interrumpir. A pesar de nuestra batalla campal, no se permitió manifestar la menor emoción. Antes que pudiera decirle algunas palabras se retiró con naturalidad. Noté que ese gesto de frialdad se desordenaba conforme desaparecía de mi vista.

XI

El viernes, los personajes se aposentaron en mi cabeza con claridad meridiana. De la primera novela, destacaban dos: Filiberto Santacruz y Helena Ponce, quien a lo largo de la historia sólo se conoce como «Ella». Es más, sólo hasta el final de la misma emerge su nombre. Santacruz, según la trama, mata a un cómico en un acto de reparación y Helena le enseña a comer calles, objetos, ventanas y todo tipo de artilugios. Lo más memorable son sus encuentros amorosos. «Ella» se incendiaba durante los orgasmos.

Luego, la segunda, es la vida de Sebastián Tánchez, quien pasó años construyendo un juego parecido al ajedrez, para elaborar un nuevo vocabulario que nombrara e hiciera justicia a la trágica historia del país. También es una elegía al exilio, bajo la lógica de Ortega y Gasset, es decir, la profundidad del significado de la palabra que usaban los romanos para definir el destierro. La obra se desarrolla entre Chiapas y Guatemala.

La tercera es sobre un ex combatiente de la guerrilla que vuelve, después de veinte años, a la calle de su barrio. La metáfora es, en pocas palabras, la imposibilidad del regreso. Por ello, Cupertino Suchité nunca puede atinarle a qué puerta tocar: la de su madre, la de Marilyn Monroy, la amada, o la de los viejos amigos.

Por último, una novela estremecedora sobre el asesinato de mujeres. Santiago Merino, el personaje principal, es un fiscal del Ministerio Público, cuya consternación conmue-

ve porque el retrato de la sevicia excede todo límite. Merino cree haberlo visto todo, pero, conforme se desarrolla la trama se percata de que ignora muchas de las facetas de la crueldad y concluye que nunca habrá ni reparación ni justicia ante la impunidad.

En «La Divina» y «La novela paralela», están dibujados los siguientes personajes: el maestro de cálculo, Salomón Laguardia y su sobrino Elvis Pérez, nombre sospechoso a todas luces; Encarnación Ballesteros, la cantante de ópera, joven, hermosísima como una lunita de madrugada y de edad incierta, según la dibuja en uno de los párrafos, y la tía de Encarnación, amante de Ponce, un juez jubilado y uno más de los personajes de la novela sobre los crímenes contra mujeres. También, aparece por doquier Maria Callas, más que un personaje es la sombra de una voz. Después de leer con mucho detenimiento es obvio que S. Lara traslapa personajes de novelas publicadas con las suyas.

No sé si fui ingenuo. Lo cierto es que nunca quedó claro si S. Lara decía o no la verdad sobre estas historias. Dudaba si era capaz de manifestar que los estrafalarios personajes vivían sólo en sus páginas o llevaban una existencia normal. En ese momento no tenía forma de saberlo.

Vaya paradoja: a pesar de la disparatada propuesta de Gabriel, los personajes, por lo mismo, inspiraban confianza y poseían algo fundamental en literatura: la sinceridad. No los podía ver, sólo leer sus historias. Y hablo de verlos por la exigencia de S. Lara que debía reunirme con ellos. Pese a que algunos de sus rasgos no fueran tranquilizadores —demasiados delirios—, todo en ellos delataba una pasión rara, un impulso vital, una manera poco común de estar en el mundo.

Me resultó extraño, y diría que hasta absurdo, estar en ese estado de tensión a media mañana de ese viernes de finales de agosto. S. Lara anunció su visita a primera

hora. Después de una prolongada espera, apareció por la oficina.

Siempre conjeturé que Gabriel S. Lara huía de *Una guerra imperfecta*. No sé, alguna razón lo empujaba a querer alejarse de aquella historia. Incluso, en un arranque de sinceridad me dijo que después de escribirla se dedicó varios meses a los oficios más extravagantes. Dejó a un lado las consultorías y se puso a estudiar acupuntura. También, en un afán de reordenar su vida se enfrascó en ejercitarse en el verso a partir de una antología poética de Japón, para lo cual fue necesario meterse en la clarividencia de los autores de la "Colección de las diez mil hojas o las diez mil generaciones —*Man'yoshu*—", la más antigua colección de poesía japonesa, recopilada alrededor de 759. Supuse que no funcionó porque más adelante inquirí sobre tal proyecto y sonrió y sacudió la cabeza con un aire de fastidio y amargura. Además, no hablaba japonés y la única traducción que existe de algunos poemas es la que hizo Aurelio Asiain.

No fue esa la primera rareza, pero sí, a partir de ella tuve la evidencia de que no andaba bien de la cabeza. Quizá sus fracasos amorosos lo metieron en tamaño enredo. Afirmaba que la posguerra —que yo definía como posdictaduras—, con su atmósfera de flujos ácidos y el auge de una generación sin ningún compromiso, lo desencantaron del oficio de historiador. Es más, de historiador y consultor pasó a novelista, algo que le hacía poca justicia a miles de víctimas. Lejos estaban Susana, América, Piedad y la Bruja Mala, sus amores imposibles. Incluso, al preguntar sobre ellas cortó la conversación con una contorsión brusca; fue una digresión imperdonable y antes de que yo volviera al tema exigió con voz firme que habláramos de otra cosa.

El atraso de S. Lara permitió que Alberto González —un sociólogo que siempre anda cerca de la oficina, al acecho de

mi tiempo, y aparece cuando menos lo espero—, me haya obligado a una grotesca sesión de palabrería y alucinaciones posmodernas. Justo hablaba con él, cuando Camila me informó que S. Lara estaba en la recepción. Fingí un interés que no tenía sobre el ensayo que llegó a proponerme editar, es más, seguía sin entender bien de qué hablaba. Mi cabeza estaba en otro lado. Sobre sus rodillas tenía un legajo sobre los procesos de empoderamiento en zonas de conservación ecológica. Ya me habían advertido que una de sus principales manías era el tema ambiental y solía embarcarse en la elaboración de textos de 500 páginas. Por lo que alcancé a hojear, en González era evidente el ejercicio frío, bien documentado, cuyo único fin se agotaba en el inventario de ríos, lagos, comunidades, proyectos productivos, especies en peligro de extinción y la disputa del poder de los pobladores con las instituciones del viejo Estado. No más. Como sea, una investigación de la cual era difícil calibrar la dimensión de lo concluido. Apresuré el resto de la reunión y me ahorré escuchar el discurso sobre las bondades de editar dicho estudio. Lo despedí con la mayor cordialidad posible. No lo volvería a ver durante mucho tiempo.

Hice esperar a S. Lara mientras consultaba unos archivos que debía despachar con urgencia. A los pocos minutos, sentado frente a mi escritorio, Gabriel lucía con una figura estupenda, sin el agobio de la última vez. Para acabar pronto, le di mi opinión sobre los manuscritos. Se incorporó en el acto, escuchó en silencio. Luego, se dejó caer en la silla, como si no hubiera modo de defenderse de mi juicio.

En relación con las novelas, le planteé, por el tema de los derechos de autor, lo peligroso que era utilizar personajes de una obra publicada.

—No hay riesgo alguno. Tengo los derechos.

—¿Del escritor o los personajes?

—Pues, de ambos —contestó.

Esa ambigüedad alimentó más mi ansiedad. Me percaté que ni el propio Gabriel lograría descifrar la clave para llevar a buen puerto la historia. Porque, tal y como estaban redactados los dos manuscritos, no había argumento, trama o lo que fuere.

—Esa historia empezó a fraguarse treinta años antes —puntualizó ante mis reiteradas observaciones.

—Puede ser, pero los personajes están sacados de contexto.

—Explícate.

—Como están trabajados, no representan nada.

—Creo que vamos a llegar al punto —dijo, sin dejar de sonreír con malicia.

—Dudo que sea así. Todavía no estableces el marco en que los protagonistas deben moverse.

—De ello deseo hablarte. Si recuerdas, el lunes mencioné la imperiosa necesidad de que hables con ellos. Está claro que son personas de carne y hueso.

—Bueno, en el supuesto que sea de ese modo, qué ganas con que yo los conozca y me reúna con ellos.

—Por una razón sencilla, eres mejor lector que editor, por lo mismo, necesito de tu parte una caracterización a fondo de sus personalidades, de sus vidas. Ese retrato me ayudará a encontrar el hilo narrativo.

—Eso significa tanto como que me ponga a vivir con ellos. Lo cual, sin duda, no me llevaría meses, sino años.

—Esa es una observación oportuna. No tengo prisa, es más, quiero hablarte de un viaje largo que haré. Por lo mismo, puedo esperar.

—Qué tal si mejor yo escribo la «posnovela».

—No es mala idea —contestó. Dejó ver en sus ojos un brillo extraño, recortado por la luz que entraba del valle de la ciudad. Le brincaban los párpados, como si a ratos, su mayor deseo fuera que se intercambiaran los papeles.

Acepté porque no se me ocurrió otra manera de escapar de ese laberinto de pesquisas fatigadas. Sin duda, fue el modo más torpe de complicarme la existencia. Observé su camisa a la medida, su traje costoso y sobrio, en unos modales lentos que revelaban convencimiento. ¿De qué? No lo supe.

Sacó de un maletín negro un listado de nombres —la mayoría ya los conocía por las lecturas de los manuscritos y las novelas—, direcciones, números de teléfono y hasta correos electrónicos. Toda la información suficiente de los protagonistas. S. Lara se iba seis meses a recibir un diplomado en justicia transicional en Buenos Aires y luego atendería una invitación para firmar un contrato de dos años como investigador de la Universidad de Sevilla.

—Viajo dentro de un mes, así que espera con paciencia, dos de ellos te llamarán, serán el enlace con el resto.

Me di cuenta que se había hecho tarde para retractarme. Además, no podía apelar, menos inventarme una excusa.

XII

Desde ese viernes, dejaría de ver a Gabriel S. Lara un año. Llegaban postales de él. Unas veces de Roma, otras de Sevilla o San Petesburgo. En una de ellas escribió: "por aquí pasaba Cortázar, fueron sus años parisinos", era una calle con un atardecer nevado. Pero en ninguna preguntaba cómo me iba con sus personajes de carne y hueso. Tampoco yo respondí.

Días después de aquella sesión con Gabriel, llamé a Itzá. No contestó mis llamadas. En el trabajo no supieron decirme dónde estaba. El sábado siguiente pasé el día en casa de Aura, mi ex mujer, fue una comida pantagruélica, inolvidable. Posee ese don envidiable para nunca ver razón alguna para renunciar al placer de la buena mesa y la conversación inteligente. Fueron horas en que me sentí casi en un estado beatífico. Hablamos de lo olvidado que está Sartre y Camus.

—Camus no tanto —opiné, mientras disfrutaba la sobremesa con cognac y café expreso.

—Tienes razón, pero el más olvidado de todos es Marcuse. Mira qué ironía, se adelantó cuarenta años a la crisis actual.

—Con *El hombre unidimensional* —puntualicé.

—Bueno, no sólo ese libro, no te parece.

—Sí, pero no teníamos la menor idea de lo que vendría. La economía lo sustituyó todo, y resplandece como una especie de heroína posmoderna.

—Esa idea es demasiado rosa. Pregúntales a los que han perdido todo si les parece una heroína.

Con Aura almorzamos cada seis meses. Evita profundizar en las razones que nos llevaron a la ruptura. Éramos —y somos todavía— buenos amigos. Creo que, desde el día que salí de su casa para siempre, ella hizo lo propio, dejarme ir, convencida de que jamás vivimos juntos.

Septiembre

XIII

Siguieron tiempos tranquilos. El concurso de novela iba en marcha, llegaron más de ochenta manuscritos. Camila se mataba de la risa por el recuento de cursilerías. Incluso, llegó a caracterizar los gestos de quienes se acercaban, furtivos, a dejar su obra. Había de todo: expresiones ponderadas que rayaban con una comicidad desconocida, hasta caras de quien cree que ha puesto la primera piedra de un futuro escritor inmortal.

Tiempo después de la partida de Gabriel recibí una llamada de teléfono. Era la voz de un hombre maduro. Cada vez que terminaba una frase, se abría un silencio penoso, lo cual dio pie a que me metiera en un círculo de especulaciones y temores. ¿Era la llamada que esperaba? Antes que me sintiera obligado a cortar la comunicación, por fin se identificó.

—Soy Santiago Merino. Me parece que usted no me conoce…

—En realidad sí, usted es un personaje de…

—De carne y hueso —aclaró.

Sí, me dije a mí mismo, de carne y hueso, tal y como los caracterizó S. Lara. Después de una breve pausa, aclaró que llamaría después y llegado el momento, conocería a la primera persona. Recomendó que no fuera a marcar por ningún motivo a los números de teléfono que S. Lara dejó apuntados en una libreta.

—Sería una imprudencia. Si lo hace no responderán y negarán su identidad. Le aclaro que otra persona se comunicará pronto, se llama Jacobo. Él también fijará fechas y lugares para las reuniones.

—¿Personas o personajes? —dije, instigado por una ironía innecesaria.

—No veo la diferencia —respondió y pensé que de cualquier modo, se defendía bien, no sólo de mi ironía sino de la veracidad de sus palabras.

—Tengo entendido que usted es editor.

—Sí, y también escritor, mejor dicho, escritor en ciernes —aclaré temeroso de que en cualquier momento sacaría del otro lado del teléfono sus instrumentos de tortura y me obligaría a confesar la autoría de un manual sobre el fracaso.

Me quedé con la impresión de que todo se encaminaba para que yo estuviera reservado por esa inusual grey de personajes a escribir esa historia y no S. Lara, ya que éste había perdido el trazo de la misma, es más, no pudo encontrar una forma satisfactoria de contarla y, por lo mismo, me eligieron en algún conciliábulo secreto donde asistieron herejes y cismáticos, como los arrianos, los novacianos y demás sectas. Me recordó el que celebró Dioscoro, patriarca de Alejandría, ciudad que estudiaba con frecuencia S. Lara, según colegí de la lectura de su novela.

Al colgar, me di cuenta de que la cosa iba en serio, que no eran meros despropósitos de Gabriel S. Lara. Pasaron días sin que se desvaneciera del todo el terror que esa llamada me inspiró. Por lo cual, el misterio tejido en torno a ésta empezó a aclararse, aunque no dejaba de tener algo de insania el asunto, por la madeja de enredos y ficciones cruzadas, como si fueran fragmentos apenas imaginados por la proverbial jactancia de Gabriel y, como era de

dominio público, por su propensión al fracaso. Llegué a creer que los hechos contados en «La Divina» no fuesen los aludidos en «La novela paralela». Como sea, algo muy próximo a un relato sobrenatural. Porque, me preguntaba, cómo se salen esos personajes de las páginas de las novelas y se transforman en hombres y mujeres comunes.

Y eso quiso S. Lara desde el principio, que aceptara como algo natural, la irrupción de unos personajes de ficción en la vida real. Todavía no sé cómo tuvo el valor y la imprudencia de proponerme tal empresa, al menos que se sintiera abatido y bajo un inminente ultimátum, pero ese temor resultaba artificial por donde se le quisiera ver, porque de ningún modo era el escritor con la angustia de esperar el momento oportuno para ponerle fin a sus historias.

Quizá a ello se debió su pronta desaparición y aparente desinterés por el desarrollo de los acontecimientos. Las postales, desde lugares remotos, pretendían con sutileza y cierto énfasis cínico, que recordara que tenía una obligación con él y con sus personajes.

La última vez que lo vi, traté de descubrir señales contrarias a las que yo le enviaba, es decir, las mías no ocultaron para nada el recelo que me ocasionaba su proyecto. Sólo hallé fijeza en sus respuestas, como si quisiera ocultarme algo, como si no estuviera frente a él, y su expresión y la manera de verme fuera cualquier cosa, menos genuina. Pero no fue ni lo uno ni lo otro, como el caso de los dos manuscritos, el primero era imposible sin el segundo. Un escrutinio que nos dejó a ambos la sensación de que algún día entenderíamos el sentido de todo aquello.

Aceptar esa aventura no fue ni por lealtad siquiera, sino porque en el fondo me seducía implicarme como un narrador ajeno o un testigo de privilegio, al menos eso creía entonces, de una historia fabulosa, donde su mérito

radicara en la exacerbación permanente como si se tratase de un texto de Gombrowicz: yo sería el «posnarrador» de una «posnovela». Acaso, un «postestigo».

XIV

Como desconocía si Itzá andaba de vacaciones o en La esmeralda, en México, me até a las rutinas de los miércoles con Camila. Se convirtió en mi refugio de media semana y para ella no tuvo nada de extraño que así fuera. Además, no podía figurarse o deducir que yo jugaba a dos bandas o quizá ella era más lista que yo al aceptar las cosas como eran, sin ningún conflicto, con esa naturalidad que a veces, por los prejuicios, nos desordena los sentimientos. Y al pensarlo, se me atragantaba un temor, la posibilidad de que supiera mejor ciertas zonas de mi personalidad. Nunca pretendí estar al tanto de sus intimidades, por el contrario, Camila era más atractiva siendo una incógnita, o una vaguedad captada durante un día.

Los supuestos desarreglos que existían soterrados en su conducta, resultaron mucho más simples que lo imaginado cada vez que recordaba la pesadilla de Díez Canedo. Ella resultó una mujer más sencilla, sin la típica sed de zozobras ni agonías románticas. Es cierto, estaba su incapacidad de relacionarse con sus semejantes, pero ello no era un motivo para la desdicha y la inseguridad. Deslizaba comentarios al margen con una pulcra ingenuidad y su gentileza desarmaba a cualquier interlocutor, sobre todo, tratándose de escritores, tan dados a las impertinencias y las palabras hirientes.

Una tarde me informó que aún recibía manuscritos para el premio de novela. Quedaba bastante menos de un año

para el fallo, así que nos sobraba tiempo para atender otros tópicos del trabajo editorial. Continué con mi vida, pero no lograba quitarme de encima esa sensación de apenas haber sobrevivido a otro día.

Noviembre

XV

Un lunes, con el síndrome en la cresta de la ola, recibí un mensaje del teléfono celular de Itzá. Me tranquilizó estar al tanto que regresaba. Sabía que al encontrarnos, rápido pasaríamos a otro tema, como si estuviéramos de acuerdo en no hablar sobre la razón de su silencio.

Se anunciaba noviembre, el aire empezaba a ser fresco, en los puestos de venta alrededor de parque Colón había infinidad de barriletes coloridos. Con frecuencia compraba uno pequeño y lo colgaba de una de las paredes de la sala, constituía un homenaje velado a mi infancia y a mis días en el Cerro del Carmen. También en el lugar vendían piñatas de todos los personajes de moda. Cada vez que me detenía a verlos, tenía presente la piñata de un gorila que mostraba orgulloso Cardoza y Aragón en su casa de Coyoacán.

Me acerqué a la ventana. La tarde caía y en las montañas que rodean la ciudad, se reflejaba cómo la realidad se convertía en un anaranjado alucinante. Pensé en Heráclito y su río, en cómo arrastra años, décadas y cómo flotan todo tipo de objetos, personas, víctimas. Así fue durante siglos: flechas, lanzas, arcabuces, algún cañón de las guerras de independencia, fusiles AR15 y AK47 de las revoluciones africanas o de las derrotas centroamericanas, edictos de Torquemada, códices...

Por sus aguas turbulentas flotan el oro saqueado de América, las alambradas de Auschwitz, las 600 aldeas arrasa-

das en el altiplano guatemalteco, alguna escultura de Chillida, los versos del *Popol Wuj*, que tuvo a bien traducir Sam Colop, la Escuela de Atenas y el Olimpo griego, y todos nuestros fantasmas que ese río arrastra. Sobre seguro también es el río de Borges y sus laberintos, Nabokov, Cervantes, Paz, Fuentes, Neruda y Asturias, y todos los redentores de América Latina, Martí, Rodó, Vasconcelos y el sub comandante Marcos. En fin, lo que constituye parte de la historia humana. Yo mismo era otro desde ese puente o a lo mejor me equivocaba y era el mismo siendo otro aguas abajo.

Me alejé de la ventana para huir de mi enfermiza vocación por encontrarle un desenlace a todo. Quizá, nomás se trataba de vivir mejor y no de alcanzar el paraíso.

Después del mensaje de Itzá, aún pasaron varios días para que diera señales de vida. Me afligía la próxima llamada de Merino o de Jacobo, lo cual me colocaba como un buen prospecto para lucir por la calle un adjetivo: desquiciado. Para paliar de algún modo ese desasosiego leía a Bajtín y sus estudios sobre Rabelais y Dostoievski. Lo combinaba con la lectura de los versos de Marina Tsvietáieva y extrañaba la voz de Itzá con ese dejo de niña no crecida.

Empecé a elaborar notas sobre los manuscritos, conforme avanzaba, crecían mis dudas, hallaba lagunas, desechaba ciertos párrafos y percibía algunos síntomas más propios del narrador que de los personajes, y mis anotaciones engordaron tanto que parecían una biografía elíptica o la fuga de géneros de los protagonistas de cuatro novelas y dos manuscritos. Una noche tuve un sueño estrafalario: leía en voz alta párrafos de «La Divina» ante el asombro de unos burócratas culturales, quienes parecían divertidos, ante mi propio estupor.

La obra de S. Lara estaba cargada de ambiciones afiebradas. Por supuesto, esas las padecía yo desde aquel ingrato

lunes. Él gozaba de su estancia en España, mientras me dejaba estupefacto, maldiciéndolo día y noche, ya que su proyecto, paso a paso, convirtió mi vida en una porquería, por decir lo menos.

Itzá se presentó un día a la vuelta de sus misteriosas vacaciones. No fue a la hora acostumbrada, aunque pensándolo bien, nunca tuvo horario para llamar, aparecer en mi oficina o citarnos en algún bar.

Es una mujer instruida, con modales y una manera de hablar por encima del promedio de mujeres. Posee un talante irresistible. Nunca se queda callada y responde a cosas que no le hacen mucha gracia.

—Te espero a cenar en mi casa —dijo, para mi sorpresa, porque solíamos juntarnos en bares, por lo general, en el centro de la ciudad.

Así, por obra y gracia de su encanto, asistí, para ser preciso, con un ramo de rosas en la mano y un Rioja en la otra, a la hora acordada. En el momento que abrió la puerta, traía un *pants* oscuro, bastante ajustado. Jamás la había visto fachosa. Estaba acostumbrado a otro estilo, digamos que no es que ande emperifollada a toda hora, pero, su elegancia posee un toque exquisito de discreción, es más, no se permite asomarse a la calle vestida de otro modo.

Me paralicé unos segundos en el umbral. Su cuerpo perfecto incitaba a convertirse en un voyerista de tiempo completo, además, lucía tan fresca como para pintarla, no había desperdicio, una obra maestra en proceso. De inmediato advirtió cierto aire demencial en mi aspecto y una tensión extrema en mi cuello, como si estuviera a punto de sufrir una crisis de pánico. Sus ojos atraparon de inmediato esa anormalidad —difícil de ocultar— que me atormentaba.

Se acercó y me deshizo el nudo de la corbata. Más que un movimiento maquinal fue un impulso, un esfuerzo

natural. Como si dejara a su voluntad que anocheciera y la lámpara encendida nos recordara un error cualquiera, quizá su renuencia a profesar un poco de dulzura.

Ya con la corbata en el sofá, presumí hundirme en un sueño que se demora sin fin. Cerré los ojos y vi los personajes de S. Lara moverse en escenarios crepusculares, tercos, demasiado estrictos consigo mismos, por aquello de las imágenes anómalas.

Itzá fue por un instante una voz sin rostro, con una intensidad del todo extraña a sus acostumbradas pulsiones, como si hubiera enloquecido. Pero, el que enloquecía era yo.

Me dejé conducir a la mesa del comedor, me miró como si entendiera la situación. Los ojos le brillaron de alegría. Sin vacilar hundió el sacacorchos en la botella de vino y sirvió la primera copa. Además, encendió dos velas, una amarilla y otra blanca. Alargó su mano y estrechó la mía con entereza. El gesto, una escena perfecta de dos personajes anónimos en medio de la noche. Sólo faltaba que me diera vuelta, le dijera adiós y simulara una despedida sin mucho énfasis, como las que acostumbraba ella al dejarla en la puerta de su casa, después de habernos revolcado horas en una cama de un hotel de paso. De ese modo se comporta Itzá: jugar a separarnos para vernos al día siguiente.

Probé el vino y para que la velada fuera perfecta, intenté huir del acoso de su cuerpo. Recordé al cabo de unos segundos la palabra *askeo*, pero el asunto resultó peor de lo que creía. Según los poemas homéricos, *askeo* es hacer algo primoroso. También, según Gabriel Zaid, significa destreza, habilidad, hermosura, perfección. Desafié a mi memoria y traje a cuento el adjetivo *asketos* —esmerado— y a su vez el sustantivo *áskesis* —pericia—, y traer a colación a los ascetas, los que cultivaban el dominio de sí mismos para alcanzar

metas morales. En ella se condensan todas esas virtudes. Así que no pude evitar el magnetismo de verla echada en el sofá. Por alguna razón pregunté si los Zetas no eran los modernos ascetas.

—¿Qué? —respondió, asombrada, moviéndose con sabrosura. Sin duda, la pregunta fue una estupidez que dejó pasar.

No es que el vino obrara con malicia en mis sentidos y ella fuera fruto de algún delirio, pero cómo podían alcanzarse metas morales con ese cuerpo enfrente. Quise murmurarle las palabras inevitables que todo hombre pronuncia en el instante que está delante de una belleza tan pariente de cierta eternidad. Pero, lo que entonces ocurrió fue una revelación: Itzá era una Eva en las vísperas de su Adán. Por supuesto, ese Adán no era yo.

—¿Dónde andabas? —pregunté por fin, con la mitad de la botella del Rioja en las manos. No escuchó o fingió hacerlo mientras se disponía a abrir otra.

Pudo huir de la pregunta sin desmedro de lo que nos aguardaba. Volteó a verme sin asombro y en un gesto pareció interminable: quiso levantarse e irse hacia mí para abrazarme. No lo hizo, sólo se sirvió más vino y se quedó a la zaga de su última sombra, convertida en un personaje de novela.

La grandeza de Itzá no era verbal, menos sentimental, por alguna rareza biográfica poseía un don para lo práctico. Sin ser hostil, defendía su privacidad con elegante vehemencia. Poseía una aceptable habilidad para el uso de las hipérboles. Siempre conjeturé que odiaba depender de los hombres, tal vez a ello atribuí su breve mutis ante mi pregunta. Desde el principio, fue singular su conducta. Odiaba las alabanzas retóricas y jamás se prestaba a irse por las ramas.

—No me lo vas a creer, me fui a Cancún.

—Así que no hubo viaje a La Esmeralda.

—No —contestó, cortante.

En todo caso, cualquiera que fuese el propósito de ese viaje, no hablamos más de éste. Tampoco me interesaron las razones y creo que no quiso discutirlo conmigo. Nunca me hice ilusiones al respecto, aceptaba la distancia psíquica que ella ponía entre nosotros.

Cenamos en paz y nos desnudamos al tiempo que el vino se acabó. Gozamos de la hermosura pegada a nosotros. Ya en la calle, la madrugada era magnífica, a lo lejos se dejó oír la sirena de una patrulla de la policía. Una vez más, postergué el tema de las novelas de S. Lara. No la volví a ver sino tiempo después, mientras tanto, su perfil dejó de existir. Encarnación Ballesteros, a quien conocí a las pocas semanas de aquella noche, ocuparía el lugar de Itzá.

Diciembre

XVI

Días de oficina y quehaceres ordinarios. Merino, para mi disgusto, no llamaba para fijar una cita. Camila me asistía con eficiencia y discreción, aunque algunas mañanas parecía una colegiala, al mostrar con insolencia sus muslos. No obstante, podía contar con ella en casi cualquier cosa, situación que acababa por hacerla imprescindible. Sergio andaba de viaje, por lo mismo, carecía de interlocutores, lo que de ningún modo facilitaba mis propósitos de escabullirme de la agitación fruto de la dilación de las circunstancias. El tiempo empezaba a amenazarme con su peso: el síndrome del lunes, la ausencia de Itzá, la lejanía de S. Lara.

Un viernes, de la primera semana de diciembre, encontré a Camila en el corredor, empeñada en componerse la falda. Fue una escena de cine clásico. Se percató que la observaba, no se petrificó. De inmediato surgió una frontera entre nosotros. Mantuvo el estilo y me vio con la mirada hacia sí misma. Como si no lo hiciera, como un recuerdo perfecto anterior a ese acto. No le dije nada y me retiré. Me siguió a la oficina.

—¿Te pasa algo? —pregunto con inquietud y sobresalto.

—No me pasa nada —contesté.

Camila entendió que todo estaba en su sitio. O fingió creerlo porque se frotó las manos de un modo poco habitual y se retiró resignada. Detrás de ella, una estela de

melancolía entre la puerta y el corredor. Me costó figurarla como alguien con un mínimo de entusiasmo. Había mentido porque las cosas sí andaban mal.

El fin de semana regresaría por enésima vez a «La novela paralela» y a «La Divina». Tomé un taxi para llegar a mi casa. Ese viernes pareció una semana entera por la tensión del trabajo y el número de reuniones. La última, de tres horas, significó un esfuerzo por soportar a un viejo escritor oyéndole hablar de la excesiva artificialidad de las novelas contemporáneas. Lejos, dijo, quedó la salvaje naturalidad de aquellos escritores que ponían la sangre y las agallas en sus escritos.

El sábado, tendido en el sofá, abrí la carpeta donde guardaba los textos de S. Lara. Los personajes aparecen a rachas de lucidez y locura, como si estuvieran encarcelados. Suficiente leer el primer capítulo de ambas para respirar un aire de angustia. Pero no me di por derrotado, aunque me sintiera una marioneta, o si hubiese un tácito consentimiento de mi parte en prolongar hasta el hartazgo esas sesiones de zozobra. Si bien en ambas era innegable la desproporción y la calamidad, no exhibían desarmonía ni aburrimiento. Las partes anacrónicas y ridículas son didácticas y maliciosas.

Soporté hasta medio día. Lo que detecté con su relectura fue la repetición sistemática de palabras, giros y escenas que S. Lara intensifica con el propósito de alcanzar una unidad de estilo, como un maniático para resbalarse páginas después en una especie de crónica folletinesca.

Para despabilarme abrí una botella de *whisky*. Más tardé en servirme un trago que Aníbal Díaz en llamar, una de las autoridades más respetadas en los menesteres de la edición. Cada vez que lo hace, tiemblo porque terminamos como una cuba y con un gran pesar por nuestras reiteradas lagunas del día anterior.

—¿Cómo te caerían unos "amarillos" para celebrar el fin de año? —dijo.

—Estupendos —respondí de buena gana. Quizá el tono de la pregunta me hizo gracia.

Una hora después nos apoltronamos con unos "amarillos" etiqueta negra en un bar del Centro. No pudo ser más oportuna la conversación con Aníbal Díaz. Conté con lujo de detalles los entretelones del caso S. Lara. Según su juicio, las obras no están construidas según los cánones hasta ahora conocidos.

—¿No crees que es una broma o un embuste de Gabriel?

—¿De qué modo puede serlo?

—No sé, es difícil no hacer suposiciones sobre este caso.

—Sí, pero no me explico las razones.

—Y si Gabriel sólo trata de poner en evidencia tus capacidades y conocimientos y todo es una burla. Vamos a ver, dime, ¿cuántos son los personajes de «La Divina» y «La novela paralela»?

—No muchos, la verdad.

—¿Sus nombres?

—Son varios personajes, no los recuerdo.

—¿Y cómo sabes identificarlos?

—Algunos vienen de novelas publicadas, otros, no. Según Gabriel, además de personajes, son personas de carne y hueso.

—Desde hace tiempo he aprendido que para eludir lo que nos mortifica solemos recurrir a la broma, de ese modo enmascaramos el genio de la seriedad.

—¿Cómo una novela inédita? —pregunté, convencido a esas alturas de ser víctima de una infame y vergonzosa broma de S. Lara.

—De ella podemos rastrear varios casos. *El clan disperso*, de Carpentier.

—Nunca escuché esa anécdota.

—El título tiene, al parecer, raíces familiares. Su madre, Ekaterina Vladímirovna Blagoobrázova, mejor conocida en La Habana como Lina Valmont, fue abandonada por el padre de Carpentier, un francés de Burdeos. Según leí en una revista, el gran Alejo sufrió sobremanera esa deslealtad paterna e hizo lo mismo con la madre al casarse con Eva Fréjaville, hija natural de Diego Rivera, una hermosísima mujer, quien repitió, para su mala fortuna, la historia: abandonó al escritor, no sin antes, ser una de las amantes de Neruda.

—¿Qué tiene qué ver un texto inédito de Carpentier con los despropósitos de S. Lara? —inquirí con ansiedad.

—Porque en la proliferación de embustes está la trama, no crees.

—¿Como un tinglado?

—Tengo la impresión de que estás metido en un laberinto. Por eso menciono a Carpentier. Quién puede dar fe de que esa historia de desamparos sea verdadera, y de serlo, dónde están los originales de *El clan disperso*.

—Lo único que sé de hechos truculentos es que a Lezama Lima lo vigilaron la seguridad del Estado y la Stasi. ¿Cómo la ves?

—Otro hecho que corrobora mi hipótesis, no te parece. También está el caso de la *semi novela* de Octavio Paz según la denomina Guillermo Sheridan. De acuerdo con éste, fue escrita en la década de los cuarenta y cincuenta, después el poeta confesó a Gimferrer que aún no desechaba la idea de publicarla.

Pienso: habrá leído S. Lara ese episodio para salirme aquel lunes con ese cuento chino de «La novela paralela» y «La Divina». Una pregunta que hago en silencio y jamás la respondo para no poner en riesgo mi sano juicio. Tal vez meras pataletas para que, a partir de una farsa, crear

una obra de arte, con la vana pretensión de remedar a Marcel Duchamp.

Cambiamos de tema y nos fuimos por un tobogán. Mi temor se cumplió. Al día siguiente, desperté hacia el mediodía con una jaqueca atroz, sin ubicar bien dónde me encontraba. Sólo supe que mi cuerpo descansaba en un enorme sofá y una botella de *whisky* tirada en el piso atestiguaba los desarreglos.

Lo único que recordaba era el ingreso a un bar de mala muerte, en cuya entrada colgaban unas cortinas infames, adornadas con bisutería y un insoportable olor a limón. Una escena parecida a un fumadero de opio en una película en blanco y negro.

Me despedí de Aníbal. Vive en un edificio de varios pisos no muy lejos del Centro. Caminé varias calles y pasé cerca del bar —desde luego estaba cerrado— donde empezó el juego de las confesiones y el desastre de llamar al *whisky*, "un amarillo". En efecto, no había soñado.

Llegué a mi casa y me bañé sin prisa. El agua fresca y la limpieza del cuerpo me reanimaron. Después de un café me tiré a la cama y dormí un par de horas. En mi cabeza revoloteaban las palabras de Aníbal sobre la posibilidad de que se tratara de una broma o un engaño. De igual forma me impresionaron los relatos sobre las novelas inéditas de Carpentier y Paz, pero por otras razones, ya que no tenían nada que ver con el caso de S. Lara.

Por la tarde concluí que lo que Aníbal quiso darme a entender fue que S. Lara deseaba parecerse a Thomas Bernhard. Es decir, ser malentendido e injuriado por un mundo que consideraba estúpido. Pero, sin duda, a través de mi persona. Como si fuera un titiritero y yo su marioneta.

De algún modo necesitaba perdonar a Gabriel, tal y como planteó Enrique Hériz en relación con la traducción de *Robinson Crusoe* que realizó Julio Cortázar, quien redujo

a media página las dos primeras del original. Pero, a estas alturas de la historia, ya no se le puede preguntar las razones de ese tijeretazo, sobre todo, ya que a finales del siglo XIX habían 700 versiones de la novela de Defoe. ¿Y no era lo mismo con S. Lara?: Reducir dos textos inacabados y cuatro novelas publicadas para escribir una «posnovela».

¿Eso deseaba, que sintetizara seis libros? Una pregunta muy amplia y por lo mismo, ambigua. Ya no sabía qué hacer con «La novela paralela» y «La Divina», si arremetía contra su prosa corría el riesgo de terminar como Fray Luis de León, traductor del *Cantar de los Cantares*, quien pasó preso cinco años por orden de la Inquisición al atreverse a señalar errores en *La Vulgata*, la *Biblia* entronizada por el Concilio de Trento.

Poco antes de Noche Buena, Gabriel envió unas postales donde describe, como si fuera James Joyce, sus caminatas por París, atormentado por el futuro de Leopoldo Bloom, el personaje central de *Ulysses*.

XVII

Si me dieran a elegir, no recordaría ese fin de año. Camila, de visita con su familia. Sergio, fuera del país, Aníbal, ni sus luces. Con Aura, mi ex mujer, se abortó un posible almuerzo. Su nueva pareja la invitó a Colombia a pasar las fiestas. Nomás quedaba Amanda, algo que descarté porque el resto de la vida me arrepentiría de tal decisión.

Esos días, aburrido y cansado, sólo pensaba en los nombres de los personajes. Aunque no eran de ignorado origen, del primero al último existían nomás en las cuartillas de un escritor. Apenas una llamada y un listado de teléfonos. Una carambola asomándose a través de las enredaderas al fondo del jardín.

La única esperanza era Itzá. Pero, conforme se acercaban las fiestas, más se acentuaba su silencio. Tenía esperanzas que llegara cargada de regalos, cigarrillos, varias botellas de vino tinto y sus mudas de ropa porque se quedaría conmigo varios días.

No tenía a quién regalar ni invitar a una suculenta cena, sin embargo, harto de esperar, decidí ir de compras. Sin discutir los precios, abastecí la alacena de jamón serrano, varias botellas de vino tinto, *whisky*, un pavo precocido, suficiente pan y dulces de la temporada.

El último recurso fue llamar a Alejandra, una joven poeta, con un solo defecto: deseaba ser la mujer perfecta e instalarse en una casa soñada. Propósitos que estaban a contracorriente de su poesía, violenta, feroz y sexual. Quizá mi

percepción estaba equivocada y nomás aspiraba a inaugurar un prostíbulo sin tacha. Cómo saberlo.

Asustaba pensar que la cena de Noche Vieja la realizaría en un restorán lleno de cincuentonas, que a la una de la madrugada, medio borrachas, piden bailar boleros, mientras yo nomás puedo sonreír con conmiseración. Alejandra, como era de suponer, evadió la propuesta. Aunque sí aceptó llegar a desayunar para entregarme su último manuscrito.

Quedarme en casa fue la decisión más salomónica que pude tomar. Comprobé con asombro, que me gustaba la soledad, porque es una puerta para el recuerdo de las fiestas del barrio y los viejos amigos de juventud. Los primeros besos y las borracheras inocentes. A lo lejos, esa noche, la ciudad parecía incendiarse, de alcohol, de pólvora y de luces importadas de China.

Segunda parte

Enero

I

Arrancaba enero, una llamada me pilló con una tonadilla de una canción que se repetía en mi cabeza sin saber bien a bien la causa. Tenía la garganta seca, Camila dijo que a un tal Santiago Merino le urgía hablarme. Dudé por unos segundos. Si no hubiese sabido que Merino era un engendro de la imaginación de S. Lara, habría recibido la noticia con menos ansiedad. Como sea, un sinnúmero de emociones encontradas, multiplicadas por el indudable enigma de esa historia. Tras el desconcierto inicial, acepté hablar con él como si se tratara de un mandato.

Su voz carecía de afectación y su vocabulario denotaba alguien con recursos de palabra. Quise preguntar a qué se dedicaba pero no lo interrumpí. Quedé perplejo al comprobar cuánto deseaba esa llamada. Esa esperada segunda vez despejaba el camino para ir en pos de una comedia. Contesté con monosílabos, algo diferente habría cerrado todas las puertas. Quedamos de vernos en una heladería de Avenida de las Américas a las tres de la tarde.

Un visible alivio me abrigó. Estaba convencido de que era lo mejor que había decidido en mucho tiempo. No dejé de preguntarme con pánico, mientras llegaba la hora del encuentro, sobre mi salud mental. En el tiempo que recién conocí a Itzá le dije que con frecuencia perdía la cordura, a lo cual respondió que ello ya venía de tiempo atrás y que no tenía vela en ese entierro.

Durante el trayecto hacia la heladería pensé en lo

rocambolesca que es esa existencia. Hay de todo: la reencarnación, por primera vez en la literatura, de personajes, investigadores jubilados —como el caso de Merino— y un hombre viejo enamorado de una cantante de ópera; sin más, un teatro lúdico y delirante. Qué más se puede añadir.

Estaba nervioso, una anormalidad emocional me hacía creer que en ese momento, la realidad mermaba por un extraño artificio.

Llegó puntual y me saludó como si me conociera de toda la vida. De mirada transparente, tenía algo de indescifrable.

—Por fin nos encontramos —aceptó al cabo de unos segundos, sin quitarme la mirada de encima.

Me levanté y le estreché la mano. No supe cómo empezar la conversación. Él entró de inmediato en la materia, lo que fue de gran provecho para romper el hielo. Indicó que hasta el momento sólo podría reunirme con Salomón Laguardia Dary y su sobrino, Encarnación Ballesteros, Ponce, y Jacobo. No puse objeción alguna. Hablaba como si diera órdenes.

—Filiberto Santacruz, Helena, Sebastián Tánchez, Cupertino Suchité y Marilyn Monroy aún tienen dudas, así que esperaremos. Lo importante es echarlo a andar.

—Por supuesto —alcancé a balbucir.

–A quien primero conocerá es a Encarnación Ballesteros.

—¿La cantante de ópera? —inquirí, mientras Merino me observó sin ningún mérito, como si la pregunta fuera una obviedad a esas alturas de los hechos.

—¿Por qué a Encarnación?

—Con Encarnación comprenderá la conducta de Salomón —dijo de golpe.

Compramos un par de helados y nos sentamos en la banca más retirada de las personas que a esa hora llegaban de la mano

de dos o tres niños, quienes alborotaban la paz del lugar. Habló de su novela y bosquejó a grandes rasgos su vida. Salí de mi postración y empecé a conversar sobre literatura. Merino miraba los árboles de enfrente. No disimulaba su interés por la literatura estadounidense. En particular por Carver, que según pude colegir, habría releído más de diez veces.

Conversó con entusiasmo mesurado de la literatura contemporánea. Lamentó que las grandes editoriales impulsaran la novela hecha a modo de un patrón prescindible. Escritas pulcramente, casi perfectas pero sin demonio.

La charla continuó por otros autores y regiones del mundo. Pero yo seguía sin entender el verdadero propósito de aquel encuentro. Qué tenía que ver yo con Salomón, con Jacobo y con la cantante de ópera. Me atreví a preguntar.

—¿Usted sabe por qué desea S. Lara que entre en contacto con esas personas?

—Tenga paciencia, los hilos de la trama se trenzarán a tiempo.

—No es un problema de actitud. Eso no resuelve el meollo del asunto.

—Aquí no lo hay.

—¿Qué hay, entonces?

—Quizá una historia por contar.

—¿Cuál?

—Para empezar, una historia de amor.

—¿Y para ello es necesario tanto misterio?

Ya no insistí porque advertí su crispación. No pudo ocultar su impaciencia para explicar lo que a todas luces era un argumento poco racional, aunque en literatura nada lo es.

Según mis dispersos conocimientos, no existían textos literarios o históricos que apoyaran semejante empresa. Tampoco había quién pudiera venir en mi ayuda. Ni

Aníbal ni Sergio fueron muy entusiastas con la historia. Itzá se aburría con los entretelones.

—No se le olvide, esto es una novela de otras novelas, no más. Ya lo averiguará con sus propios medios. Ese es el poder de la ficción, ilustrar sobre lo que no conocemos —dijo, despidiéndose, como si su discurso fuera un acto anticipado para quedarse al margen.

Prometió que llamaría a los pocos días para fijar una cita con Encarnación. Se alejó con parsimonia y a mí me quedó la sensación de haber asistido a la escritura del primer capítulo de una novela que jamás concluiría, porque ellos, los personajes/personas proporcionarían un final abierto. Esa tarde ya no regresé a la oficina.

II

Conocer a Merino alivió la repetida fluctuación anímica que con apuros sobrellevaba. Al menos, se avizoró en el horizonte la presencia física de la cantante de ópera, que según los manuscritos es de labios carnosos y una sonrisa de brusca languidez. En uno de los párrafos se destaca una sugestiva idea: es tan hermosa como para que no exista en el mundo ninguna razón para dejar de amarla. Ha de ser una exageración retórica de S. Lara, pensé. Qué tan equivocado estuve.

Una noche, tras volver de una presentación de un libro, encontré una nota de Sergio pegada en la puerta de entrada de mi casa. Lo llamé de inmediato y quedamos en vernos en su departamento a la noche siguiente. Lo oí compungido. Temí lo peor: otra crisis de enojo por los vaivenes de la política u otra más de sus acostumbradas rabietas de indignación. No lo veía desde el año anterior.

Salió a recibirme, me abrazó con fuerza, como si yo regresara de una enfermedad mortal o de alguna guerra. Abrió una botella de vodka, sirvió dos tragos y habló de su largo viaje a México. Estaba desolado por la muerte de Daniel Sada. Mostró dos de sus novelas: *Casi nunca*, que yo leí la ocasión que lo premiaron con el Herralde y *Porque parece mentira la verdad nunca se sabe*. Con voz amortiguada describió con lujo de detalles la vida y obra del novelista.

—Fue el último lezamiano —dijo, resignado.

Nos quedamos en silencio y como si un resorte se le hubiera activado, mostró orgulloso una de sus últimas adquisiciones mexicanas: un ejemplar de la primera edición de *El Señor Presidente* editada por Costa Amic en los años cuarenta. Sergio coleccionaba ediciones de Asturias y de Cardoza y Aragón, tanto como lo hacía Neruda con Nerval.

—Llevaba diez años buscándola, sabes –dijo.

No confesé que yo también poseía dos ejemplares de esa novela impresa por el legendario editor catalán. La guardó y prosiguió con el detalle de otras obras inéditas del Nobel. Habló de *Un par de inviernos*, de 1919; *El toque de ánimas*, de 1922, primer capítulo de una novela inconclusa. Yo sabía que esa información provenía de Claude Couffon, quién la publicó en París en 1971. También, *La señorita de la vecindad*, de 1924, la cual Asturias publicó en la revista *Studium* en el número catorce, según Gerald Martin, entre otros títulos de una lista que mencionó con entusiasmo infantil, porque Sergio pergeñaba una loca idea: en algún sitio podría encontrar los manuscritos originales y estaba decidido, aunque le llevara toda la vida, a tomar posesión de tan preciados textos.

Aproveché su estado de ánimo, que iba de lo quejumbroso a lo eufórico, para contarle mi entrevista con Merino y la proximidad de la cita con Encarnación Ballesteros.

—¿Y ella, quién es?

—Una cantante de ópera.

—Relacionada, imagino, con esa loquera de S. Lara.

—Sí —reconocí, como si estuviera en la sombra de un desamparo.

Expliqué generalidades sobre Salomón Laguardia Dary y su obsesión por la mítica cantante de ópera Maria Callas.

—¿Maria Callas? —preguntó, levantándose como si yo revelara un secreto de Estado.

Respondí con movimientos de cabeza y el índice al mismo tiempo.

—Vaya, qué historia, no te parece. Yo amo la ópera, sabes. Espérame, ya verás lo que tengo que mostrarte —dijo, yéndose a su estudio.

Mientras volvía, me puse a husmear en la librera. Ordenadas y limpias estaban las obras de Dickens, Greene, los autores del círculo de Praga, al que Kafka perteneció, casi toda la novela negra estadounidense: Chandler, Hammett...

Regresó con varios CD. Antes de colocar el primero dijo: en la voz de la Callas sus agudos son groseros, casi sarcásticos y sus tonos graves son, para mi gusto, umbrosos. Sin embargo, su voz es una catarata de notas y sentimientos sublimados.

Para mí, esos conceptos, más que ideas raras, constituyen un mundo impenetrable. Oírlo hablar con esa propiedad avergüenza.

—Pon mucha atención. Siéntate, vas a escuchar la célebre *Aria de las joyas de Fausto*. Callas interpreta el papel de la alegre Margarita.

Oírla fue una sorpresa descomunal. Sentí una felicidad de locos. Sergio me observaba con una pose casi teatral. Movía la cabeza para encontrar mi aprobación. Luego, colocó otro CD.

—Escucha, es *Marriage of Figaro* —dijo, con un acento perfecto.

En ese momento imaginé que Encarnación Ballesteros cantaba y la realidad se transformaba y era un carnaval al estilo de Bajtín. *La Boheme* fue la cúspide.

—Ahora te deleitaré con Renata Tebaldi.

—¿Tebaldi?

—Sí, la gran rival en vida de Callas.

Pronto regresó con Callas. Sonaba *Soave fanciulla* de Puccini, me paré a cantarla, ante las carcajadas de Sergio.

Acepté mi ignorancia y confesé que lo único que sabía de ópera eran las grabaciones de los grandes tenores, pretexto para repetidas borracheras en mi casa.

—La única soprano de la que tengo memoria es María Greever, y ello porque mi madre fue su admiradora. Claro, más en su faceta de compositora de música popular —comenté al paso.

—¿Greever? —preguntó, levantándose de un salto. Se dirigió a un baúl, tallado con maestría, de Michoacán, y nervioso revolvió su contenido. Mostró victorioso un acetato de la RCA.

—María Greever, sí señor, mejor conocida como María Joaquina de la Portilla —habló, con pose de profesor al recitar las páginas de su biografía.

—Mi madre adoraba *Júrame* —añadí.

—Originaria de Guanajuato, vivió en Madrid, Londres, París. Imagínate, tomó clases con Claude Debussy.

—Según mi madre, Tito Guisar cantó muchas de sus composiciones.

—No sólo él. José Mojica hizo famosas muchas de sus canciones. ¿Has escuchado *Cuando vuelva a tu lado*? Es más, Caruso interpretó *Tipitín*. Bueno, con él fue natural, porque ella se inició en Nueva York en el Town Hall en la mejor época del tenor. En su tiempo la compararon con Schubert. Qué te digo, Sinatra, Plácido Domingo, Pavarotti, ¿quién más te gusta como intérprete de su música? Casi todos, no.

Me sentí como nunca con el buen ánimo de Sergio. Es más, se permitió la primera sonrisa de las muchas que hubo esa ocasión.

Yo tenía bien claro que no tenía un pelo de tonto. Se mantenía informado de casi todo lo que acontecía en la política y en la cultura. Aunque nunca fue explícito, siempre estaba dispuesto a ponerse en marcha y desatar el caos como si fuera un viejo anarquista. Por ello, al verlo

tan cultivado en el género me pregunté cómo es posible esa exquisitez y no ser partidario de ninguna causa, más que la de sí mismo. Descubrí por accidente que Sergio mentía, que no era tan escéptico ni tan desencantado como quería parecer.

Me ofreció un habano. Leí la etiqueta antes de encenderlo: "Romeo y Julieta. Churchill". Él se tumbó en el sofá y me vio.

—No te vayas a enamorar —advirtió.

—¿De quién, Sergio?

—Si Encarnación Ballesteros canta como la Callas, ya estás jodido.

Me retiré contra su voluntad. Caminé media hora antes de decidirme a parar un taxi. En el camino me topé con una mujer con un vestido de lentejuelas y unas gafas verdes. Después de un traspié volteó a verme. Treinta años, calculé a distancia. Sentí su mirada en mi nuca. Reí por dentro y pensé: no creo que me vea como un soltero elegible. La vi perderse tras subir unas escaleras. En esas sombras entreví una mueca mortal en su boca. Instantes después la imagen comenzó a desmoronarse.

A aquella hora, los únicos transeúntes estaban a más de veinte metros de mí. Una mujer mayor, regordeta, con aspecto anómalo, como si fuera la madre de todos los vagabundos de los alrededores, se balanceaba al andar. Un poco más lejos, un hombre alto, extremadamente delgado, se peinaba a la luz de un rótulo de neón de una farmacia de turno. Así, nadie podría confirmar esa imagen con mujer en las gradas dispersándose.

Como si tocara puerto, llegué a casa con la voz de Callas en la cabeza y con la necesidad de conocer a la Ballesteros. No sabía si era tan bella como la describían los manuscritos de S. Lara, pero lo que más me inquietó fue la premonición de Sergio.

III

Durante el desayuno tomé la decisión de ausentarme del trabajo. Durante medio día visité varias tiendas de música y adquirí todos los CD disponibles de la cantante griega. También compré varias de sus biografías. No podía asistir al encuentro con Encarnación Ballesteros siendo un iletrado en el *bell canto*. Además, la situación lo demandaba. Ella fingía ser la Callas con Salomón, era cantante de ópera y un personaje central de «La Divina».

Una frase de Callas me conmovió: «No quiero cantar, quiero vivir». Quizá en esas pocas palabras se condensaba su vida trágica y apasionada. Conforme leía su biografía advertí a las heroínas que personificó en los mejores teatros líricos del mundo y cómo terminó, más allá de su actuación como Norma, Lucía o Violeta, la escenificación de su propia vida marcada por la desolación y los infortunios. Nada más claro que una línea: «Simplemente no he tenido suerte en el amor».

Maria Callas cobraba vida en su voz pero igualmente en la imagen borrosa de Encarnación Ballesteros. A la Callas no sabía cómo enfocarla bajo la luz de un examen muy escrupuloso. Neófito en esos menesteres, representaba nomás una melodía, una voz alzándose.

Qué buscaba: a la gran diva o la niña mofletuda, nieta del general Petros Dimitriadis, un veterano militar que poseía un gran talento musical. Qué necesitaba descubrir: su portentosa voz, capaz de los matices y colores más insólitos

o la descripción que hizo Giovanni Battista Meneghini, su primer marido, en el libro *Mi mujer Maria Callas*: «Me dio lástima. Tenía deformadas las extremidades inferiores. Los tobillos estaban tan hinchados que parecían pantorrillas». ¿Y si Encarnación Ballesteros no era bella como señala S. Lara y se parecía a la Callas joven? Cierto, Gabriel no era alguien de fiar, de pronto emitía juicios bruscos, inesperados, pero no tanto para exagerar la belleza de la cantante de ópera.

Busqué entre los discos alguna versión de "Norma" de Bellini, que en 1948, en Florencia, acabó de consagrarla. Necesitaba escucharla de nuevo, como en casa de Sergio. Dejé a un lado la lectura y me dediqué el resto del día a deleitarme con *Turandot*, de Puccini, *Aida*, *La forza del destino* de Verdi y *Tristán e Isolda*, de Wagner.

Por la noche, saturado de ópera y de lecturas deduje que fui tocado por algo subterráneo, como una intensidad consumiéndose y consumiéndome al mismo tiempo. Y era eso lo que me esperaba con Encarnación Ballesteros. Una historia semejante a un cuento de hadas. Como describió uno de los biógrafos: la lucha entre Maria y la Callas, como sería a la postre el litigio entre S. Lara y su novela, entre ella y Salomón, entre Encarnación y yo. En otras palabras, una pasión intensa que me destrozó el corazón porque, algún día acabaría como un amante dolido al escuchar "Norma" en el antiguo teatro griego de Epidauro o como Freud, que al final de su vida preguntó: ¿Qué quiere la mujer?, al admitir su incapacidad para descifrar el acertijo de la sexualidad femenina.

Antes de dormir, un impulso disparó mi imaginación, así, busqué una libreta y desde esa noche, empezaría a escribir un diario. El primer registro fue aquel infortunado lunes.

Marzo

IV

Itzá apareció sin anunciarse en la oficina. Camila la dejó pasar y no hizo preguntas ni pucheros de amante celosa, nomás informó de su presencia; su voz cayó perezosa, como si presintiera que algún día tendría que hacerse a un lado y marcharse de la editorial y ello haría las cosas mucho más fáciles al verme por última vez.

Se sentó y vi una figura de ojos vidriosos, cansados. Si bien traía un sencillo vestido de manta cruda, incitaba a pensarla sin nada encima. En su rostro se dibujaba la típica tristeza de una mujer tras el coito con un desconocido. Nunca la había visto de esa manera. Las preguntas estaban fuera de lugar.

—Anoche regresé de Buenos Aires, me invitaron al lanzamiento de una campaña publicitaria para toda América Latina —dijo, imperturbable. Traía puesto un sombrero, lucía un poco extravagante.

Sacó de su bolso un libro de poemas y un CD. Después, alzó la mirada, repasó los objetos, los libros y los muebles de mi oficina. Sospeché que sus días en Argentina fueron de cuarenta y ocho horas. Era una nena de doce años, inclinaba su cabeza hacia un lado.

—Es el último disco de Sabina, grabado en Praga con un poeta. Se llama *Vinagre y rosas*. El libro de Gelman es *El emperrado corazón que amora*. Te van a gustar —afirmó.

Me levanté y la abracé. Se separó y me vio de frente, agradecida, con los ojos pálidos y una historia detrás de ellos,

demasiado fácil de imaginar. Su cuerpo despedía un olor pacífico que me puso triste.

—Pero qué hiciste todo este tiempo —dije, sin mirarla siquiera.

—Te extrañé tanto —exclamó, colgándose de mi cuello.

De Itzá emanaba el milagro de su propio arrebato. Sus humores venían a mí como una niebla balsámica. Me excité al imaginarla loca y voraz. Tendí la mano y le rocé la cara con la yema de los dedos. Indecisa, me vio, como si no me viera, o yo fuera la representación de un recuerdo amargo.

Nunca llegué a saber del todo si Itzá intentaba contarme lo que sucedió en su viaje. Sé que deseaba sacarse de encima una culpa pero no encontró el modo. Además, aunque yo sospechara que algo no andaba bien, las reglas de nuestra relación lo impedían. De cualquier modo, la situación fue confusa, tanto como las razones por las cuales Buenos Aires se desdibujaba en su rostro.

Le alcancé un cigarrillo. Lo fumó abatida, desconcertada ante mi serenidad. Nunca había sucedido nada igual. Al apagarlo, creí que se largaría a llorar. Se abstuvo y empezó a acariciar entre los dedos un escarabajo de lapislázuli que sacó del bolso. Se sentó y cruzó la pierna izquierda. De la nada recuperó la compostura y habló con soltura de otros temas.

—¿Cómo vas con las novelas de S. Lara? —inquirió. No necesitó insistir para que yo le hiciera un resumen de la historia.

Fui breve porque advertí que podía interpretarlo como un guiño presumido de mi parte o un afán por describir con grandilocuencia una historia más bien irrazonable. Además, yo mismo podía arrinconarme con el tema de Encarnación Ballesteros. Preferí un sencillo orden de los hechos, con las obvias omisiones de mi parte. De todos

modos, no estaba interesada en mis devaneos con escritores.

Duramos un buen rato en silencio. El sombrero quedó arrinconado, como si éste fuera la fuente de todas sus complicaciones. Permaneció de pie junto a mí, observándolo, con la certeza de que el sombrerito no sólo era cursi, sino un adefesio. Nunca se lo dije así, con brusquedad, pero ella registró el disgusto en mi rostro. En algún momento dijo: es moda *vintage*.

—Sabes qué me intriga de «La Divina», el título —dijo, sentándose en el sofá del fondo de la oficina.

—Así le decían a Maria Callas —aclaré.

—No sé, es un nombre típico de mujeres trágicas. Pueden ser putas, abogadas, diputadas o artistas, no crees.

—Supongo que sí —contesté.

Camila se asomó en el corredor. Al verme volvió a marcharse. Itzá vio el reloj y se levantó de inmediato. Dijo que a esa hora ya debía estar en una reunión con su jefe. Deprisa guardó el escarabajo y un pañuelo. Mientras bajábamos las escaleras me preguntó si conocía a la italiana que era su vecina. No supe de qué hablaba y la verdad, no sé qué le hubiera contestado. Ella es experta en ópera, aclaró.

Salió a la carrera y se metió a un taxi. Volteó a verme y me dedicó una débil sonrisa. Sin levantar la cabeza regresé a la oficina con la certeza de que Itzá poseía una singular habilidad para desinflar las promesas de amor eterno, como si fuera un día de pícnic. Creo que nunca ha sido capaz de conjugar los tiempos del verbo amar.

V

No se me olvidará el momento en que Camila me entregó un pequeño sobre sin destinatario. Leí las líneas que anunciaban día, lugar y hora del encuentro con Encarnación Ballesteros. "¿Nada importante?", preguntó Camila. Negué con un leve movimiento de cabeza y no moví ni un solo músculo de la cara, porque temí que Camila sospechara de qué se trataba el asunto; fue en exceso frívola al retirarse de la oficina.

Durante horas me vi en el rincón de un gran teatro, en septiembre de 1957, fecha en que Maria Callas conoció a Onassis y charlaron en griego como si se conocieran de toda la vida. Yo no hablo ni siquiera inglés, pero estaba seguro de que Encarnación tampoco griego.

No había modo de averiguar qué rostro tenía ese nombre. Batallé varias horas en el Google hasta encontrar tres fotos de Encarnación, pero eran de mala calidad y tomadas a distancia. Ese día me quedé solo, con suficientes dudas para el resto de horas mientras llegara el encuentro.

Me asomé a la ventana, contar los edificios de la ciudad resultó un entretenimiento eficaz para olvidar la ansiedad de la espera. Dados los acontecimientos de los últimos meses y mis charlas con S. Lara y Sergio, no podía esperar otra cosa que descifrar el misterio que esa cita presagiaba. Decidí en ese momento vestirme de cierto modo y comunicarle a Sergio la noticia. Éste terminó riéndose no sé por qué razón. No había nada de chiste en

ello. Resuelto, olvidó la noticia y pasó a lo que siempre le interesa: coleccionar.

—Sabes, es posible que consiga dos ejemplares de dos pequeñas novelas de Terenci Moix.

—¿Qué tiene de extraordinario?, en la librería Sophos hay varias obras editadas por Planeta —contradije, fastidiado por el tema.

—Son novelas de un jovencísimo Moix, entiendes. Creo que en una de ellas, una Roma imaginaria es el escenario. Existen referencias de Rossellini, De Sica, Visconti y Fellini. Me quieren cobrar una fortuna, ya veré cómo negocio una rebaja —dijo y luego colgó, sin más.

Sergio congeniaría más con alguien como Itzá, tan adicta también a coleccionar libros y objetos raros, pensé.

La nota llegó un martes, así, apenas me quedaban dos días para prepararme. Memoricé la diferencia entre un tenor lírico y un barítono. Profundicé en los mitos de Orfeo y el de Fausto, lo que me trajo de inmediato a Goethe y mis lecturas de adolescencia. A través de sus cuatrocientos años de existencia, la ópera todavía era un arte admirado. La voluntad de alcanzar la persuasión y la credibilidad vocal y dramática explicaba por qué miles de hombres y mujeres acamparan durante días en las afueras de los teatros de ópera. Me cautivó esa idea de los héroes; de ascender y caer con grandeza. Por momentos me vi ataviado de Otelo, Cavaradossi, Parsifal o Chénier.

VI

Seis de la tarde indicaba la nota, en una cafetería a las orillas del bulevar de Vista Hermosa. Llegué diez minutos antes. Me sentía como Carlos Fuentes a los quince años al vagabundear por Buenos Aires, yendo cada semana al Teatro Colón a las funciones de ópera por los sabios consejos de su madre. Aún, a sus más de ochenta años, las domina de memoria.

La descripción de Encarnación en «La Divina» se repetía a cada momento, mientras endulzaba el café. No es que esperara encontrarme, como sus biógrafos describían a Callas, a una intachable figura de cera, sin contradicción alguna ni desalineo, pero sí a una mujer real que nada tenía que ver con esa diva que resistió la desventura hasta el día de su muerte.

No sabía muy bien qué hacía sentado en una esquina de esa cafetería, llena de gente joven, interesada más en temas ordinarios y que, de saber por qué me encontraba ahí, me mirarían de otro modo o me señalarían con algún agente del orden público, por mi incapacidad de perder el juicio con suficiente determinación.

Poco a poco, sufrí una rara tensión entre mi cuerpo y una sombra ausente que llegaría en minutos. Bebí el expreso de un sorbo y pedí al mesero otro y un vaso de agua. Pensé en S. Lara y su necedad de convertir sus dos textos en una «posnovela». Yo encarnaba el instrumento, la forma

de arrojar su drama personal por la borda y transformar su locura en mi tragedia privada.

Sentado en esa mesa descubrí que lo que más me estimulaba de todo aquello era la posibilidad de adentrarme en esa pieza teatral de personas/personajes a través de ella. Hasta ese momento, los demás actores no me interesaban en absoluto.

Apenas unas seis mesas estaban ocupadas. Entraban y salían mujeres jóvenes, muchas de ellas bonitas, pero sin esa singularidad anunciada en el texto de marras. En el mismo momento que el mesero colocó la pequeña tasa y el vaso de agua, su figura traspasó el umbral; vestida de negro, caminó hacía mí, con una sonrisa como pocas, casi podía dar fe notarial de que nunca advirtí nada igual. A partir de algunos párrafos de «La Divina», su belleza rebasaba con creces lo descrito por S. Lara. Deseé pararme y pedirle a gritos que cantara para que las premoniciones de Sergio no se cumplieran a carta cabal.

Saludó con un beso en la mejilla, esos odiosos rituales que se han puesto de moda. Los labios al aire, simulan un gesto con la boca, quizá para evitar un forcejeo o una cercanía incómoda. Hice lo mismo y nos sentamos. Hablamos las generalidades que se acostumbran en un primer encuentro. Así, como si fuéramos meteorólogos, pasamos del clima, a la densidad del tráfico citadino, entre otras cosas. Le oía hablar mirándole los labios, pensé que yo no era su primer amor, menos el ser esperado o el preferido sino un saldo o el editor elegido por S. Lara y la complicidad de las personas/personajes para llevar a cabo un siniestro plan literario.

—Así que usted está interesado en la historia de Salomón —entró sin rodeos al meollo de la cuestión.

—Quizá no sea esa la palabra. Pero, dejémoslo así.

—La vida de Salomón es un acertijo, aunque también

un drama. Como si tuviera el cerebro partido en dos: una parte lúcida le permite cumplir con sus obligaciones académicas y la otra, enredada, bochornosa, lo llevó a creer que soy Maria Callas.

—Pero, usted consintió el juego.

—No me queda otra. Bien mirado el asunto, esa dualidad lo mantiene vivo desde que perdió a su hijo.

—¿Un hijo?

—Sí, en un incidente confuso hace veinticinco años. Aún no se sabe si fue un secuestro por razones políticas o víctima de una venganza pasional. Nadie, hasta ahora, ha podido establecer con certeza los hechos. Lo único cierto es que del muchacho no se podía esperar gran cosa, lo que averigüé es que fue despedido de todas las empresas en las que trabajó.

—¿Cada cuánto lo ve?

—Depende, en ocasiones cada quince días, aunque con regularidad, cada dos meses. Eso sí, nunca falta a mis conciertos o nos reunimos en casa de alguien del grupo—. Según yo, esas palabras confirmaban que se trataba de una conspiración.

—¿Le gusta el título «La Divina»?

—Ese era el sobrenombre de Maria Callas —respondí.

—Así es. Ella cantó "Norma" el 14 de mayo de 1965 en la Ópera de París y ahí fue el ocaso de «La Divina». Se desplomó sobre el escenario al caer el telón en el tercer acto.

—¿Cómo conoció a Salomón?

—Él es ingeniero y fui su alumna en la Facultad de Arquitectura.

Preguntas y respuestas puntuales, como si fuéramos encuestadores del Instituto Nacional de Estadística. Nada, en el principio, de hablar de fracasos y amoríos, algo de timidez en los dos. Con prudencia arribamos a temas más suaves, de tal manera que durante dos horas discutimos de

literatura, de pintura y de ópera, uno de los temas que más le apasionaban. Para ganarme su simpatía le obsequié el disco *Vinagre y rosas* que Itzá me había traído de su último viaje y un par de novedades de la editorial.

Su belleza no era un asunto de mera retórica. Era una de las mujeres más atractivas que había conocido. No obstante, no dejé de preguntarme por qué no desaparecía la sensación de perder el tiempo, ya que no lograba acertar por qué no podía desembarazarme de muchas conjeturas. Es decir, qué hacía ella liada con S. Lara, Salomón, Merino y el resto de personajes. Qué hacía yo esa tarde noche con ella. Entonces, me lancé al ruedo y pregunté si estaba soltera. Me vio como si estuviera frente a un desahuciado. La pregunta la puso incómoda, aunque a medias, porque de inmediato se soltó con una historia triste de amor contrariado y yo quise en ese instante arrodillarme y declararle amor eterno para que no sufriera porque la vida es benigna y se apiada de uno. En otras palabras, una mentira elaborada al vapor abre el camino para fantasear sin límites.

No disimulé mi impaciencia a partir de la menudencia de su confesión. Iluso, pensé: tengo esperanzas de conquistarla. Aunque no estuviera zanjado el asunto de la «posnovela», una obstinada ilusión progresó en los últimos minutos que estuvimos juntos.

No se interesó por mi vida ni mi oficio. La historia de Salomón la trastornaba, como si estuviera en juego la supervivencia de ese hombre setentón. Cargar con ese peso, al menos, indicaba una mujer de hábitos generosos, aunque el profesor de cálculo fuera un lastre que impedía que siguiera su destino o sus instintos.

Le propuse vernos a espaldas de Merino y de Salomón. Fue una puerta abriéndose a medias, tan cerca de un nunca más. Se estremeció ante la propuesta y dio un rodeo largo a mi pregunta. Antes de responder, tuvo un escalofrío,

como una congoja antigua, supuse, porque yo era en esa cafetería un recuerdo, una lucha entre la Encarnación fría, elegante y la Encarnación de una belleza explosiva, tal como sucedió entre Maria y la Callas. Anoté su teléfono en un papel que saqué a prisa del saco. Ella pronunció uno a uno cada número porque, supuse con ingenuidad, que le atraía la idea de encontrarnos pronto a solas.

Al abordar el taxi lo tuve claro: seguiría con esa farsa de «La Divina» y «La novela paralela» nomás por ella. Meses después lo entendería con claridad, Encarnación quiso advertirme de lo que me podía ocurrir al enamorarme, o peor aún, el riesgo de un derrumbe emocional al oírla cantar, como advirtió en su oportunidad, Sergio. Fue demasiado tarde, porque estaba decidido a acompañarla hasta donde hiciera falta. ¿Acompañarla? Daba lo mismo, el único término que fui capaz de entender esa noche fue la violenta dulzura de su belleza.

VII

Después de conocer a Encarnación, recordé a Helena, conocida como «Ella», personaje emblemático en una de las novelas publicadas. Llamó mi atención esa virtud de echar llamas durante el orgasmo, o en términos más pedestres, de quemarse viva en el fornicio. Se lo conté a Aníbal Díaz, quien empezó a hablar de extraños libros que ha leído donde suceden cosas similares. No concebía a Encarnación en lo mismo, aunque sí la dibujaba desnuda, como si conociera milímetro a milímetro su cuerpo. Lo que no lograba ver en el sueño era su rostro cuando hacíamos el amor. Otro personaje enigmático resultó Marilyn Monroy. Es decir, como si ambas poseyeran una enorme facilidad para cambiar de personalidad y de roles. Y es que Encarnación, de algún modo, dominaba las virtudes de esas mujeres extrañas que, según las descripciones, no se asemejan en nada, salvo en su capacidad de causar serios estragos amorosos en los hombres.

Minucia la de desentrañar la vida de Encarnación, Helena y Marilyn. El caso es que, al conocerla, entré a ese teatro con la idea de que estaría allí nomás unos momentos y no pude vaticinar que terminaría atrapado en una telaraña de personajes, algunos verdaderos, otros, pura invención de S. Lara.

Había citado Aníbal para coordinar una conferencia sobre el impacto de la era digital en la edición de libros. Disponíamos cada uno alrededor de quince minutos para entretener

con estupideces al distinguido público, que por la hora deseaba una cerveza o un *whisky* y no sesudas disquisiciones sobre un mundo que les interesa un pito. Sergio me convenció de que a autores como Daniel Sada resulta imposible leerlos en esos aparatos. Y Aníbal, por su parte, sostenía que había que encontrarle el lado paródico a la cuestión, que le metiéramos un poco de humor para no terminar subyugados por la seriedad que en estos temas se suele apelar.

—Por fin conociste a uno de los personajes —comentó Aníbal. Alzó una ceja.

—Sí, aunque no es precisamente un personaje —me apresuré a responder.

—Como sea. ¿Cómo está?

—No entiendo.

—¿Está buena?

—Puta, no tienes idea.

—Me imagino, hasta te quitaste algunos años.

—¿Cómo lo sabes?

—No lo sé, pero es fácil reconstruir las horas previas a ese encuentro y ver las ropas que te pusiste. Claro, ahora parece que vienes de vuelta de un descenso a los infiernos, querido amigo.

—Tampoco es para tanto.

—Lo que está genial es la descripción de Helena. Eso que echa llamas cuando alcanza el orgasmo es de pura novela.

—Pues lo es, qué más —repliqué.

—Marilyn Monroy es sinónimo de pura literatura —reconoció, sorprendido.

—Entonces, Aníbal, no es una burla de S. Lara —pregunté al paso.

—Por supuesto que lo es. Para discutirlo con más calma, qué te parecen "unos amarillos".

Sentí terror al nomás escuchar esa palabra. Recordé el bar de mala muerte y la jaqueca atroz de la última

ocasión. Pero lo que más me excitó fue tener presente el insoportable olor a limón y la bisutería de la puerta de entrada de ese antro sacado de algún alucine de borracho en una cantina de mala muerte en Escuintla. A pesar de esa maldición, acepté la propuesta y saqué una botella de *whisky* del escritorio. Decidimos invitar a Sergio, quien seguía obsesionado por las dos novelitas de Terenci Moix.

Una hora más tarde, Sergio entró a la oficina, lucía grotesco, afanándose por parecer un escritor de novelas negras y no lo que es, un penalista respetado y temido, un gran lector, entre arlequín y oscuro, nomás para llamar la atención. Detrás de él, entró Camila con su bulto de papeles y la sonrisa para anunciar su retirada. Recibí los sobres que traía y los puse a un lado del escritorio. A los cinco minutos y con el primer vaso con *whisky* en las manos no quedaba rastro de esa pose a modo de prefacio de su acostumbrada teatralidad. Buscó un sillón y se acomodó como si estuviera dispuesto a escuchar una historia macabra sobre los personajes de S. Lara.

—Vamos a ver, cuéntanos cómo te fue con la cantante de ópera —dijo, con la mirada puesta sobre Aníbal.

—No estábamos con esa musa, hablábamos de Helena y Marilyn Monroy —aclaró Aníbal.

—O sea, otros personajes/personas —comentó.

—Así es —precisé.

La luz de la tarde se acurrucó en un rincón de la oficina como un interlocutor más de tres hombres atrapados en el dilema de una supuesta «posnovela». Aníbal se levantó y caminó hacia la ventana. Desde ahí admitió que las tardes siempre lo ponen triste. No quise mencionar el síndrome de lunes.

—A mí me interesan las facciones de la cantante de ópera —reconoció Sergio, acercándose a Aníbal que veía las azoteas y los edificios de la ciudad.

No quise ahondar en detalles, por más que Sergio se empecinó en que describiera sus piernas y si tenía vellos en los brazos.

—No es para nada lo que imaginas —respondí, solemne, con pinta, entreví, de niño bien portado.

Cambió de tema y volvió a interesarse por Helena y Monroy, para prepararnos para lo que vendría; habló con solemnidad: Helena ha de tener un brillo de melocotón en la piel.

Aún no comentábamos su capacidad de incendiarse durante el coito.

—¿Y cómo lo sabes? —pregunté sin mirarlo.

—Lo que no he dicho es que yo sí he leído esa novela. Más bien, leí ambas, me sé a la perfección la trama de esas mujeres.

—Todo este tiempo me engañaste —reclamé, y me acerqué tanto que sintió el olor dulzón de la cólera que desprendían mis palabras.

—Para nada, la última vez mencionaste los títulos, los apunté y me di a la caza de las novelitas. Apenas las acabo de leer, faltan las otras, pero en esas estoy —dijo, retirándose por la niebla turbia que sus palabras provocaron.

Se sirvió otro trago y me palmeó el hombro, como si sintiera una piedad anormal por mi situación. Aníbal hizo lo propio y regresamos a la cantante lírica. Creo que nunca le dieron crédito a lo que realmente sucedió aquel jueves en la cafetería del bulevar de Vista Hermosa. Ni yo mismo estaba seguro de poseer los suficientes elementos de juicio para describir con veracidad aquel acontecimiento. De cualquier modo, la historia seguía envuelta en un manto de confusión y, por lo mismo, dieron a entender que no se tragaban la píldora, como si procurara engañarlos.

De entrada, sospecharon que algo no andaba en la historia de la cantante de ópera ni con el resto de persona-

jes/personas. Con sinceridad, quisieron darme luces para traducir lo acaecido. Llegados a esos menesteres, habíamos abierto la segunda botella y Aníbal se movía despacio, más de lo normal y yo sentía un bamboleo suave. Sergio, por su lado, lucía patético.

Viéndolo bien, las hipótesis —demasiado estrambóticas para ser creíbles— fueron producto de nuestro estado etílico y las consabidas arremetidas de una retórica vulgar, inútil para predecir el trasfondo de esa farsa literaria.

—Creo, mi estimado, que esta es una oscura señal de amor —Sergio arrastró la última vocal.

—¿La farsa literaria de S. Lara? —reaccioné, mientras Aníbal seguía ausente, guiado por una luz que no éramos capaces de captar.

—Para nada, me refiero a Encarnación Ballesteros —aclaró Sergio.

—No veo oscuridad asomándose —dije.

—Sospecho que es una historia que se te va a escapar de las manos.

—Tendrías que conocerla para darte cuenta de lo que digo —rebatí.

—¿No es del tipo de las trágicas? —tartamudeó Aníbal, cada vez más borracho, recordándome las palabras de Itzá.

De pronto sentí que la conversación era una puesta en escena; no se trataba sólo de Encarnación, sino del resto de personajes. Quizá no sólo estábamos llenos de *whisky*, sino de literatura.

Pero, mentiría si digo que me tomé en serio la advertencia de oscuridades a la vuelta de la esquina. ¿De qué tipo? No lo pude saber sino meses después. Claro, no de esas malignidades ruinosas. Tampoco les conté que había pedido a Encarnación vernos a espaldas de Merino y Salomón y que ella aceptó gustosa y sin reparos.

Me dio pena ver tan descompuesto a Aníbal. Por su

parte, Sergio estaba a punto de largarse a llorar por la reciente muerte de Sada. Aproveché para servirles el último trago y despedirlos antes que se les ocurriera la genial idea de echarse el último en los lugares sórdidos que tanto les gusta cuando están borrachos.

VIII

A eso de las diez de la mañana, Camila entró a mi oficina. Traía café expreso y un vaso de agua mineral. Temí que ese gesto de cortesía fuera el preludio de una declaración de guerra. Que se había enfadado más de la cuenta; esa idea me asaltó por un instante al verla vestida de un modo poco ordinario. Se paró enfrente y me vio como si fuera a preguntar: ¿no te da vergüenza tanta borrachera?

Cuando quise responder la hipotética pregunta, ya estábamos en el sofá del fondo, subiéndole la falda y ella desabrochándome la camisa. Mientras hicimos el amor pensé en otra cosa, en algo nomás y ella, desnuda, con una sonrisa rara, gemía del puro gusto.

Fumamos en silencio. Terminó el cigarrillo y empezó a contarme todo. Había leído —puro accidente, admitió— «La Divina» y «La novela paralela», también las cuatro novelas. Temí, entonces, que los acontecimientos, en lugar de aclararse, más se enredarían. Camila habló de lo más tranquila y aconsejó distancia. En pocas palabras, que me alejara del círculo de S. Lara.

—Mejor te traigo otro café, éste ya se enfrió —dijo. Antes de hacerlo, deslizó un sobre y lo dejó encima del escritorio.

—¿Por qué no te gustan esas historias?

—No me gustan.

—¿Entonces?

—Es un temor vago, no sé cómo explicártelo —respondió, sentándose con dificultad.

—¿Temor?

—No domino los detalles, pero hay demasiada locura.

—En literatura es habitual —agregué.

—Puede que así sea, pero aquí lo normal es hacer lo anormal. Es decir, unas cosas en lugar de otras.

—No entiendo.

—Sí, lo que dicta el sentido común es que S. Lara redacte su historia y tú, como editor, la publiques —precisó, mirándome con un gesto que no pertenecía al tono de voz al que me tenía acostumbrado.

Los temores de Camila en torno a esa historia se materializaron y pronto cobraron muy mal aspecto. Uno a uno llegaron los desencuentros y malentendidos. Debo decir que sin mayor dramatismo. A esas alturas ya conocía a dos de los múltiples personajes: Merino y Encarnación. Me sentía un extraño con el mundo afuera. De algún modo perdía contacto con alguna parte de la realidad, aunque no podía precisar qué parte de ésta.

—¿Se te ha ocurrido alguna vez que quieren joderte? —preguntó Camila.

No respondí, pero admití que en ese mundo subterráneo es fácil perder el verdadero sentido de la orientación, al caminar sobre un riachuelo de aguas residuales. Sin decir palabra, Camila se mostró de acuerdo.

—¿Qué se puede hacer ante una desgracia? —cuestioné.

Ahora fue ella la que se quedó en silencio, con un breve ataque de nostalgia, viéndose los zapatos. Luego, levantó la mirada y sonrió como si viera el rostro de un desgraciado.

—Supongo que ya conociste a «La Divina» —y dejó caer cada palabra sin volverse hacia mí.

—¿«La Divina»?

—¿Quién más? —refunfuñó. Entonces, pude ver sus ojos: dos flamígeras flechas.

—Bueno, «La Divina» es Maria Callas.

—Yo pensé que «La Divina» es Encarnación Ballesteros —exclamó, sentándose, entreviendo la gris turbulencia de la historia.

Embelesado por el repentino tono de amargura de Camila, medité en la fantasía de la «posnovela» y la manera cómo ésta agregaba hechos, nombres y estados de ánimo a nuestras vidas.

—Comprendo tu situación —agregó.

Tampoco inquirí cuál era esa supuesta "situación". La dirección que tomaron esas palabras me hicieron sentir incompetente. ¿Y si de lo que se trata es de una cuestión de celos? Descartada esa interrogante, no había ningún rencor en su tono de voz, menos demasiado empeño en contradecirme. Aunque, era obvio que ya tenía el enojo metido en la sangre. Sin duda, Encarnación le producía un enorme desasosiego, que venía a ser lo mismo que un asunto de rivalidades femeninas.

Debo decir en su descargo que poseía un talento para detectar las malas artes que en este oficio suele ocurrir. Varias veces evitó disgustos o abortó a tiempo la firma de contratos riesgosos. Puros errores personales, que por su forma de mirarme ratificaba, según ella, la idea de que yo no aprendí nada de ninguno de ellos, salvo que volverían a producirse con S. Lara a la cabeza.

Muy rara vez se equivocó y ciertamente la patraña de Gabriel daba para muchos recelos, lo que Camila no pudo prever es que el cuento chino de «La novela paralela» y «La Divina» resultaría algo secundario, porque no podía creer que ésta podía parecerse a la máxima de Mallarmé: «El mundo existe para llegar a un libro». Y es que al ponerlo a la luz de los hechos, Encarnación Ballesteros terminó

siendo la protagonista principal, es decir, el libro a llegar, y el resto de personajes, sus sombras.

En pocas palabras, conocer a la cantante de ópera significó un salto vertiginoso para el cual no estaba preparado. Como John Keats a los veintitrés años, quería componer *Oda a un ruiseñor*, y eso que a esas alturas yo aún no la había escuchado cantar.

En pocas semanas leí cientos de páginas de varios libros sobre el tema y escuché infinidad de CD. Además, creí poseer la capacidad para captar la simplicidad y la grandeza de ese arte.

—Llama a S. Lara y dile que no estás más interesado en el tema —dijo Camila. Luego se levantó y salió de la oficina, como siempre, el legajo de papeles entre brazos.

Retirarse deprisa fue quedarse a perpetuidad con el nombre de Encarnación en las manos, y una honda barrera entre ellas. Sin duda, un recurso en última instancia contra el laberinto que constituía la escritura de una «posnovela». Para nada, la ridiculez de pensar en asediar verbalmente las cosas. Me negué a reconocerlo en ese momento, pero esa fuga tuvo algo de sarcasmo corporal.

Que yo supiera, no había ningún indicio sólido de que se tratara de un embuste de Gabriel, menos de Merino y Encarnación. Se comportaban con total naturalidad. Es más, hallé un pulso febril, una pasión esencial, en el momento que hablé con ellos, como si buscaran un arte de síntesis, capaz de llegar a formular lo concreto sin necesidad de enumerarlo, porque el truco —si se puede llamárselo de ese modo— era aprender a usar el arco y la flecha y dar en el centro, nomás para mostrar la imagen que contiene una esencialidad única.

Ninguno, hasta ese momento, había pronunciado la palabreja «escritor», mucho menos, en el caso de Encarnación, «cantante lírica». Aunque ello no desmentía las

palabras de un personaje de una novela de Sergio Pitol: «¡Honorable! Por desgracia la mayoría de literatos no lo son». Punto a favor de Camila y, por supuesto, de la socarronería de Sergio y Aníbal.

Debo reconocerlo, la confesión de Camila logró inquietarme. Y era razonable, porque leyó a mis espaldas los manuscritos y gracias a ello, supuse, se debía el súbito brote de hostilidad contra S. Lara y Encarnación y no a otras atendibles razones.

Estaba seguro de que ella despreciaba mi pasión nueva hacia una mujer de treinta y cinco años, en absoluto desconocida para mí. Aunque lo quisiera, Camila no podría ayudarme a superar esa fugacidad que Encarnación representaba. Sí, como los versos de Keats: «En una cosa bella hay júbilo por siempre.»

Pero, más allá de esos juegos retóricos, rebatir los argumentos de Camila hubiera sido una enorme equivocación. Decidí darle un voto de confianza y actuar con mayor prudencia. Ni modo, creía en ella ciegamente, su instinto era capaz de develar la densa sordidez de algunos hechos. Actuaba como si fuera una bruja encerrada en una casa miserable y que, a pesar de su aislamiento, tenía la capacidad de descubrir el pulso vital de la vida y develar los misterios más descabellados. De ese modo, acabé atravesado por las dudas y los recelos: ¿A quién creer, a Camila o a estos personajes / personas?

Esa situación corría el riesgo de parecer, a primera vista, una antología de la sospecha. Camila y sus advertencias; Merino y sus misterios; Sergio y sus dolorosas burlas; Aníbal, capaz de elevar sus imaginarias hipótesis a la altura de una realidad al revés y Encarnación, para todo esto, mordía manzanas en el Paraíso.

Entretanto, ciertas ideas se convirtieron en una suerte de fe: las cosas ocuparían su lugar, hasta convertirse en

una presencia balsámica. Nada más equivocado. Un yerro enorme para allanarle el camino a Encarnación, alcanzándome con su belleza y una voz a lo lejos, nomás boceteada.

Ese sería el precio a pagar por enamorarme sin remedio de una mujer que había visto tan sólo una vez, que, además, desconocía la coloratura de su voz y si dormía en pijamas, en camisón, desnuda o le gustaban los huevos tibios, si gozaba hacer el amor en la madrugada o en la noche, si roncaba o le embelesaba ciertas rutinas sexuales.

Todos los personajes encarnarían semana a semana, hasta transmutarse en una presencia sofocante en cada una de las páginas que habitaban. No supe ver una realidad incuestionable: la única real en esta comedia era Encarnación, «La Divina».

IX

Caí en la cuenta, llevaba una hora sentado con los brazos caídos, como si me hubiera drogado. Con dificultad me incorporé y fui al baño, al verme en el espejo, una mueca resumía mi situación: era el rostro de un loco mirándose, hipnotizado mientras imaginaba una sonrisa, tal si fuera un cadáver, listo para ser trasladado a la morgue para la autopsia de ley. Me froté la cara con abundante agua fría para paliar el malestar.

No quise pensar más en Encarnación y en la «posnovela». Regresé al sillón y para olvidarme de todo aquello, escuché *You look good to me*, esa hermosa composición de Oscar Peterson, Ray Brown y Niels Pederson, grabada en 1977. Fueron seis minutos y cincuenta y cuatro segundos que aliviaron la sensación de estómago revuelto, como si fuera un depósito donde se amontonan los restos de un pasado ingenuo.

Sergio y Aníbal llamaron. Antes, creí que estaba pálido y rígido, como si fuera una evidencia absoluta del mal que, según Camila, llegaría de golpe. Se reportaron "gravemente enfermos". Oí sus carcajadas.

—¿Cómo vas con La bella desdeñosa? —preguntó Sergio. Recordó un verso de Luis de Góngora que ambos sabíamos de memoria a partir de una farra de madrugada en unas tenebrosas cantinas en San Salvador.

Sugirieron que nos viéramos en La Mezquita. Inventé cualquier excusa con tal de no incurrir en gastos. Sabía

lo que me esperaba: volver a tomar el autobús de los «amarillos».

El día anterior, Aníbal nos contó que durante el siglo IV se llevó a cabo el predominio de la palabra escrita sobre la hablada. Según él, por esa pérdida se debe que los cantantes hoy sean más famosos y queridos que los escritores.

—Esa puede ser una pista —dijo, y enseguida un silencio incómodo ahogó el resto de sus palabras.

Pero, eso ocurrió después del antepenúltimo trago, aún estaban sonrientes y no abandonaban la oficina por el pasillo ante la mirada sorprendida del personal. La más divertida fue Socorro, la recepcionista, pecosa y flaquita, la mujer más enterada de la vida de los escritores que van y vienen por la editorial.

—Bueno, nomás Desdeñosa —insistió Sergio. Sin duda, Aníbal, su cómplice, le había hecho una seña para que recortara la frase. Sin verlos, entreví el fulgor de chifladura en el rostro de ambos.

—Tengan paciencia —alcancé a decir antes de colgar.

Al final de la tarde abrí el sobre que deslizó Camila en el escritorio. Busqué el abrecartas. Presumí que adentro venían las instrucciones para hallar la pista de la que habló Aníbal.

Saqué del mismo una pequeña hoja, la leí. Era la misma letra manuscrita y supe en el acto que se trataba de Merino. Como estaba escrita, tuve la percepción de que él asumía cierta complicidad entre nosotros. Aunque eran apenas unas palabras, dejaba entrever que Encarnación me ayudaría a descubrir lo que buscaba.

«Salomón lo espera en su casa. Por favor, sea puntual. No se olvide, él es el mejor camino a Encarnación». Luego, escribió en letras más pequeñas su dirección. Esas líneas dieron pie para que me enfrascara en un carrusel de especulaciones.

Abril

X

Vivía en la zona tres, en la parte trasera de una amplia casa a la que se ingresaba por un corredor lleno de jardineras que finalizaba a los pies de una escalera, algo difícil para un par de ancianos. Toqué tres veces a la puerta. Salió a recibirme la esposa, quien me condujo a una sala en penumbras. Sentado, Salomón contemplaba un crucigrama. Al verme, se levantó lentamente.

—A esta edad no es mucho lo que uno pueda hacer —dijo, apretándome la mano. Invitó, entonces, a sentarme alrededor de una pequeña mesa redonda donde se encontraba.

—Es un verdadero gusto conocerlo —dije.

—Sí, para mí también —respondió.

Concluí algo: cada cual en lo suyo, yo, finjo estar cómodo y Salomón, interpreta a gusto su papel. Lo contrario sería una decepción. Al fin y al cabo, lo mejor consistía en inventarse una historia y tejer motivos que nos acercaran. Pero, más allá de empalagarnos con los rituales comunes en estos casos, me senté y dejé que la conversación fluyera.

—Esta casa tiene la ventaja de ser un lugar más tranquilo que el cementerio —dijo en voz baja.

No logré captar el sentido de su afirmación, tampoco a qué venía la cita fúnebre. La sala en nada se parecía a un camposanto, aunque sí, un recinto agradable. Minutos después caí en la cuenta de que adoraba realizar largos paseos por el Cementerio General.

—¿Usted conoce la historia de Visconti con Maria Callas? —inquirió. Luego, hizo a un lado el crucigrama.

—A fondo, me temo que no.

—Lucchino Visconti hizo algunos de los montajes más importantes para ella. "La Traviata" es uno de ellos, pudo verse en la Scala de Milán.

—¿En qué año?

—Si mal no recuerdo, en 1955. Sí, esa es la fecha porque "Anna Bolena" fue en 1957.

—Hace muchos años, ¿no le parece? —afirmé para darle cuerda a sus recuerdos.

—En realidad ella debutó en 1947. Fue en Italia. Esa vez interpretó "La Gioconda" de Ponchieli, pero su consagración ocurrió un año después al personificar "Norma" de Bellini. Así es, la gran Maria Anna Sofia Cecilia Kalogeropoulos. Sin duda, fue tocada por la intensidad del fuego. Se iluminó y se consumió a sí misma.

Hasta ese momento evité traer a colación el nombre de Encarnación Ballesteros, no me sentí con ánimos para arrojar más leña al fuego. No sabía si las veía a la misma luz de sus fantasías, lo cual tampoco estaba mal, supongo.

Salomón tenía una pinta que pertenecía a otro tiempo, como si se hubiera quedado en la noción más primaria del fracaso, o en todo caso, eligió alejarse del péndulo del éxito o la capitulación.

Siempre odié aquellas personas satisfechas con su ombligo. Este no era el caso. A pesar del evidente dolor por el hijo muerto, no se veía alguien capaz de aceptar que la densidad del odio entrara en su vida.

Aquel sábado no escatimó en detalles para sacar del baúl de su memoria la antigüedad de su familia. Así, escuché con paciencia la descripción de la saga familiar, cuyo origen se remonta al siglo XIX, con el bisabuelo y su largo periplo por el Atlántico hasta llegar a México, para luego bajar

a Mesoamérica. Lo que más me llamó la atención fue el caso de la bisabuela, quien permaneció postrada en cama durante veinte años, después de enviudar a los sesenta y cinco años. Obsesionada por salvar el alma del difunto, quien murió en un duelo por pleitos conyugales con un marido ofendido, como auténtica posesa rezó tres veces al día a lo largo de esos años.

A veces, Salomón divagaba y sus palabras se llenaban de olvido, como si ignorara cuál era la siguiente oración. Confesó que él creía que su bisabuela sufrió una crisis de fe que provino de una convicción recién hallada: el bisabuelo había muerto porque se comportó durante toda su vida como un semental. Esa idea, según él, era totalmente falsa, ya que el bien y el mal le importaban un comino a él. Por lo mismo, no pudo diferenciar entre Dios y el Demonio. Esas palabras las pronunció con fascinación.

—La Callas no es católica —apuntó. Habló en presente y dejó atrás la historia familiar.

—No, lo ignoraba —reconocí. Luego, supuse que no tardaría en asomarse Encarnación Ballesteros en la conversación.

—Su abuelo fue un general que se nacionalizó estadounidense. El padre de Maria compró una farmacia en la esquina de la calle Treinta y ocho y la Octava Avenida en Manhattan. Yo fui a buscar esa dirección hace cinco años, sabe.

—Supongo que esa farmacia ya no existe.

No respondió. Quizá mis palabras le ocasionaron pánico, pero no lo manifestó. Es más, pareció más cómodo. Allí entendí una regla no escrita: no preguntar estupideces.

—Maria pertenece a la Iglesia ortodoxa griega —afirmó, viéndome como si yo estuviera en el umbral de la puerta de su casa a punto de marchar.

Hizo algo que no esperaba: me tomó la mano, apretándola con fuerza.

–«La Divina» es un animal escénico. Usted debe conocerla —propuso, soltándome poco a poco. Hizo su espalda hacia atrás. Le vi los ojos, los tenía en blanco, como si orara a su divinidad.

—Ha de ser una mujer muy bella —sugerí. Pensé en el acto en la Ballesteros y esa sonrisa poderosa que me ocasionó sentimientos casi católicos, porque eran tan parientes de una devoción de ayunos, clavos y alguna que otra llaga, todo ello, para ponerle más dramatismo al asunto.

—Ella murió consumida, no se le olvide. Visconti sostenía que Maria era "La Traviata" más auténtica.

Ahora cambiaba el tiempo presente por el pasado. Un zigzagueante relato donde la Callas —¿o Encarnación Ballesteros?— ora resucitaba, ora era una sombra con voz, como lo fue Omero, el hijo muerto que la atormentaría hasta el final de sus días.

—Entiendo —acepté para no interrumpir el fluir de sus recuerdos y certidumbres.

—«Cuando mis enemigos dejen de silbarme, es que habré fracasado». Palabras de Maria, sabe —dogmatizó.

Salomón no tuvo dudas aquel sábado: Maria Callas seguía viva, aunque tal supuesto fuera visto a la luz de ciertas opiniones sobre salud mental, como el inicio de una condición sicótica.

Volvió a cambiar los tiempos de ese drama satírico.

—Pobre Maria, sufrió mucho con Onassis. Particularmente por las aventuras que tuvo con Eva Perón, Verónica Lake, Gloria Swanson y Paulette Godard —aseveró.

La mención de Godard me trajo a cuento una de las cuatro novelas donde esa hermosa estrella de cine es mencionada con cierta frecuencia.

—Es un personaje fascinante —dije.

—¿Ya vio la película que acaba de filmar «La Divina» con el cineasta Pier Paolo Pasolini?

—No —susurré.

—Es un film desconcertante. A la primera oportunidad que tenga, hágalo —ordenó.

—Eso haré, no tenga la menor duda —acepté, y sonreí como un idiota.

—Vea, el próximo sábado organizamos una fiesta. Tendrá el gusto y el honor de conocerla. Además, si usted dispone de un poco de tiempo, deseo invitarlo a un paseo por el Cementerio General. Pero, antes, no se puede ir sin la visita obligada a mi museo. Así, permítame sugerirle que me siga.

Se levantó con dificultad y yo caminé detrás de él. Descendió por la escalera y nos dirigimos a la parte frontal de la casa, que según mi primera y equívoca impresión era otra vivienda.

A Salomón le pesaba el cuerpo y a mí la cabeza. Por algunos segundos dejé de pensar en dónde y con quién me encontraba. Algo sucedió que de pronto sufrí una angustiante urgencia por orinar, además, empecé a sudar copiosamente, lo cual lo atribuí a un miedo pequeñito que se hizo grande conforme nos acercábamos al inmueble que hacía las veces de museo y biblioteca.

Ello lo entendería al ingresar en el lugar.

XI

Contó con paciencia la historia del museo. Tampoco, cosas de mayor trascendencia. Tomó mi brazo mientras recorrimos el lugar. La sala y el comedor, bastante amplios e iluminados, estaban acondicionados de tal modo que rápido olvidé que era una casa. Incluso, llegué a pensar que en ese espacio se podría organizar una conferencia o la presentación de alguna novedad literaria.

—En el segundo nivel tenemos una buena biblioteca —informó.

—¿Todo el segundo nivel? —pregunté, sorprendido.

—Hay unos ocho mil libros, también guardo revistas, diarios y documentos —aclaró.

—Imagino que hay muchos documentos interesantes —exclamé, mientras él me dio un pequeño jalón para que me concentrara en el museo de Maria Callas.

Fijé mi atención en el muro principal, donde se agrupaban varias fotografías en blanco y negro de «La Divina».

—Aquí nos reunimos con amigos a pasar el rato. Tomamos café, vino y otros solamente té. La rutina es que alguno de nosotros lea algún cuento o un fragmento de una novela. Los demás, escuchan. Al final, como imaginará, discutimos larga y febrilmente.

Qué bien suena eso, pensé. Aunque de inmediato reparé en las fotos suspendidas del muro. No las conté, pero fácil había más de cincuenta, bellamente enmarcadas.

Era la Callas desde distintos ángulos. De frente, de

perfil, de costado. Se repetían aquellas donde su mano izquierda toca el pecho. En casi todas luce un collar de perlas. Me detuve en una donde conversa con Marilyn Monroe.

Me conmovieron los espectaculares ojos de la Callas. Cerré los míos por unos segundos e intenté recordar los de Encarnación Ballesteros.

—Si usted observa con cuidado, concluirá que Maria no ha cambiado. El sábado comprobará la veracidad de mis palabras —dijo. Algo que no ocurriría.

Le seguí la corriente y continué con mi inspección ocular. En otra, de espaldas, con un hermoso vestido escotado charla con Grace Kelly. La que más me sorprendió fue una junto a Jimi Hendrix.

Pero, cual sería mi asombro cuando me paré en la siguiente, un rostro espléndido, como de otro mundo: Encarnación Ballesteros. Era la única a color.

Para finalizar, las dos últimas, Callas a un lado de un sonriente Pasolini y la más triste, una diva canosa y envejecida.

Sin duda, Salomón habitaba otra realidad, como si viviera en medio de una melancólica decadencia. Al menos, esa pasión por Maria/Encarnación así lo retrataba. Quizá esa dualidad no tenía otro significado que aferrarse a una ilusión para salvarse de la catástrofe existencial.

—¿Por qué esa es la única foto a color? —cuestioné y con el índice señalé el lugar que ocupaba Encarnación en esa galería.

Indiferente, no respondió. A lo mejor sintió desconfianza porque yo podría ser capaz de descifrar los secretos mejor guardados —según él— de la supuesta inmortalidad de la Callas. Estuve a punto de cometer una imprudencia: preguntar si conocía la existencia de la novela «La Divina». Por supuesto, me abstuve.

Volví a pensar en la fotografía a color de Encarnación.

No era muy distinta de aquella mujer en el umbral de la cafetería en el bulevar de Vista Hermosa.

Luego, pasamos al muro de enfrente donde colgaban, igualmente enmarcados, varias docenas de portadas de discos de vinil de la Callas. Aprecié desde una Maria vestida de Madame Butterfly hasta una donde luce una discreta blusa color verde, más moderna y madura. No podía faltar en esa galería una vieja grabación de "Norma".

En un rincón pude ver un maniquí ataviado con un vestido blanco, largo. Para coronar la escena, un pequeño collar de perlas colgaba de éste. Quise ir hacia él, pero una especie de señal me contuvo a tiempo.

—¿Es original?

No pareció alegrarse de mi consulta. Habló cada vez más bajo. No entendí nada. Tampoco pude diferenciar si se trataba de una objeción o daría un paso adelante, y explicaría a la luz de un impulso de entusiasmo, dónde había adquirido dicha prenda.

Como esta situación constituía algo fuera de lo común, sospeché que alguien lo estafaba, vendiéndole prendas que Salomón aceptaba como genuinas. Tampoco pregunté al respecto. Un listillo, con toda seguridad, había encontrado su mina de oro.

Hubo un instante hacia las cinco de la tarde que entendí que la visita guiada había llegado a su fin. Si bien al principio Salomón se comportó simplemente efusivo, ya al final fue presa de un ataque de melancolía. Temí por un momento que alguna de mis preguntas fuera la causa del repentino giro en su conducta. En cualquier caso, reiteró su intención de que asistiera a la fiesta una semana después.

—¿Trae vehículo?

—No se preocupe, pediré un taxi.

—Este barrio era tranquilo, ahora no tiene idea lo

peligroso que es después de ciertas horas —dijo, invitándome a salir.

Junio

XII

Las semanas siguientes acontecieron más o menos del mismo modo. Llamadas de escritores para que aceptara nuevos originales. Conversaciones intrascendentes con algunos distribuidores de libros. Contestar correos electrónicos y rechazar invitaciones a congresos donde con toda seguridad confirmaría que es posible creer razonablemente en una tristeza absoluta después de escuchar las ponencias de los asistentes.

Al cabo de los días decidí entrar en comunicación con el desaparecido Gabriel S. Lara. Redacté un extenso correo en el cual informaba de las generalidades del asunto de «La novela paralela» y «La Divina». Le notifiqué sobre mis entrevistas con Merino, Encarnación y Salomón. El resto de los personajes siguen ausentes, escribí.

Si bien ambas pueden bastar para las necesidades de la trama de la «posnovela», la ausencia de un hilo conductor impide saber con claridad a dónde deseas llegar con todo ello, tecleé, no sin cierta dosis de rabia. Es más, agregué, el papel del narrador no sé quién lo asumirá. Yo puedo proporcionar una ayuda adicional, pero éste es asunto tuyo.

Apunté que la descripción de Encarnación en «La Divina» es bastante menor a la realidad. Es decir, la Ballesteros es superior a su personaje. Por otra parte, Salomón, a la vista de los hechos, es una persona misteriosa, fascinante, pero que, para ser sincero, no sé qué papel aventura en el argumento. Advertí en Merino cierto aire sombrío.

Escribí una verdad y una mentira. La primera: ya fue suficiente el tiempo invertido en ese disparate. La segunda no la consigné: mi creciente entusiasmo por Encarnación y la imposibilidad de desembarazarme de su figura. Menos confesaría que poseía su número de teléfono y que al terminar de redactar el correo la llamaría para fijar fecha, lugar y hora para vernos.

XIII

A Itzá no la veía desde aquella noche bonaerense. Quizás estaría de viaje, a no ser que hubiera decidido enviarme al carajo. Aunque, por lo general, ella terminaba por ocuparse de buscarme. Debía respetar al dedillo sus reglas. Poco antes de marcar el número de Ballesteros, Itzá entró a mi oficina, a pesar de que la recepcionista y Camila tienen instrucciones de no dejar pasar a nadie sin antes anunciarse.

Traía puesto un traje sastre, color naranja. Casi pude adivinar la temperatura de su piel y el brillo de la mirada subrayado por la dureza de su ceño. Pensé en aquella idea que afirma que la atracción está hecha de flujos animales. ¿Será ésta el imán del que se hablaba en el Renacimiento y en el Barroco?

Itzá es un enigma lúbrico, donde la servidumbre —de mi parte— juega un papel fundamental a la hora de ejercer ella su dominación. En segundos vi la película de nuestra relación: prisioneros de ciertas manías, hemos seguido unas pautas de comportamiento poco ortodoxas.

No la veía desde que relató el aciago viaje a Buenos Aires. Ahora, de entrada, se miraba más animada, como si hubiera apaciguado el deseo sexual para recular en casa y huir de la trágica paradoja de Hegel: la conciencia de la muerte nos hace volver. Nunca pregunté a Itzá qué habría hecho si alguien le hubiese ofrecido salvarla de su independencia con una propuesta de amor eterno, casa e

hijos. Seguramente habría contestado que se quedaba con su minúsculo infierno.

—¿Y ese milagro? —fueron las únicas palabras que se me ocurrieron.

—Pues, aquí me tienes —asintió con cara de resignación.

Carecía de los antecedentes y el contexto, pero pude comprender con medianía de qué se trataba el asunto al observar su aspecto macilento: Arrastrada por su voluptuosidad y su espíritu insumiso, se enamoró durante ese fatídico viaje. En otras palabras, lo que siempre temió: ser víctima de los caprichos del destino.

—¿En qué andas? —pregunté.

Respondió con monosílabos y una voz grave. No pudo esconder un innegable aire de fatiga. Alzó la cabeza y clavó la mirada en la ventana, como si fuera incapaz de establecer qué vendría a continuación.

Y no vendría nada porque permanecimos en silencio, sentados frente a frente. Ella, proyectó la mitad de su sombra, yo, inmóvil, sumido en mis sueños húmedos con una cantante de ópera, y los cuadros de la Callas y el disparate de «La Divina» y «La novela paralela», angustiado por realizar la llamada que Itzá obstaculizaba.

Se levantó con pereza y se sacudió el vestido como si tuviera migas de pan. Volvió a sentarse. Más animada indagó sobre el enredo en que andaba metido. Eligió con suma prudencia las palabras.

—No debe ser fácil para ti enfrentar ese jaleo —afirmó.

—No lo es —reconocí.

—No intento inmiscuirme en asuntos que no me importan. Pero Camila está muy preocupada por esa situación. Dice que estás como ido, bajó tu rendimiento y has pospuesto demasiados compromisos.

—Exagera.

—¿Cuánto tiempo va a durar esta comedia?

—Todavía no lo sé, pero creo que pronto terminará. Tampoco es que tenga prisa —manifesté con honestidad.

Esa confesión bastó para que Itzá fuera la de siempre. Visiblemente agitada invitó a que fuéramos al bar de costumbre. Tal parecía que se sentía aliviada al comprobar que yo no falsificaba los capítulos de esta crónica fallida de Gabriel S. Lara y demás personajes/personas.

Creo que ambos sabemos que nuestras historias están llenas de episodios eróticos —también, por qué no reconocerlo, obscenos—, y que lo que nos une es esa sensación de libertad que a duras penas cabe en la cabeza de muchas personas. Itzá es la sexualidad en su estado más puro. La vive y sufre sin remordimientos.

Esa inesperada conclusión nos sumió en un estado de deseo que creció conforme nos mirábamos el uno al otro. Gracias a éste, pasamos de un obstinado silencio a una ardiente pasión que terminó en el sofá.

XIV

Caminamos rumbo al bar. En el trayecto vimos a varias personas leer las noticias en los periódicos del día. Tuve la impresión de que nomás sirven de pretexto para cavar sus propias trincheras y refugiarse en una versión adulterada de los hechos. Es decir, estamos conscientes de la matanza general, pero la asumimos desde la comodidad del control remoto del televisor. Las muertes llegan a veinte diarias. Como si nada, desde la firma de la paz, han muerto más de ochenta mil personas, sin contar con los heridos y el brutal asesinato de mujeres. Quizá por ello me gustó la novela de Merino. Se lo comenté a Itzá.

—A los sicarios no logramos verlos, por lo mismo, no tenemos a quien odiar o, en el peor de los casos, repartir ese odio de manera equitativa —dijo, tajante.

De algún modo, esa observación fue su impugnación a mis desvaríos. No deseaba encajar en ese gran telar medieval del miedo y la sevicia. Quise agregar que la línea divisoria entre el bien y el mal se borró, pero preferí callar, no fuera que se echara a reír con desprecio de mis aflicciones.

—Yo sí tengo a quien odiar, a los asesinos de mujeres —exclamé.

—Que fácil es decirlo —reprochó.

Tampoco es que me pusiera a hablar en el trayecto de la *Ars* erótica, ese tema que tanto apasionaba a Foucault. Lo que no es más que la verdad obtenida a través del placer, contrario a la *Scientia sexualis*, común en el país; ley y

autoridad, histerización de la mujer y una guerra contra la voluptuosidad, madre de todos los vicios.

Itzá encuentra odiosa la idea del destino. Por lo mismo, su repulsa visceral contra el conservadurismo y la hipocresía es frontal, sin concesiones. Si bien los crímenes contra las mujeres le parecen horribles, más resulta la cara de circunstancia que los hombres ponen ante una mujer que decide sobre su cuerpo y su vida.

—No es fácil, pero…

—Cada día más esto se parece a una tragedia griega —zanjó. Exigió que dobláramos esa página.

El resto del camino, enmudecimos para digerir cómo nos devanábamos los sesos por las monotonías nacionales.

XV

Al día siguiente encontré un alboroto a las puertas de la editorial. Apuñalaron a un hombre a escasos cincuenta metros. La mujer de la limpieza encontró el cadáver con un machete atravesándole el estómago. Vivía solo. Según alcancé a escuchar, estaba desnudo y boca abajo en un charco de sangre. Tenía tres días de muerto. Aunque uno no debe tomarse en serio todo lo que escriben, por alguna razón especulé que podría tratarse de una broma de mal gusto de uno de los autores de novela negra que suelen frecuentarme. Quise llamar a Sergio, pero no lo hice.

Me retiré antes de que llegaran en tropel los periodistas de nota roja. De ordinario, en la oficina reina el silencio, pero esa mañana se rompió, aunque por fortuna, al poco tiempo se restableció. Seguí la rutina: quité los cerrojos de la ventana y ventilé mi oficina. Sentí alivio de que no fuera lunes. Una noticia así hubiera sido fatal para mi maltrecho estado de ánimo. Me despedí de Itzá a las tres de la mañana y bebí más de la cuenta.

Minutos más tarde subió Camila a contarme lo que sucedió. La historia, de cualquier forma era ambigua, absurda: se trataba de un ingeniero jubilado, viudo desde hace cinco años. Unos vecinos decían que era gay, otros que una joven mujer lo visitaba tres veces a la semana. Escuché con paciencia, sin embargo, me importaba un carajo los detalles. Entre la resaca, el muertito a cincuenta metros y

la urgencia de llamar a Encarnación, se interponía Camila, como si se columpiara al contar las menudencias del hecho.

—Nadie sabrá jamás lo que sucedió, pero es seguro que habría que husmear en la cantina que está a la vuelta —dijo Camila.

Me dije que ella hubiera elegido un mejor oficio: investigadora del Ministerio Público. Pero, con ese espléndido cuerpo, quién la tomaría en serio. Se le amontonaban las palabras en los pormenores. Hasta que calló, esperé una respuesta para continuar con el capítulo siguiente del crimen.

—Morales tiene dos novelas donde abundan los cadáveres tirados en la alfombra —precisé.

—Cómo puedes bromear con esa tragedia —y se retiró enfadada, porque nadie se ocuparía de investigar dicho homicidio.

XVI

Por más razones que nos pongan a la vista, el amor por una mujer nos puede arruinar: padecemos insomnio, dejamos de comer o lo hacemos en demasía, bebemos alcohol más de la cuenta y subimos de peso. Un brillo amarillento en los ojos delata nuestra infame condición, nos tiemblan las manos, hablamos en voz baja y terminamos enfurecidos por cualquier cosa. Absorto, realicé un inventario de esas dolencias: ya padecía algunas. No obstante, marqué el número de Encarnación.

Al quinto intento contestó. Como si adivinara mi fiebre anímica, se excusó de inmediato. Alegó exceso de trabajo. Casi me regañó por interrumpirla.

—Perdona, otro día será —dijo y colgó de inmediato.

Quise desatar mis pensamientos más obscenos para olvidar el desaire. Como fuera, me sentí infeliz después de aquella llamada. Para aliviar el mal sabor de boca, supuse que ella me miraba con los ojos entrecerrados, hundía sus uñas en mi cabeza. La posibilidad de verla en casa de Salomón acabó por ser algo imposible.

Como si se tratara de una pesadilla, la recepcionista llamó para anunciar a Salomón. Estuve a punto de rechazarla, porque presumí la inminencia de una catástrofe, la propia, por los múltiples indicios en que reparé: sudaba frío, me dolía el ojo izquierdo y una comezón expandiéndose se abría paso por todo mi cuerpo.

—El ingeniero Salomón Laguardia desea hablarle —informó.

—Cómo está, gusto de escucharlo —balbuceé.

—Sólo quería contarle que no olvido la idea de la fiestecita —dijo. Tropezándose con las palabras, colgó.

Ese anuncio terminó por desquiciarme el resto del día. Ya en la calle, anduve fuera de mí, con el deseo de perfeccionar una historia con un final cruel, como las novelas fallidas de algunos escritores de novela policiaca.

XVII

Sergio prometió llegar a mediodía. Desde que lo sugirió, no me pareció mala idea almorzar juntos. Padecía el síntoma de la urgencia, debía resumir los últimos acontecimientos, porque éste era mayor que mi hambre y mis ganas de salir a la calle.

Llevaba quince días en total encierro, de los cuales, diez, sin presentarme a la oficina, negándome a recibir visitas. Creo que Sergio notó por el teléfono que me hallaba abrumado, como si sobrellevara con valentía una pérdida irreparable.

Camila aparecía en las tardes por mi casa a despachar asuntos estrictamente urgentes. Concentrada en sus papeles, no prestaba la menor atención a mis titubeos. Colocaba en el escritorio contratos, autorizaciones y diversos pagos, debía firmarlos sin chistar palabra. Las manos me temblaban y ella, a pesar suyo, ignoraba el hecho, hasta que una tarde no soportó la presión y gritó: ¡siéntate!

Obedecí en el acto, sentándome en el borde extremo de un sofá.

—¿Ya contestó tus llamadas «La Divina»? —gruñó.

Sonreí por unos segundos, mientras a ella, los ojos se le inflamaron y un rictus en la boca le descompuso la rabia, como un ruido apagándose.

A la sazón, cuestioné: ¿cómo sabe Camila que Ballesteros se niega a recibir mis llamadas.

—No te hagas el pendejo que no te va.

—¿Tanto se me nota? —inquirí.

En cualquier caso, se levantó y empezó a caminar con un alma en pena. Cambió su expresión. Prolongó su silencio casi hasta el dolor. Recogió los papeles y se fue. No reaccioné ni siquiera al oír cómo la puerta se cerraba.

Estupefacto miré un muro con un cuadro de Felguérez y capté que si lo descolgaba, mis ojos lo afrentarían fruto de una dura contemplación, como si ocultara un misterio con maldad añadida.

En cuestión de minutos decidí regresar por última ocasión a los manuscritos y las novelas. Sabía que era una empresa infructuosa, pero convenía —en un repentino ataque de gallardía— morir en el intento de separarlos de Encarnación. Individualizarlos, esa fue la palabra que vino en mi auxilio. Sí, separar, fijar, dividir, para que nada fuese otra cosa.

XVIII

Sergio suele hacer trampas. Se asoma con cara de hombre atormentado, demanda lástima, y no busca otra cosa que arrinconarme para que se me desate la lengua.

—Vamos a ver, te llamé no menos de diez veces al celular, a la oficina, a tu casa. Camila, siempre evasiva, no quiso soltar prenda —fue lo que primero exclamó antes de entrar a la casa y sentarse donde pudo.

—No es nada grave —afirmé, para tranquilizarlo.

Sergio vaciló un largo rato antes de aceptar mis palabras. Al verme tan abatido, indicó que no estaba en condiciones de hacer nada por sí mismo. Peor aún, salir a comer.

—Pediré comida. ¿Tienes algo de beber?

No esperó mi respuesta. Se levantó y directo se fue al bar. Abrió una botella de vodka y me vio como si estuviera frente a un cadáver macilento.

—¿Qué, ya la oíste cantar?

—Eso quisiera —gemí, llevándome las manos al rostro.

—¡Puta!, imagina cuando ello suceda.

Temblé ante su reacción, porque confirmaba una sola cosa: deseaba con violencia a Ballesteros. No pude negarlo. Sergio conservaba en buena forma su agudeza y la facultad de señalar con propiedad el cauce que suelen tomar hechos de esta naturaleza.

Bebimos con moderación. Se retiró sereno, con la firme creencia de que su visita disipó mis nubarrones morales. Nada menos cierto. La sola posibilidad de escuchar la voz

de Ballesteros en un futuro cercano avizoraba mi completo derrumbe.

No es que Sergio pronunciara una obscenidad, pero el tono de la premonición —"oírla cantar"— lo era, en la medida que no costaba dibujar cómo perdería mis plenas facultades mentales. Me vi representado en un personaje desquiciado de uno de los cuentos de *Demonia*, un libro de Bernardo Esquinca.

XIX

Tiempo después tuve el valor para llamar a Encarnación Ballesteros. El celular timbró tres veces, ella, por fin, después de mi enésima intentona, contestó de buen ánimo. Mi exaltación cesó de inmediato y abrió paso a una oleada de tristeza y ansiedad. Vacilé. Intenté recuperar la calma; no tuve tiempo de pensar qué le diría. Solamente alcancé a balbucir: ¡Hola!

Muchas veces, las conversaciones entre un hombre y una mujer son meros artificios de palabras con la quimera de apartarse de una ortodoxia. Posible o no, pero eso fue lo que sentí conforme hablamos. En ese estado de rapto, poseído por un furioso deseo, no lo vislumbré a cabalidad. Aníbal no hubiera titubeado en calificarla como una furia asociada a un ataque de lascivia.

Su voz subía poco a poco, como si ensayara alguna parte de «Norma», sin que ello se tradujera en un alivio de mi bien disimulada desazón.

El golpe de gracia lo dio al negarse a otro encuentro. Arguyó cuestiones de agenda y múltiples ocupaciones. Rogué como un imbécil. Es más, expliqué por qué era un asunto de vida o muerte oírla cantar.

—Está en juego mi salud mental —supliqué.

—¿Su salud mental?

—Es una historia larga de contar. Seré breve. Sergio, un amigo, sostiene que si la oigo cantar, perderé la razón.

—¿En qué basa tal supuesto, su amigo?

—Porque desde que la vi, no tengo paz.

—¿Me seduce?

—¿Es delito seducir a una mujer? —dije, sorprendido, y es que seducir es una palabra, cuyas hondas resonancias no me llegan de la pornografía de los canales de televisión o las revistas como *Playboy*, tan frecuentes en nuestras lecturas, sino de un pequeño libro que un vecino, mayor que yo en ese entonces, me dio a leer, lo cual significó que pasara masturbándome quince días sin parar durante la adolescencia. Sus imágenes aún perviven en mi mente. Jamás había leído nada parecido al erotismo. Sus pasajes eran de *Las mil y una noches*, si mal no recuerdo.

—Tiene usted un modo peculiar de pensar.

—¿No cree, entonces, que estoy a un paso de un manicomio?

—Tengo que dejarlo —respondió, riéndose.

La conversación con Ballesteros me llevó a una conclusión: o daba por finiquitado el proyecto de Gabriel S. Lara y cancelaba las citas con los otros personajes con la intención de recuperar mi vida, o procuraba los medios para escucharla cantar ópera. Al menos, esa opción abría dos probables destinos: esperar las visitas de mis amigos en el psiquiátrico el resto de mi existencia, o irme de viaje con ella y vivir como si padeciéramos una felicidad afiebrada. Eso sí, que cantará al nomás despertar. Aunque ese deseo, razonable pero de mal gusto, presentaba un escollo: su tono de *happy end* telenovelero.

XX

Fracasé y ni siquiera conseguí capturar su atención, menos su interés. Pensé fingir ser un hombre casto y abnegado, dispuesto a subsistir en las más miserables condiciones materiales para que aceptara mi enamoramiento. Variable poco práctica y creíble.

A media tarde decidí comenzar de cero. Dispuse de un plan de lectura. Leería una a una las novelas publicadas, en orden de edición, luego, «La Divina», para finalizar con «La novela paralela».

Ese ejercicio constituía el último esfuerzo para encontrarle alguna racionalidad al asunto. Pensaba que debía existir alguna conexión entre las seis novelas y que lo que impedía descubrirla era la prisa por leerlas.

Entusiasmado, llamé a Camila. Informé que no era necesaria su presencia en casa. A la mañana siguiente me presentaría como de costumbre.

—¿Aceptas una reunión? Es a las once —dijo, con inocultable alegría.

—¿Con quién?

—Es un proyecto de un libro. Ya lo hojeé, luce interesante, por no decir rentable.

Habló con un énfasis un poco ridículo, como si fuera a cortar la frase siguiente. Noté que le costaba mucho esfuerzo hilvanar una tras otra sus ideas. Supuse que poca gente en su vida prestaba atención a sus propuestas. Parecía un ser eclipsado por la indiferencia de sus pares.

—Soy Álvaro Velásquez —dijo, y extendió la mano.

Se sentó y de inmediato entró en la materia. Afirmó que la ciudad de Guatemala va hacia los ocho millones en los próximos diez años. O sea, hacia el caos, la promiscuidad y la marginalidad apocalíptica. Ante un fenómeno semejante —vaticinó—, pronto habrá dos iglesias evangélicas en cada avenida.

Pregunté si los problemas de Guatemala son estrictamente de carácter municipal. Fue contundente. Mencionó tantos intereses como problemas, entre ellos, la especulación del suelo, la arquitectura mediocre y una tendencia insana —desde el punto de vista social y cultural— al enclaustramiento.

—Vea, es fácil diagnosticar la salud mental de los habitantes de este lugar. Nuestra vida pasa del enclaustramiento residencial al ocio enclaustrado.

—¿Cuál es su profesión?

—Soy arquitecto.

No tenía facha de esos arquitectos tradicionales que suelen verse sobre todo después de inaugurar un *mall*. Estuve a punto de preguntar si conocía a Encarnación Ballesteros. Lo dejé continuar.

—Si revisa la bibliografía sobre la ciudad, muchas están repletas de salidas pintorescas, por no decir desesperadas. Para ser sincero, no hay solución, es un problema complejo, irracional.

—Entonces, ¿qué hay que hacer? —y la pregunta sonó, de mi parte, angustiosa.

—Rescatar la ciudad que perdimos. Aunque, tampoco crea que es demasiado. Al menos, cierto pasado prestigioso. Según Carlos Monsiváis, el poeta Wallace Stevens afirmó que «uno no vive en una ciudad sino en su descripción».

—En otras palabras, en un libro —interrumpí.

—Sí y no. Ante la falta de recuerdos más o menos fiables, es oportuno hacer de éstos una descripción de

virtudes —más bien escasas—, y de los defectos —una lista que agotaría al lector—, un inventario para redactar manuales de optimismo.

—Me gusta su humor negro.

—En treinta años pasamos de ser una ciudad de tres cientos mil habitantes a una de cuatro millones, sin hablar del millón de automóviles que circulan todos los días por ella.

—Si me atengo a las palabras de Stevens, el gran personaje sería la ciudad.

—Vuelvo a Monsiváis: «en la ciudad, el anonimato es una variedad del protagonismo».

—Pero el comercio, los *mall*, los restaurantes de comida rápida, no son para nada anónimos —rebatí.

—Pero ese diluvio de franquicias constituyen el gran escenario para que el anonimato opere como el ansiolítico contra la posmodernidad de tercera tan a modo de nuestras élites. Imagínese qué puede hacer la señora de la esquina que vende chiles rellenos contra el menú agrandado de un *Big Mac*.

—Nada, en absoluto.

—Que es de lo que se trata. Establecer criterios *sui generis* de un supuesto buen gusto diferenciado. El chile relleno es, cómo decirlo, retro, como la arquitectura en los barrios populares. Esa gente —casi vociferan— no tiene sentido ni voluntad arquitectónica. Sus construcciones afean el paisaje y complican la labor de los creativos de las agencias de publicidad. Ello explica por qué deben habitar en las orillas.

—Las múltiples y aterradoras sucursales del infierno —acoté.

—Así es, la gente que nunca pisará un banco o pagará puntualmente las letras del auto ni las tarjetas de crédito.

—Tránsfugas de las temporadas de oferta.

—Además, casi nunca tendrán casa, por decir lo menos. Son dueños de las calles, los parques sucios y del campo de fútbol polvoriento. Andan por ahí y beben aguardiente barato para no dejar a un lado sus arraigos comunitarios.

—La pelea del ocio contra la esclavitud del trabajo.

—La ciudad que casi no trasnocha por el miedo. La que extravió su centro histórico y vio perder en silencio lugares emblemáticos como los hermosos restaurantes de los migrantes italianos, argentinos, uruguayos, todos en algún momento, estrellas del fútbol local. En fin, las calles donde solíamos divertirnos, las cantinas y los billares de barrio, los circos ambulantes y los puteros decadentes con aires aristocráticos. De todo ello escribo en este libro, por supuesto, acompañado de un rico archivo fotográfico.

Hojeé el manuscrito de Velásquez. No era, por lo que descubría conforme avanzaba, un libro con pretensiones ni ánimo de un burócrata municipal, menos de un experto en desarrollo urbanístico.

Leí algunos párrafos, los cuales, más allá de algún eco nostálgico, desarrollan con propiedad aquella idea de que la ciudad ya no es así porque perdió el sepia que la distinguía. Como si fuera la gran novela de la ciudad, Velásquez tiene la virtud de contar, desde un tono ligeramente cursi, la humanidad de meseros, transeúntes, bailarinas, vagabundos, prostitutas, mercados cantonales y viejos profesores de matemáticas vistiendo trajes de segunda mano y zapatos más grandes que su talla.

Al referirse a la ciudad de los sesenta y setenta, logra con maestría retratar el optimismo militar y patriotero de la mitad de la población, pero también a la otra mitad, que resiste con dignidad la esquizofrenia del poder. En otras líneas aparecen las parejas sin porvenir en el Parque de la Concordia o la integridad en la Concha Acústica de

los músicos de la banda municipal con sus trajes raídos, lamparientos de tanta plancha.

Es el retrato de un país solemne y triste porque sus moradores padecen de un mal sagrado y la trascendencia de una idea beligerante: el anticomunismo.

—¿Lo padecen o son víctimas? —me atreví a preguntar antes de despedirlo.

—Ambos, creo —aceptó.

Luego de dos horas, se retiró con la certeza de que me había convencido de las bondades de su libro. Sin duda, es un proyecto hermoso, lo que no estaba seguro es por qué Camila sostenía que podría ser una publicación rentable.

Por la tarde, influenciado por la charla vagué por la ciudad. Las historias y los personajes los tenía dentro y no podía sacármelos de la cabeza. Su redacción poseía un extraño encanto, como si Velásquez, adrede, no se atuviera al tema, y en lugar de escribir un libro normal sobre la ciudad de Guatemala, hubiera escrito una novela anómala, donde la gran urbe es la protagonista. Ésta bien podría ser una candidata a «posnovela», me dije. Cansado, no supe adónde demonios ir. Al final, caminé hasta la casa de Sergio.

XXI

Amanecí en el sofá. La noche anterior, Sergio aceptó con naturalidad la sorpresa de verme en la puerta de su casa con una mano en el aire, unas palabras y la música de Puccini en la cabeza. Apartó el resto de dolor que me aquejaba, aunque de ello, ni una palabra. No dijo nada, sólo me invitó a pasar. Hablamos poco, casi nada. Nos dedicamos a escuchar ópera y a beber vino, ambos con una inútil sonrisa, como si subiéramos una escalera infinita, con flema, para resucitar, sin decirlo, algunos pasajes confesables de nuestras vidas.

Desayunamos jugo de naranja, tostadas con mermelada de fresa y abundante café expreso. Pasaron algunos minutos hasta que Sergio habló de Manuel Pérez Landa, un extraño individuo, dedicado al negocio de compra venta de libros raros, algo que hace como un espíritu vicario.

Los eternos temas de discusión estuvieron ausentes esa mañana. Sólo le interesaba su pasión por la colección de primeras ediciones. Mencioné, como si no viniera al caso, el diálogo de Luciano de Samosata, *Contra un ignorante comprador de libros*, costumbre del siglo II y que Borges reseñó en *Del culto de los libros*.

La alusión lo entusiasmó. Creyó entender el alcance de la sentencia de Samosata, pero ese sentido no le interesaba. En todo caso, sostenía que era un ignorante entusiasta capaz de satisfacer su curiosidad bibliófila con las mayores extravagancias y derroches económicos. Con

alegría casi infantil habló de Nivaria Tejera, una escritora bastante olvidada.

—En mi vida la he escuchado —dije.

—Es poeta y novelista. Nació en Cuba y vivió en España algunos años. Lleva años en París. Estoy tras dos libros, *Luz de lágrima*, editado en 1950 y *La gruta*, del 53. Trabajó con Virgilio Piñera y con Lezama en *Orígenes*.

—Supongo que Pérez Landa te los buscará.

—Acertaste. A propósito, ¿lograste ver a «La Divina»?

No contesté de inmediato. Hacerlo significaba que tomaría las riendas de la conversación y terminaría acorralándome en su retórica. Aunque no tuve elección, conté los detalles de la última llamada, donde confesé estar en el preámbulo de la locura. Sergio me observaba desde una mecedora arrinconada.

—Casi le rogué, sabes.

—Hay tiempo de sobra —dijo, para tranquilizarme.

—No, estoy decidido a terminar con todo esto. No me acostumbro a este dolor.

—Nada dura tanto —precisó.

—El dolor que siento me roe todo el cuerpo.

—Pareces un hombre de veinte años.

—Sí, yo ya no sé. Puta, pasarme eso a mí.

—Pero si la has visto una vez, sólo una.

—Y puede ser que no la vuelva a ver. De pronto tiene otro amor.

—Eso facilitaría las cosas.

—En todo caso, quiero volver a verla, aunque sea de lejos, parado en una esquina, por donde pasa todos los días a su trabajo.

Sergio entornó los ojos ante mi desconsuelo. Arropado por cierta compasión cambió de tema. Siguió con el asunto de Pérez Landa y la promesa de unos invaluables libros que

le había prometido. Para reanimarme recordó el último viaje que hicimos a París.

—¿Te acuerdas del Café de Flore, en el bulevar Saint-Germain Des Press?

—Cómo olvidarlo.

—Llegamos ligeramente borrachos de Chablis. Buscamos el lugar donde se sentaba Jean-Paul Sartre para escribir *El ser y la nada*.

—Y nos sentimos Apollinaire, Giacometti, Hemingway, Picasso, Bretón, Raymond Queneau.

—Yo tengo la primera edición en español de *Zazie en el metro*, sabes.

—Sí, esa obra me gustó.

—Aunque en ese tiempo no significaba lo que ahora, te acuerdas de nuestra visita al Palacio de Garnier, también conocido como la Ópera de París.

—Cambiemos de tema, no te parece.

Obediente regresó al Café de Flore. En ese viaje supimos de la existencia del Premio de Flore, que entre alguno de sus ilustres ganadores están Michel Houllebecq y Amélie Nothomb. Ahí nació la idea del premio literario que convocábamos cada vez que las posibilidades económicas de la editorial lo permitían.

—A propósito, ¿cómo vas con el premio?

—La convocatoria está hecha. Camila se encarga de los detalles.

Antes de despedirme, fui yo quien regresó al tema de Encarnación. Sugerí un título para un texto: *Crónica de la destrucción del amor*. Novela que desemboca en mi ruina y locura. Como el museo de Maria Callas de Salomón.

—Pamuk fundó el Museo de la inocencia, ¿lo sabías?

—De pronto fundo mi propio museo, como si fuera un relato sobre una sexualidad oscura —dije, abrazándolo.

—No es mala idea.

—O me dedico a la poesía. Sabes una cosa, ella viajó a Brasil, según me comentó Salomón. Qué te parecería un poema donde estén Clarice Lispector y João Guimaraes con el *Gran sertón veredas* o alguna novelita de Jorge Amado, antes que ella se enamore de un gringo o un mulato en Río de Janeiro. ¿Cómo la ves?

Sergio mostró sus dientes y me palmeó la espalda. Con ese gesto, regateaba la poca veracidad de mis palabras. Turbado anticipó que desde el momento en que, por una u otra razón, yo había decidido enamorarme de «La Divina», mi deber, hasta el fin, era morirme en el intento de manera ejemplar. Pero, no se trata de morir, sino de sobrevivir, pensé.

—Sabes, Vila-Matas manifiesta, en una entrevista reciente, que el mundo se apoya en entidades sutilísimas. Vivimos en las manos de lo leve —dijo, antes de cerrar la puerta.

Pensé otra vez en el concepto de Weber sobre la realidad. Más allá de cualquier definición universitaria, la realidad es una construcción humana y lo es el amor y la obsesión y la ópera y Verdi, claro, menos «La Divina». Una idea me cautivó: en lugar de redactar una «posnovela» sería acertado escribir *mémoires*. Con ello sortearía la dificultad de la veracidad del proyecto de S. Lara.

Julio

XXII

Por fin recibí la réplica de S. Lara en mi correo. Más que respuestas había una ensalada de géneros. La redacción se asemejaba a las viejas manías epistolares de los escritores de mediados del siglo XX, pero también era casi una novela, un relato periodístico y dislates sobre la posmodernidad y el inventario angustiado de los peligros apocalípticos por venir. Pero de la «posnovela», nada en absoluto.

El matiz de su comunicación me reafirmó el loco proyecto de escribir esta historia no como una «posnovela» sino como *mémoires* o como *penseés*, no al estilo de Blaise Pascal, el filósofo y matemático del siglo XVII, sino en el sentido de Norman Mailer en *Un arte espectral.* Esa peregrina fantasía germinó después de salir de la casa de Sergio. Estaba convencido de que si me derrotaba el proyecto de Gabriel, al menos, tenía la opción de una victoria pírrica: un texto híbrido.

En las penúltimas líneas S. Lara pedía tiempo, que tuviera paciencia y no fuera a cometer una imprudencia. No sabía a qué se refería al traer a colación ese sustantivo femenino. ¿Sospechará de mi embrutecimiento por la cantante de ópera?, me pregunté conforme terminé de leer su extenso correo electrónico.

Quizá erramos al resolver qué es lo primordial y qué no, pero debes continuar, decía una línea, e insistía más adelante en que debía reunirme con el resto de personajes. Es imprescindible que lo hagas, escribió con énfasis.

Y eso haría, sin duda. Sin embargo, empecé a especular

con un personaje arquetípico para escribir mi texto. Ava Garner resultaba la más sugestiva y maravillosa. Es decir, transformar a Encarnación en Ava o viceversa, aunque no hubiera en el país un hotel como el Castellana Hilton, en Madrid, donde ella solía pasar largas temporadas. En algo se parecen, a Ava intentaba cantar flamenco, Encarnación no intenta, canta ópera. Pero hay una diferencia que podría afectar mi delirio: Ava le encantaba la juerga, a Encarnación no. Conmigo no había muchas esperanzas: ni era Sinatra ni famoso torero. El estilo para este pasaje debía sostenerse en unas *mémoires* y no en *penseés*, ello estaría destinado a otros capítulos. Otro problema, Ava tomaba martinis, Encarnación, según recuerdo, no puede beber por no sé que padecimiento, sin contar la obsesión por el sexo de Ava, algo que en Encarnación, al menos, parece ser algo fuera de sus preocupaciones. Una anécdota me excitaba como adolescente: Ava, en un tugurio, era capaz de subirse a la mesa, levantarse las faldas y ponerse a mear y, según leí en alguna revista, hasta para ello tenía clase. Entonces, imaginé a Encarnación subida en una mesa, meando de puro gusto mientras yo no podía ocultar una erección de antología.

Merino se comunicó después de varias semanas. Fue breve hasta el misterio. Preguntó cómo está mi tiempo. Quería que viajara a México. Después explicaré los detalles, me dice. No adelanté opinión. Pedí quince días para fijar con absoluta certeza una fecha.

XXIII

Durante esos meses me convertí en mi peor pesadilla. Retrasaba las ediciones, olvidaba la hora de reuniones importantes y vivía como si los días hábiles no existieran. Una desidia inusual se apoderó de mi voluntad. Existía sólo para entender el enigma de Gabriel S. Lara, así como para convencer a Encarnación Ballesteros que aceptara reunirse conmigo. Todavía no sabía cómo alguien como S. Lara ha podido forjar una carrera literaria. No es que me sobrara tiempo y el poco libre que tenía tampoco es que lo dedicara a mirar pornografía por el internet o soportar la lectura de correos electrónicos donde los autores insisten en que desempeñe una tarea que odio: leer literatura en formato electrónico.

Una mañana cualquiera se acercó Camila. Me recordó la próxima fecha para que el jurado decidiera el ganador del concurso literario. Ni modo, era algo que debía atender. Pero, en ese momento no me apetecía para nada involucrarme ni en la preselección ni escoger al jurado. Sergio era uno de ellos. Ahora, se había excusado. Para mi suerte, Camila distinguió la bruma en mis ojos y ella también abrió los suyos, más de lo que yo podía esperar. Sonrisa categórica, deduje por las curvas de los labios, para mi asombro, muy grandes.

—Hazte cargo, no tengo ganas de meterme en esa maraña —le pedí mientras ella bajaba los párpados para después mirarme de frente con un aspecto no sé si infan-

til o si tenía ganas que hiciéramos el amor, pero no era miércoles, aunque ese detalle lo recordé al descubrir una pequeña línea de saliva en la comisura de su labio superior.

Supuse lo peor, un miedo que chorrea, unas frases fuera de contexto, una rabia alzándose hacia mí, una escena de celos, un zumbido peleonero, un último jalón de la conciencia y las dificultades subsiguientes.

—No te preocupes, yo arreglo todo hoy mismo —y se quedó como si fuera una estatua de sal. Minutos después, se desinfló, jaló la silla y se sentó con aires de demasía. De todos modos, aquello fue de encomiar.

—Gracias —farfullé, derrumbado en mi silla.

—El problema no es el premio ni el jurado…

—¿No?

—Tu problema es que te enamoraste de la cantante —reclamó como si acechara, envileciendo lo oscuro de esta historia.

—¿Es un reclamo?

—Para nada. Pero, si me lo permites, debes revisar este asunto. Si sigues así, te irás al hoyo. Y no sólo tú, también la editorial y nosotros.

Por primera vez me percaté del rotundo fracaso que constituía el proyecto de S. Lara y mis arrumacos con Ballesteros. Sin duda, fracaso donde se conjugaban ficción e ingenuidad. Comprendí que vivía en la exageración y lo peor de ello, que me gustaba. La mejor recompensa en muchos años era creer que una mujer menor a mí veinte años me amaría tras concluir una fase de galantería y asedio. No obstante las advertencias y las alertas, no sé cómo llegué a esa suposición. Falsa en toda regla. Dicho de otro modo: no pude advertir una obviedad mayor.

—Además, qué futuro hay en esa historia loca de S. Lara.

Reconocí, sin decírselo, que tenía razón en parte. Pero

ella no podía comprender que las seis novelas y los personajes gozaban de un misterio arrebatador que me engatusó, que estaban más allá del mundo impuro de escritores con aires de estúpida grandeza. Su mérito radica en su exceso, en su imposibilidad.

—Sé que es una idea absurda, pero es cautivadora.

—No le encuentro por ningún lado la gracia.

—A ti lo que te molesta es «La Divina» —dije, para provocarla.

No respondió. La sola mención de Ballesteros fue un veneno lento. Puso cara de pocos amigos, como si fuera a gritar: ahora sí, maldito desgraciado, quédate con tu cantante lírica y púdrete en el infierno. Al ver reducido su espacio de maniobra, se levantó con la convicción de que yo no atendería más sus consejos.

—No escuchas razones. La próxima vez dirás que yo siempre vengo con la misma cantaleta —alegó, retirándose para que ese episodio no se alargara y sacáramos a flote conflictos irreales, fruto de la confusión de seis novelas, múltiples personajes y una entelequia con cuerpo y una voz a lo lejos.

Retirarse fue, para bien o para mal, no lo sé aún, huir de un alegato para nada crucial: enfrascarse en la discusión sobre la viabilidad de algo que a todas luces no lo era. Un asunto demasiado literario. Así, al irse sepultaba sin más la posibilidad de que volviéramos a hablar de ello. Sólo el tiempo le daría la razón.

XXIV

Dos días después que Camila llegara inexpresiva a la oficina a decirme que el remedio a mis males iba por otro lado, Merino me hizo una visita. Con un gesto frío describió los preparativos para el viaje a México. Yo todavía no lo había aceptado, pero él lo daba por hecho. No quise contradecirlo. Dejé que continuara con los detalles. Eran parte de la historia y su exceso. Después de tantos meses, vivir en ella y con ella, qué más podía esperar.

Merino no supo si yo objetaba o asentía sus planes. Aunque ladeaba la cabeza al explicar los entretelones del mismo, yo me quedé sin mover un músculo de la cara, sin parpadear, nomás junté las manos y lo escuché como si el viaje fuera un asunto cualquiera.

Adrede me desconecté unos segundos de esa fantasía que no tenía por dónde refutar. Abrió los ojos en dirección de la ventana y dijo que el viernes por la noche estaba invitado a su casa.

—Asistirán los personajes de mi novela —indicó.

Dadas las circunstancias, esa invitación significaba ni más ni menos que yo continuara con esa aventura. Para qué regresar a las novelas, me dije, mientras Merino era presa de un ataque de tos seca y húmeda a la vez. Asistir era indispensable si quería comprender algo del secreto que rodeaba a Merino y su peculiar modo de actuar.

—Me gustaría preguntarle algo que es bastante simple. ¿No se le hace exagerado que sus personajes sean reales?

—No, aunque parezcan unos idiotas, no lo son. Es fácil comprobarlo. Con lo que respecta a usted, basta con que llegue el viernes a las ocho.

—Estoy de acuerdo y aunque suene razonable lo que usted argumenta, a mí no me convence la historia esta de personas/personajes.

—Tenga la seguridad que no estamos sacándonos de la manga nada de lo que no podamos comprobar —reviró.

—Lo que no entiendo es por qué habla en plural.

—Usted lo sabe, en esto está Gabriel S. Lara, Jacobo...

—Claro, se me olvidaba Jacobo —comenté, interrumpiéndolo.

—Así es.

—Si hablamos con la verdad, confiese una cosa: nadie mejor que usted sabe por qué estableció los tiempos y los ritmos para que yo conociera a los personajes. Fue quien organizó las reuniones. Cito dos nombres: Salomón y Encarnación. Entonces, ¿existe Encarnación Ballesteros?

—Yo le pregunto: ¿es real Maria Callas?

Anoté la dirección de su casa y no quise volver a recapitular en el tema. Un desgano se apoderó de mí, como si unos lejanos gritos me paralizaran ante esa pregunta cuyo único rasgo distinguible parecía una amenaza a mi salud mental.

Elaboré un resumen: tramas cruzándose, reflexiones similares a una especie de confusas justificaciones y propósitos desmedidos. Como sea, preguntas en pos de escrupulosas respuestas. Imposible por donde se le quisiera ver. Salomón, Encarnación, Merino y S. Lara eran diestros para evadir mis interrogantes, como si ciertos aspectos de su trama fueran a comprometer algo que yo desconocía. Tuve la impresión de que se les antojaba ridícula mi única petición: dilucidar mi papel en esa historia, imprescindible, según mi juicio, para reconciliarme con ellos y su enmarañado empeño.

Tercera parte

Agosto

I

Un jueves hallé tres correos electrónicos de Gabriel S. Lara. Como las cartas de Saul Bellow, sus palabras eran exaltadas, casi furiosas. Le comuniqué que me reuniría con los personajes de la novela de Merino. Adelanté una vez más mi opinión. En el correo de marras escribí más o menos lo siguiente:

Gabriel, la atmósfera enrarecida y desquiciante de «La novela paralela» y «La Divina» se tornan, conforme pasan los días, en algo absurdo hasta la perversión, al pretender equiparar de manera natural, lo ingenioso con lo racional. Es decir, esas dos novelas no existen. No te miento, las he leído en más de cuatro ocasiones. No tienen pies ni cabeza. La supuesta intención creadora está representada en cada una con la repetición de frases, monólogos, descripciones arbitrarias, pastiches verborréicos, donde se reconocen sólo los personajes de las cuatro novelas que no son de tu autoría y los otros son personas que poco a poco conozco. Pero algo puede quedar de todo ello, y a mi favor, por supuesto: escribiré unas *mémoires*.

Su respuesta fue virulenta. Incluso, anunció su regreso de inmediato. Algo que sucedería semanas después.

Ese mismo día, por la noche, me reuní con Aníbal y Sergio. Comenté al paso mi comunicación con S. Lara y su reacción encrespada. Ello dio paso a una larga explicación de Aníbal sobre los asuntos epistolares de escritores. Contó la increíble correspondencia entre Flaubert y

George Sand, la de Juan Benet y Carmen Martín Gaite o la pasión intelectual entre Adorno y Walter Benjamin. Habló más de una hora explicándonos las cartas de Hesse, Brecht, Rilke, Walser. En pocas palabras, el vínculo entre desvarío y razón.

—Con el correo electrónico, esa costumbre ahora es prehistoria. Lo que simbolizó durante décadas, ahora quedó atrás, ni siquiera se utiliza para odiar ni para remozar agravios, menos para el desahogo. Para ello está el *Facebook* —argumentó Sergio, aburrido.

Enseguida nos dedicamos a cultivar banalidades. Nos pusimos a contar los bares y las iglesias evangélicas contra el número de centros culturales de la ciudad. También los puteros clandestinos versus la doble moral perpetuada por un fanatismo alucinante. Adolescentes prostitutos versus hombres maduros y ricos, niñas envilecidas frente la indiferencia de la «Autoridad», tan proclive a dar de palos a los estudiantes o los campesinos. Es decir, la «Solución Nacional», el remedio en rigor, debía ir por otro lado: la asistencia a toda clase de misas: las del mercado y su poderosa e invisible mano, la de los jueces y los narcos, la de los empresarios y los sicarios. Por supuesto, dignos autores y guardianes del Código Penal de Infracciones de Pertenencia para resguardar el espíritu de la obediencia.

—No tienen idea el infierno que padecí en una reunión con mis vecinos. Ahí afloraron las más variopintas opiniones contra los migrantes, dándole gracias a Dios por su adalid, Joe Arpaio de Maricopa; contra la ralea de los pobres, los comunistas, los desheredados y los opositores a la minería y los defensores del territorio. Contra ellos, toda su conceptualización primaria y arcaica —dijo Aníbal.

—Ya que revisamos con amplitud la conducta más bien monárquica de la clase media y que siempre será en vano intentar huir de ese patetismo, les propongo que hablemos

de cosas menos ásperas, tampoco es que nos pongamos a gozar de una supuesta condición de anacoretas, menos que entremos al zen, pero, por favor... —exigió Sergio, mientras iba por *whisky* a la cocina.

Una vez despejada la tensión, nos pusimos a beber en forma y a escuchar y conversar de ópera, asunto que no me venía bien por razones obvias.

—Uno de mis sueños es asistir a una función del Teatro de la Maestranza, en Sevilla —dijo Sergio.

—Yo daría cualquier cosa por ir a un concierto de U2 —admitió Aníbal, ya con evidentes manifestaciones de ebriedad.

—María de Padilla, Leonor de Guzmán, amante de Alfonso XI, entre otras, inspiraron a Donizetti, así como tu Divina te ilumina —aseveró Sergio, incomodándome.

—También Beethoven, Mozart y Rossini eligieron a Sevilla como escenario de sus óperas —respondí, con evidentes dificultades para esconder mi turbación, porque la sola mención de Encarnación siempre me ponía en serios aprietos emocionales.

—Ve, pues, el hombre ya se documentó —reconoció Sergio, sardónico, mientras Aníbal trataba de mantenerse erguido.

Horas después, nos sorprendió el amanecer con la música de Javier Solis, contentos como si hubiéramos cumplido con un deber patriótico: emborracharnos para dejar atrás la promiscuidad de los temas del patio nacional.

II

Llegué a casa de Santiago Merino con la convicción de que mi presencia era un acto más que acabaría por confirmar que todo se iría a pique, sólo que en cámara lenta. Merino salió a recibirme en el jardín frontal. Me condujo hasta la sala donde encontré a Jacobo, a Ponce y su amante, tía de Encarnación Ballesteros. Quien primero me saludó fue Julia, esposa de Merino.

Merino es doctor en criminalística, retirado del Ministerio Público. Su novela trata sobre una fallida investigación sobre los miles de crímenes de mujeres. Lo único que le quedó de esa triste experiencia fue un libro y Julia, su mujer. Su obra, por alguna razón, me recordó *Una guerra imperfecta*, una de las novelas de S. Lara.

—Tengo una duda —le dije, al nomás sentarme en un pequeño sofá.

—A ver, cuál es —dijo, amable a más no poder.

—¿Su libro es una novela o un testimonio?

—Ninguna de las dos.

—Entonces, ¿qué es?

—No lo sé.

No faltaron más preguntas para adivinar que ese camino no tenía vuelta. Es más, no era camino. Venían hacía mí, imágenes anómalas, por el simple hecho de estar rodeado de personajes/personas, tal y como había advertido en aquel infausto lunes, S. Lara.

Era evidente la cercanía entre Merino y Jacobo. Si bien

están jubilados, se reunían para desmenuzar los hechos delictivos y fabricar las hipótesis más descabelladas. Y esa noche no fue la excepción. Jacobo habló sobre la penetración de los Zetas en el país y la podredumbre de la policía.

—Están en todo, en el robo de autos, en el tráfico de migrantes, en la protección de los cargamentos de drogas, en las extorsiones, en el cobro a los prostíbulos, en los secuestros. ¿Cómo quieren que resolvamos la situación de la seguridad con esos niveles de corrupción y complicidad? —cuestionó, dirigiéndose a los presentes.

—Encarnación se apiadó desde un principio de esa historia y le hizo creer a Salomón que ella es en realidad Maria Callas —dijo, de pronto Ponce, y cambió a temas menos escabrosos.

—Sí, pobre mi sobrina, es una santa. Además de ser una excelente cantante lírica, es maestra de música y una gran mujer —apoyó ufana la tía, con los ojos abiertos más de la cuenta.

No hacía falta que confesara que estaba obsesionado por Ballesteros y que gracias a ello, gozaba de una amplia y reciente erudición operística, tampoco cabía mencionar mis lecturas de casi todas las biografías de Maria Callas y que gracias a Salomón, me encontré con Encarnación en una cafetería del bulevar Vista Hermosa. La cosa es que estuve allí, esforzándome por aparentar normalidad y confianza.

Jacobo lucía desolado, deseaba ahondar sobre su crónica de nota roja. Y es que él no hablaba de oídas, estuvo dentro del monstruo, afirmaba. Pero su hilo de pensamiento lo cortó Ponce y la tía movía las cejas como si ya se fuera orinar.

Julia, a distancia, parecía una gata sin remordimiento, ajena a esas angustias. A ella lo que le gustaba, según leí en la novela, eran las revistas de modas y pensar en su canario.

Recostada en el sofá, resultaba inocultable su deseo de escapar de ese cuadro de costumbres en que solía acabar la conversación de Jacobo y su marido, Merino.

Ponce, ceremonioso y tieso me acercó un enorme vaso de whisky, gesto que agradecí en lo más hondo, porque cargaba aún la enorme resaca de la noche anterior. Dicho sea de paso, me empiné el whisky como si fuera remedio y de inmediato extendí mi brazo hacia él. Generoso, en el acto lo llenó de nuevo.

—Nomás sin agua, por favor —supliqué.

—Veo que está herido —comentó, sentándose a mi lado.

De buenas a primeras nos entendimos. Los demás observaron en silencio la conversación. Generalidades y aprehensiones de Ponce por el destino de la justicia. Asimismo, su pasión por el centro de la ciudad, en particular, los viejos barrios donde, según decía con énfasis, aún se vive la vida.

—Ustedes dicen cuándo cenamos —indicó Julia.

—Esperemos un ratito —suplicó la tía de Encarnación, amante de Ponce.

—Yo no veo por qué esperar —protestó Ponce.

—No ves que Encarnación viene retrasada —informó la tía, amante de Ponce.

Las piernas se me durmieron con la noticia. ¿Era un truco o mera coincidencia? Merino indicó textualmente que conocería a los personajes de su novela y Encarnación no lo es.

Ideas arrevesadas llenaron mi cabeza. ¿Era un juego orquestado por Merino y S. Lara? No podía saberlo. No tenía muchas pistas. Julia se levantó, mediante taconeos secos se puso en medio de nosotros, quería llamar la atención. Creo que vio mi mueca descompuesta. Regresó a su sitio sin chistar palabra.

Jacobo soltó frases sueltas, ambiguas. En todo caso,

nadie le prestó oídos. Lo que sí escuché en mi cabeza fueron frases cachondas de voces de las mujeres que se habían acostado conmigo. Me puse paranoico, con un revoltijo mental que oscilaba entre las voces que escuchaba y una lascivia pertinaz por la Ballesteros que, según lo anunciado por la tía de ella, la amante de Ponce, no tardaría en llegar.

III

Ya era de noche cuando salimos de allí. Para nada estaba seguro de que habría una próxima vez. Que cenáramos juntos y riéramos por las ocurrencias de la tía, amante de Ponce, no era garantía de nada, ni siquiera la probabilidad que después sucediese lo mismo, que habría otra noche venidera, una tercera oportunidad.

Ballesteros no quiso que tomara un taxi. Así, se ofreció a llevarme a casa. A esta hora es peligroso, dijo. Durante el trayecto no pensé en lo anormal de esa reunión con los personajes/personas. No ocurrió nada extraordinario, es más, ni siquiera hablamos de la trama de la novela de Merino, ni del trágico destino de Ramírez Colomé, otro personaje central en la misma.

Sólo pensaba en decir las palabras apropiadas para invitarla a una sopa, una cerveza, lo que fuera, con tal de alargar ese privilegio. Luego de recorrido un trecho, pude por fin pronunciar la frase: no te gustaría tomar algo en Cafesa, siempre está abierto. Con ella la comunicación era indefinida, como si hubiera que empezar de nuevo cada vez que nos veíamos. Aunque, viéndolo con calma, ésta era apenas la segunda ocasión que estábamos tan cerca. Ahora más que la primera vez, sólo medio metro me separaba de ella, que manejaba concentrada con las manos en el volante y yo, deseaba pegarme lo más que pudiera.

Para mi sorpresa, aceptó mi propuesta. Al menos, pensé, quizá esa puerta no quede clausurada para mí.

Tal vez habría que dar un rodeo y no hubo más remedio que aceptarlo con naturalidad. Creo que me vio de reojo y captó mi estremecimiento ante su disposición a continuar la charla. Claro, a mí eso de charlar no me caía muy en gracia, lo que sinceramente hubiera deseado era que aceptara irse a la cama conmigo.

Ella pidió al mesero un agua mineral y yo una cerveza. No sabía cómo darle orden a mis pensamientos y la ansiedad iba en aumento. Vi, a través de la ventana, en la acera de enfrente, a un indigente, daba breves pasos de un lado a otro, tenía las manos metidas en los bolsillos de un enorme abrigo negro. La escena fue de novela anticuada porque parecía una ilusión apaciguada por la madrugada. Cualquier insinuación traía el riesgo de hacerme parecer un rufián con viejas tretas para enamorar a las mujeres. No sé por qué era presa de una turbación irracional y de un tonto espejismo.

Sonrió, llevándose una mano a la cabeza. Remedó el gesto de peinarse, como si fuera a despedirse en ese momento, olvidó el agua mineral y yo con la cerveza a medias, devastado por ese deslumbramiento. Dados los apuros de la última vez, creí que Encarnación tendría muchas preguntas. Sucedió lo contrario, se apoltronó en un silencio dulce, sonriente, con las manos juntas. Tenía todas las trazas de una mujer cordial, gustosa por dejarse consentir. Costaba creer ese giro en su conducta.

Entonces, envalentonado por los espléndidos *whiskys* de Ponce y la cerveza me atreví a decirle que estaba enamorado de ella, estúpidamente enamorado, como un adolescente. Se rió con desparpajo, como si mi confesión le trajera sin cuidado, lo cual me ayudó a continuar la embestida.

Fui zalamero y ella, desde su pulcra ecuanimidad, fría. Su amabilidad decreció conforme le decía disparates y mi

expresión facial se tornó grotesca y languideció la conversación. Por fortuna, me frené a tiempo y dejé de hablar de sobra. Esa embestida fracasó. Ella siguió inmutable, como si experimentara un *déjà vu*. Claro, yo pensaba en sudores, saliva, en pelota alrededor de una inexistente habitación y ella esperando con las piernas abiertas.

Hice un último intento. Como si fuera un fogonazo, acepté que desde hace meses no podía quitarme su imagen de la cabeza. Las madrugadas me sorprendían dirigiéndome a ella, hablaba a solas, con la luna en el jardín de mi casa. Recobró su sonrisa.

Tajante afirmó que era hora de irnos. Mañana tengo ensayo, dijo. A lo largo de media hora habló de gatos y de unas clases que la aburrían muchísimo. Me dejó en la esquina de mi casa, con un gesto furtivo movió su mano y abrió la puerta, pero su expresión ya no era risueña.

Me quedé en el umbral viendo cómo se alejaba. Larga escena de lejanías esfumándose en el cruce de calles y avenidas. Corolario consabido y artificios al tanto para contemplar mi propio espectáculo: un cincuentón decadente que profiere frases de amor ante la concurrencia de fantasías de una teatralidad ampulosa.

Terminé exhausto por la intensa carga de adrenalina y felicidad. Me encerré tres días entre sentimentalismos a lo José José y una abundante provisión de botellas de *whisky*.

IV

Sergio y Aníbal me salvaron al cuarto día. Había agotado el repertorio de José Alfredo Jiménez. Acudieron ante el llamado de Camila. Mi casa parecía un burdel, desordenado y con un insoportable olor a encierro, cigarro y licor.

—Ve, pues, como que el señor tuvo una fiestecita. Sólo falta el tocadiscos, como aquellos festejos que solíamos llamar "repaso" en la adolescencia, ¿se acuerdan? —exclamó Aníbal al cerrar la puerta.

—Nomás que aquí no hay mujercitas de quince años —precisó Sergio.

—Es cierto. Y todo por una cantante de ópera. Una soprano de alta escuela —aceptó Aníbal, mientras yo me bamboleaba, viéndolos con los ojos perdidos.

—Como Lucha Reyes, que en 1930 quiso ser soprano y por una pulmonía perdió la voz —agregó Sergio.

—En otras palabras, ¿nuestro amigo está enamorado de una mujer con voz peleonera, como si fuera cantarina de feria de pueblo? —inquirió Aníbal.

—Lo que me refiero, Aníbal, es que este hombre ni ha oído cantar a su Divina, y no sabe qué reacción tomar si ella cantara como Lucha Reyes. Que, por cierto, fue notable. Además, a «La Divina» ya la escuché cantar y tienes suerte, porque de ahí, directo al manicomio —aclaró Sergio, mientras empezaba a recoger envases, vasos y platos de comida desperdigados por doquier.

—Lo que hacen las ganas de un acostón —dijo Aníbal, riéndose y jalándome hacia el sofá.

A pesar de la noticia de Sergio, no dije nada, me sentía a gusto. Cierto, a punto de explotar, pero a gusto. Eso del acostón me sonó chistoso, como una parodia sobre la explosión demográfica. Obediente me senté y los escuché. Di las gracias que fueran mis amigos y no me salieran con las amenazas del fuego eterno y la perdición de mi alma, menos que debía abandonar esa vida de vicios, mujeres y lascivia. Así, nada de virtud, honra y familias decentes. Intenté pararme y echarme un discurso sobre el coito, el orgasmo sin culpa y el sexo oral. Aníbal me envió al sofá de un empujón.

—Mi hermanito, usted se está quieto. Espere que limpiemos este chiquero, luego se da un baño y nos vamos a almorzar —recriminó Sergio.

Continué por largo rato viéndolos moverse a lo largo y ancho de la casa, limpiándola. Quise decirles que me había embriagado por otras razones y que la reunión con Encarnación me hizo enteramente feliz. Algo balbucí, pero creo que no entendieron nada de mis parloteos. Deseé informarles que el asunto fue como dar unos pasos hacia un resplandor y quedarse en la inminencia de un desenfreno.

Al cabo de un rato, las referencias, el desorden y las anécdotas tomaron cuerpo: un remedo de una figura anhelada. Recapitulé y ellos, perplejos, observándome en silencio sin parar de limpiar. Yo, obediente, reconocí sin empacho que nomás fue una plática de madrugada, ni siquiera hubo manita sudada y cosas por el estilo.

—Yo que vos, le agarro las tetas —dijo Aníbal desde la cocina.

Como sea, profusión de incoherencias sin ton ni son, ni siquiera para saber dónde acabaría esa sesión de higiene y rescate espiritual. No quise contar los detalles del

consabido encuentro en Cafesa, hubiera sido redundante desglosarlo. Eso de sacar a relucir cómo movía los ojos o sonreía corría el riesgo de parecerse a un texto de literatura menor.

Tampoco, en medio de mi atroz resaca, narré la cena con los personajes/personas en casa de Merino, ni cómo éstos no encarnaban valores u opiniones, eran puros estados de ánimo, como entelequias obsesionadas con los Zetas, el narcotráfico, los jueces y magistrados corruptos y los crímenes horrendos de mujeres.

Así, monosílabos o meras frases cortas para disuadirlos que me sirvieran otro *whisky*. Ellos, con aplomo, sólo dibujaban una mueca de sonrisa hasta que, exhausto, pude ponerme de pie, tembloroso y yo mismo servirme uno antes del baño.

En poco más de una hora y fracción la comitiva del Partido de la Higiene resolvió llevarme al baño y por cuestiones de procedimiento, cada uno me tomó de un brazo y me metieron a la ducha. Cual guardianes del orden se aseguraron de que en los próximos treinta minutos me cayera tal cantidad de agua en el cuerpo como para espantar no sólo los efectos de mi prolongada juerga si no también el fantasma de una cantante de ópera.

Septiembre

V

Llegué a la Terminal Dos del aeropuerto de la Ciudad de México cuatro días antes de la cita con algunos de los personajes/personas de dos de las novelas que Gabriel S. Lara me dio a leer. Por instrucciones de Merino, en la plazuela que está a las afueras del metro División del Norte, me encontraría con Helena Ponce. Un día después de esa cita, con Sebastián Tánchez en la cafetería de la librería Gandhi.

Mientras llegaban esas citas, buscaría a mis amigos, poetas y editores mexicanos. Unos dos días con ellos le caerían bien a mi salud emocional. Me había hecho un propósito: nada de alcohol para compensar mis excesos y huir de las dosis de autoengaño de S. Lara y de «La Divina». Aunque, pensándolo detenidamente, también de Merino y Salomón y de lo que vendría cuatro días después.

Convencido de que la soledad me caería bien, hice un itinerario de caminatas y visitas a lugares públicos. Nada de amigos ni de charlas interminables antes de ello. Pura soledad.

Una vez hospedado en un hotel a media cuadra de Bellas Artes, dediqué los dos primeros días a vagar por el sur y el centro de la ciudad. Al caminar por 5 de Mayo rumbo al Zócalo recordé mis años en esa urbe y la asocié con un placer extraño, que me sucede sólo ahí, la experiencia del anonimato.

Minutos más adelante tuve presente a Monsiváis. Él afirmaba que el gran personaje de ésta es la ciudad misma.

Entonces, no pude evitar hacerme la pregunta: quién es o quiénes son los grandes personajes del proyecto de S. Lara. En consecuencia, entendí que eran ellos mismos, porque habitan en una ficción. Es más, yo mismo soy una persona/personaje. Algo maquiavélico, sin duda, porque no es difícil comprender que, al final de cuentas y más allá de las variaciones de tiempos y estilo y de las distintas historias cruzándose, la disolución del Yo era no sólo un propósito sino un delirio premeditado.

En una calle al costado del Palacio Nacional, al principio de ésta, me detuve a mirar a un vendedor de CD piratas y encontré unas grabaciones de Maria Callas de los conciertos que dio en México en 1950 y 1952. Los compré en el acto. Imaginé a Sergio dando de brincos por el regalo.

Tras dos días de visitar librerías de viejo, museos y cafeterías que son una delicia, me tomé la noche para cenar en la habitación y leer la *Poesía Reunida* de Juan Gelman. Ya para acostarme, escuché en el *iPhone* a Mozdzer, Danielsson y Fresco. Repetí la pieza tres veces, casi media hora, hasta quedarme dormido.

VI

Finalizados los días de soledad, llamé a mis amigos poco antes del desayuno para informarles que pasaría por su casa o en todo caso, vernos en algún lugar que a ellos les quedara cómodo. Yo podía moverme en Metro a cualquier parte.

Desayuné con Julio, un poeta guatemalteco que vive por el área de Tlalpan, al sur. Nos vimos en el VIPS de Miguel Ángel de Quevedo y Pacífico. Me saludó como si tuviéramos medio día de no vernos. Me avasalló su tranquilidad y la fluidez con que habló. Nada qué ver con la última vez. Fue evidente su vuelco anímico, como si su reconversión de golpe le recompensará de vivir en tan hermosa ciudad.

Hablamos toda la mañana de poesía. Desde las tendencias más experimentales, algo que me pone nervioso, hasta su vitalidad, a pesar de ser un género bastante despreciado por las editoriales.

—Sí, hasta es respetada por los ignorantes —acepté, mientras nos sentábamos en una de las bancas del viejo parque de La Conchita.

—Y por los "performanceros" que en Guatemala casi no caben —dijo, antes de remover unas ramas del suelo.

Nos echamos a reír de buena gana. Más yo, que me hizo mucha gracia la ocurrencia de mi amigo poeta.

Julio se cansó de los asuntos poéticos y pasó a la ciencia. Fue como si abriera un grueso volumen, seleccionara al azar una página para hablar largamente del espacio, la realidad, la energía, la nada, el vacío —finalmente, todos temas poéticos—, y con cierta displicencia, clavó el dedo en el aire y afirmó que estábamos llenos de retórica.

—Algunas veces, sabes, la poesía ya no me dice nada —y después sonrió de oreja a oreja, palmeándome el hombro.

Quedamos de vernos para tomar una copa —no dije nada de mi promesa— en la noche. Un abismo entre nosotros se cerraba cada vez que nos veíamos. Le di un abrazo y tomé un taxi. Tuve la sensación que horas más tarde volvería a las andadas. Al fin y al cabo, seguiría explorando los misterios de la ciencia y su vida.

El resto de tiempo sirvió para visitar a viejos amigos, algunos de ellos escritores y algún que otro editor. Nada notable, sólo que lucíamos más viejos y cansados. Por supuesto, rompí la promesa y bebí tequila como nunca. Todo empezó en el Sambors de 5 de Mayo y terminó en la madrugada en un bar de la avenida Álvaro Obregón.

Amanecí en una casa por el Periférico Sur, a mi lado una hermosa mujer que no conocía. Llegó al último tugurio donde estuvimos los escritores y editores. Sólo recordaba fragmentos: cuando se presentó y yo, para que no se sintiera amenazada sólo le vi a los ojos y no a los pechos que eran una enormidad sin gravedad.

Al percatarse que estaba despierto se levantó y me ofreció café. Antes, se puso el sostén y se dirigió a la cocina. Sin duda, sus pechos constituían una parte importante de su vida: eran verdaderos señuelos.

Cosa extraña, regresó sin el sostén a sabiendas que volvería a calentarme. Puso el café a un lado de la mesa de noche y se montó sobre mí. Sin la menor vergüenza, poseía un cuerpo con mucho mérito. La imaginé desnuda y en tacones por las calles para reafirmar aquella frase de que somos siempre fieles a ciertos patrones.

Después de media hora, decidí vestirme a toda prisa y tomar un taxi rumbo al metro más cercano. Era el día de la cita con Helena. Intercambiamos correos electrónicos y un beso delicioso, húmedo, largo e inocente. Me hizo dudar, como si quisiera decirle que me parecía buena idea vivir juntos. Sin embargo, no podía ser más que una fantasía

sin mucho futuro. Es decir, a los diez minutos me habrá olvidado, pensé, mientras le indicaba al taxista el rumbo a donde me dirigía.

VII

Subí las gradas deprisa, llevaba quince minutos de retraso. Al llegar a la explanada, la divisé. Era la única mujer. A pesar de su edad, aún es hermosa. Antes de saludarla me sugestioné y me acordé de esas partes de la novela donde ella echa llamas al hacer el amor.

Salió a mi encuentro con naturalidad, sin ninguna cautela. Saludó de beso y buscamos una cafetería. No tenía prisa, como si viviera en permanente regocijo —aunque poseía pormenores, la lectura de la novela me descubrió que detrás de ese rostro sereno, había una historia muy triste—, pidió un jugo de naranja y un café. Hice lo mismo.

Como no sabía cómo empezar, ella allanó el camino. Antes de contarme su versión, bebió un trago de jugo y sin la menor desconfianza habló de lo que yo ya sabía. En otras palabras, la novela. La interrogué por el destino de Filiberto Santacruz.

—A Filiberto lo rescaté del manicomio. Recuérdese que siempre afirmó que él asesinó a ese cómico.

—¿Del manicomio? —reaccioné.

—Así es —dijo ella.

—¿Y eso fue después de publicar la novela?

—Claro, al enterarme de su existencia, comencé a buscarlo por cielo mar y tierra. Siempre temí que ello ocurriría, sabe.

—¿Por qué?

—Es sencillo, nadie que dice en voz alta que cometió un

asesinato y que fornicaba con una mujer que echaba llamas y le enseñó a comer calles, puede terminar bien parado.

—¿O sea, que usted le enseñó a comer calles?

—Por supuesto —contestó, con la total y límpida conciencia de sus palabras.

—Entonces, ¿es cierto que usted echa llamas…?

—Todavía me pasa —aceptó. Estuve a punto de proponerle que se subiera la falda para corroborar sus palabras. Me abstuve porque ello hubiera podido poner fin a la conversación.

Su mirada era apremiante, como si fuera a abalanzarse sobre mí, sin el menor recato. Pero esa percepción había que achacársela a mi reacción al oír tamaña confesión.

—Entiendo —alcancé a decir.

—Yo vivo en París desde hace décadas…

—¿Y qué hace en México?

—Eso es largo de explicar. Vi a Gabriel en Barcelona, al enterarse de que viajaría a visitar a un familiar, coordinó con Merino este encuentro.

—¿Por qué no en Guatemala?

—Nunca regresaré a ese lugar.

—¿Y qué pasó con él?

—Por fin localicé a Filiberto Santacruz, eché mano de mis amistades y logré sacarlo del manicomio. Me lo llevé a París. Vivimos muchos años tranquilos. Se recuperó de la ofensa mayúscula del exilio interior de su familia. Para nuestra mala fortuna, sucumbió a los recuerdos. Un día decidió ahorcarse. Pienso que alguien —en este caso fue una pandilla de criminales— decretó destruirnos y nadie pudo evitarlo. Mucha gente salió del mundo por la puerta de atrás y, por lo mismo, ello significó su inmediato olvido.

—Pero Filiberto sigue vivo a través de la novela, ¿no cree?

—Mucho de la lógica de esta historia no tiene sustento.

En todo caso, jamás podré recriminarle sus excentricidades. Creo que no pudo regresar a la realidad sin hacer ruido. Que sigue vivo en la novela, puede ser. En ocasiones su figura me viene por las noches, como si aún entrara a hurtadillas a mi habitación para hacer el amor hasta la madrugada. Fue alguien que inspiraba simpatía y piedad, sabe.

—Si había perdido la razón, ¿quién escribió esa novela?

—Él, sin duda. Yo rescaté sus diarios de las manos de un desconocido que los ordenó y los agrupó por épocas: su infancia y adolescencia en el mar, la tierra, la huida, el arribo a la ciudad, la tristeza de sus padres, la larga lista de hermanos. También, los episodios cuando salíamos a comer calles, ventanas, árboles, luz, miradas…

—¿Conserva los diarios?

—Los quemé después de que lo enterré.

—¿Quién asumió la autoría de la novela?

—¿Usted ya la leyó?

—Por supuesto.

—Entonces, ¿para qué pregunta?

—Porque, quiero ser sincero con usted, no sé qué hago aquí.

—Porque es un editor atrapado por el misterio de Gabriel S. Lara. Porque le parece un exceso mi historia con Filiberto. Porque, por primera vez, no edita una ficción, sino la vive, es parte de ella. Usted dejó de estar del otro lado. Ahora, al duplicarse, puede verse desde el otro lado del espejo.

—¿Se acuerda de las primeras páginas de la novela?

—No.

—Donde habla de la lectura *bouestrophedon*.

—Ya, recuerdo.

—De otro modo: usted asiste a la escritura de una «posnovela». Bueno, ¿de qué ha vivido los últimos treinta años de su vida, si no de la ficción?

—Eso es otra cosa —respondí.

Al despedirse me abrazó largamente. Pude sentir los rescoldos del fuego que la abrasó durante toda su existencia. Al caminar hacia la estación del metro me atrapó un agotamiento que jamás había experimentado. Tuve una vaga certeza de que nunca sabría si lo que dijo era verdad. En todo caso, nadie estaba al tanto de que yo estuve con ella, que casi sentí su fuego, aunque nunca hubiera amanecido en su cama, a su lado, con esa alegría en el rostro que venía de nosotros mismos.

Antes de empezar a bajar las gradas pude verla de lejos, bastó que alzara la mano para despedirse y obtener a cambio una sonrisa cómplice. Conforme descendía, la realidad fue amortiguándose de sus fragores progresivos.

Aquello no fue suficiente para despejar mis dudas. Bastaba saber que estuve frente a una mujer poco ordinaria, que echaba llamas durante el coito y poseía los saberes y la pericia para tragarse todos los objetos de la realidad. Y ello constituía un hecho absolutamente normal y resultaba que yo era el único que no estaba enterado y no caía en la cuenta de que a veces es necesario ocultar ciertos pasajes para develar más adelante realidades paralelas. Como si Helena quisiera decirme, la vida no debe parecernos siempre tan mala. Y cómo no iba a serlo después de que Filiberto apareció en el departamento de un barrio de París colgado a las seis de la tarde. Lo que desde un principio debía ser algo evidente, resultó una anomalía, la cual acepté a regañadientes porque me resigné al juego de hacerme pasar por un personaje de una novela en proceso de escritura.

VIII

A la mañana siguiente salté de la cama y caí de rodillas en la alfombra, tuve pesadillas y creí que mis piernas estaban chamuscadas por el ardor de Helena. Me acerqué con cautela al espejo del baño. No descubrí ningún rasgo defectuoso en mi cuerpo. Claro, otra cosa es la falta de ejercicio, pero estaba completo, por decirlo de algún modo.

Caminé del hotel al Metro Juárez. La aglomeración subrayaba la victoria del caos y lo orgiástico. Como si los habitantes se resignaran, y a la falta de futuro, el tiempo se erigía como una muralla donde pende un reloj con las manecillas descompuestas.

Bajé en la estación Miguel Ángel de Quevedo y caminé unos cien metros. Ingresé a la antigua Gandhi e inmediatamente subí las gradas. En el segundo nivel se encuentra la cafetería que hace las veces de un enorme salón de juego de dominó.

Fue fácil indentificarlo. Su facha coincidía con el santo y seña que Merino me proporcionó antes del viaje. Sobre la mesa estaba un tablero de colores amarillos y naranjas. Entonces, recordé que la ilustración de portada de la primera edición de esa novela pertenecía a un tablero del juego con los números y las relaciones entre ellos, en un manuscrito del siglo XI.

—¿Sebastián? —dije, extendiéndole la mano.

Se levantó e hizo una rara reverencia, como si se quitara el sombrero. No sé si sus intenciones, como se notaban en

la reiteración de ciertos gestos, eran las de compartir conmigo los sucesos de su vida o se trataría de una sesión más de retórica y devaneos. En este punto, era inexplicable para mí cómo alguien podía salirse literalmente de las páginas de una novela y sentarse conmigo en una cafetería de una de las más frecuentadas librerías de México.

Más allá de los herméticos planes de S. Lara, quizá Sebastián pretendía restablecer una menguada vigencia como personaje central de una obra publicada hace veinte años. Aunque no creo que así fuera, la oferta de S. Lara y su excesiva facilidad para entusiasmarse lo hacía un candidato ideal para moverse en las peores condiciones de una trama de por sí absurda.

Mostró orgulloso el tablero. Después sacó de un maletín otro, de igual tamaño sólo que con colores diferentes. Durante media hora escuché paciente lo que ya sabía a través de la novela: la atropellada construcción de un abecedario y un juego, similar al ajedrez para rescribir la historia del país. Trataba de convencerme, mediante una larguísima explicación, sobre cómo funcionaban las piezas-clave y las palabras-clave en la estructura del juego. Pensé que en otras circunstancias su proyecto se habría desarrollado con éxito, o al menos, de distinta manera. O si nuestro encuentro, en lugar de darse en la librería Gandhi se hubiera producido en los años en que escribió la novela, es posible que ahora gozara de un reconocimiento público incuestionable.

—Ese juego es del que habla Filiberto Santacruz, otro personaje. ¿Lo conoce usted?

Fue evidente el escozor que le causó mi pregunta. No lo esperaba, supongo. Calló y volvió sus ojos al tablero. Temí perder la oportunidad de comportarme como su amigo y cómplice literario. Mi falta de tacto y mesura puso en peligro el encuentro.

Sin embargo, reconsideró mi actitud y minutos más tarde, habló sin parar de la novela y la construcción de su tablero. Dada la velocidad con que hilaba la cuestión, temí que se me pasaran por alto los detalles más importantes. Porque, al fin y al cabo, para eso hice ese largo viaje. Tampoco me interesó encontrar suficientes argumentos contra su proyecto, de nada servía si él, por lo visto, salió de un hoyo y recuperó la ilusión, aunque su determinación fuera nada más que banalidad literaria.

—¿Vive en México?

—Sí, regresé hace cinco meses.

—¿Qué le llevó a tal determinación?

—No sé, cerré un ciclo. Trabajé durante varios años en el Archivo de la Policía Nacional. Tuve en mis manos decenas de miles de documentos. Sabe, llevamos la peor parte.

—¿Quiénes?

—Pues, todos, no cree —dijo, ante mi relativo estupor.

—¿Y ahora, qué procede?

—Pues, a pulir el juego que es la base para construir el alfabeto.

—Pero ya pasaron veinte años, quizá encuentre, sin necesidad del juego, otras vías para escribir su historia. Existe una bibliografía abundante al respecto.

—Se equivoca, ello está más allá de una novela o de un ejercicio historiográfico.

—¿Similar a la «posnovela» de Gabriel?

—Al fin capta el sentido de este juego. Porque no va a negar que lo de S. Lara es un juego. Es decir, cada uno de nosotros, autores/personajes rescribirá lo que de algún modo quedó trunco en las novelas publicadas y en los manuscritos que usted ya conoce.

—Quisiera creer, entonces, que es la segunda parte de cuatro novelas y dos manuscritos inacabados.

—Es más complejo, pero algo tiene de razón.

—Oiga, lo que no concibo es para qué hacerme venir hasta el DF.

—Porque el tablero tan sólo tres personas lo conocen. Usted es el tercero. Nunca regresó a Guatemala. Ahora que estoy de vuelta en México, lo recuperé de una casa de unos viejos amigos y está conmigo.

—Comprendo.

—Véalo, es hermoso, ¿no le parece?

—Sí, lo es, sin duda —respondí, absorbido por el objeto que tenía enfrente.

Yo no llegué hasta allí para repetir las escenas de una pasión casi secreta. Vine porque me interesaba conocer a un personaje/persona/autor de una novela que, conforme se desenvolvían los hechos, formaría parte de la «posnovela», que a esas alturas no sabía quién la escribiría: si Gabriel o yo. Si bien, desde aquel lunes, empecé a leerlas y me interesé por la trama, aunque no lograba retener los nombres de todos los protagonistas. El misterio siempre complica las cosas y dificulta el entendimiento de los argumentos.

Nos despedimos con cariño. Él se quedó en la mesa con una novela sin portada, vieja, amarillenta, subrayada obsesivamente. La leía encima del miedo, del olvido, en plena ciudad de México, y él sabía y yo también, que eso estaba bien.

IX

Camila me esperaba en el aeropuerto. Daba la impresión de impaciencia y enojo. Contesté aburrido a sus preguntas. Antes de que me perdiera en el sueño, me entregó un folder con la agenda de dos semanas. Al tope, hasta donde alcancé a ver.

Fueron quince días de aquí para allá: firmé contratos, corregí galeras, diseñé nuevas colecciones y sostuve algunas reuniones con personas patéticas, untadas de pomposidad y cursilería. Entre ellos, un español con manías de mujer histérica, lo cual fue pintoresco pero poco agradable por su insolente arbitrariedad que, en el fondo, encubre rasgos de serios trastornos de personalidad.

Octubre

X

Nos trasladamos en su viejo Opel de los años sesenta. Llegamos al Cementerio General a las once de la mañana. Mientras no hablara de ópera se conducía como un perfecto profesor de cálculo de la Facultad de Ingeniería. Dejó el vehículo estacionado en una de las calles de entrada. Antes de caminar, creyó oportuno decir que yo era la persona adecuada en la cual confiar un secreto más grande que Maria Callas. Ante tamaña confesión, acepté su invitación a un paseo por el cementerio, porque me pareció natural, es más, aún conservo algún sentido del humor y me gusta este tipo de misterios.

Como si padeciera un infierno en la tierra, habló desde una extraña perseverancia. No dejé de observarlo, de manera tal que una parte de mí estaba atenta a las lápidas y el mucho deterioro de panteones y columbarios y otra a sus palabras.

—Aquí estamos rodeados de muerte, pero no tengo miedo —dijo, tomándome un brazo.

Antes de entrar en materia explicó las bondades de las obras arquitectónicas del cementerio, construidas entre 1881 y 1917. Me llevó a conocer las tumbas de Adrián Recinos, Jacobo Árbenz, Justo Rufino Barrios, Virgilio Rodríguez Macal, Rodrigo Asturias (Gaspar Ilom), Mario Monteforte Toledo. En cada una se detenía y abundó en los detalles de su historia.

—Otro día, con más tiempo y calma, seguiremos con unos 337 personajes más.

Su relato restituía el sentido sagrado del lugar. Además, explicó que el lugar tuvo tres épocas: Los Cerritos, un sitio satélite de Kaminal Juyú, luego el republicano y más tarde, el moderno.

—Aquí puede encontrar todos los estilos: Art Decó, Neoclásico, Neogótico, Romántico, Art Nouveau, Historicista…

—Es una joya este lugar —acepté.

—Ahora viene lo bueno —afirmó, jalándome para que lo siguiera.

Metros más adelante, se paró y señaló un panteón grande, descuidado, el cual no tenía lápida.

—Aquí está la tumba de Jorge Luis Borges. Le ruego la mayor de las discreciones —agregó, antes de continuar. Prosiguió y se detuvo en otra tumba, todavía más abandonada.

No me atreví a preguntar. Lo miré con respeto, aunque no pude esconder mi estupefacción. No me quedó más remedio que darle largas al asunto.

—Nadie lo sabe, pero aquí descansan Julio Cortázar y Juan Carlos Onetti, sabe —afirmó.

Estaba pálido, sus ojeras oscuras, como si acabara de traicionar un pacto de sangre. Sus rasgos se acentuaron con la revelación del misterio, es más, sus manos finas temblaban. Me imaginé, entonces, después de escuchar la noticia sobre tan ilustres escritores, que sus ojos se clavaban en mí y lanzaban destellos como dagas.

—¿Está seguro Salomón de lo que me dice?

Enrojeció y puso cara de furia. Vi cómo apretó los puños. Sin duda, no tuve conciencia de lo que acababa de hacer. Poner en duda su secreto fue la mayor de las descortesías. Tuve que esperar mucho tiempo para que reaccionara.

—Lamento mucho que ponga en tela de duda mis afirmaciones.

Quise reparar el daño pero Salomón ya caminaba de vuelta a la salida del cementerio. Quizá se formó una peor opinión de mí, en hacerme depositario de sus secretos: su museo de Maria Callas y las tumbas de esos sabios escritores.

Detrás de él pensé en las palabras de Ciorán: "Un paseo por un cementerio es una lección de sabiduría casi automática". Lo alcancé. Salomón se detuvo y sacó un pañuelo. Secó la humedad de su frente y volteó a verme.

—Yo no estoy loco, joven. Quizá mi mujer, quien tiene frecuentes pesadillas y obsesiones, como sacarse una radiografía de los pulmones después de sus acostumbradas comilonas de espinaca.

—Por favor, Salomón, perdone usted mi imprudencia. Para nada lo juzgo.

—Loco, mi sobrino Elvis Pérez. Afirma todos los días, luego que regresa del colegio, que sus amigos lo han metido en el internet y desde ahí lo manipulan. Está seguro de que esa es la causa por la que oye voces y por lo que se le han caído los dientes.

Aturdido aprendí una lección: es difícil saber en qué parte de la realidad está uno, porque la vida es de otro modo, como si viviéramos en falta de algo o todo es una mera alucinación que data de un lunes ingrato. Para Salomón, estas creencias, la ópera, Maria Callas y Encarnación paliaban su pena y para ello los inventó a todos, incluyéndome.

—Todas las semanas vengo al cementerio. Hablo con esos escritores y les cuento, como si fuera un folletín, los capítulos de Maria Callas.

No supe dónde poner los ojos ni qué hacer con mis estúpidas dudas. Me retiré con la sensación de que yo

mismo estaba en proceso de transformación. Dejaba de ser un editor para terminar de dos posibles maneras: postrado en una cama de un psiquiátrico o un personaje más en una «posnovela», situación que me seducía porque ello facilitaría, según mi creciente ingenuidad, mi acercamiento con Encarnación.

Como sea, la actitud de Salomón no podía diagnosticarse como demencia senil ni nada por el estilo, eso lo entendería ese día, en medio de muertos y viejos árboles, era un modo distinto de asumirse en el mundo, como retirado de estar.

XI

Poco antes del arribo de Gabriel S. Lara revisaba las galeras del libro sobre la ciudad, a la sazón Itzá reapareció en la oficina. Me quedé inmóvil, como si viera un fantasma. Bueno, ese es un cuento viejo, porque ella era lo más parecido a un acto de magia. Al principio creí que sería la mujer de mi vida y acabó siendo un columpio, yo empujándola y ella yendo y viniendo, hasta que terminé sólo en el columpio, bamboleándome en soledad. Se quedó de pie. Traía un vestido espectacular.

—¿Te vas a quedar ahí, sin darme un beso? —dijo, radiante.

Para mí, el asunto de Itzá ya no tenía más que dar. Como el columpio, iba y venía sin avisar. Me quedé callado y miré hacia la ventana. Después, espoleado por su belleza y la perspectiva de desnudarla, me levanté y me dirigí hacia ella. La abracé para quedarme con sus mejores recuerdos. Tampoco se trataba de un final triste, pero sí, algo teñía de melancolía el momento. A ella, tal vez le daba lo mismo irse o quedarse, porque sabía que siempre podía empezar desde el principio.

—¿Cómo vas con Gabriel S. Lara?

—En la recta final, creo —respondí. Sonrió y se sentó. Por su aspecto, pedía una explicación detallada del asunto.

Pero, me ahorré una repetición de la enésima versión de esta historia, y ella dijo que veía en mi rostro demasiado

cansancio. Sacó un cigarrillo de su bolso y empezó a hablar de sus nuevas adquisiciones.

—Es una verdadera lástima, se quedarán en casa de mis padres —exclamó.

Yo no me había sentado. Sólo la observaba, para interpretar una vez más el papel principal de nuestra mejor obra: nosotros mismos huyendo el uno del otro. Un papel de impostor vencido por sus apetitos carnales.

—Bueno, basta de preámbulos —dijo.

Sorprendido, esperé encontrarme con otro insoportable enigma o algo parecido. Por su manera de verme, era indudable que estaba desesperada. Aunque lo disimulaba bien. Escondía cualquier atisbo de abandono o ansiedad. En pocos segundos pasaron por mi mente todo tipo de temores. Al fin y al cabo, tampoco yo me encontraba dispuesto a curiosidades.

—¿Preámbulos?

No obtuve respuesta. Itzá sólo era capaz de mover sus manos y no verme a la cara. Un breve silencio reinó entre nosotros. Enemiga de la sutileza y de hablar más de la cuenta, se levantó y caminó de un lado a otro de mi oficina.

—Me voy a Nueva York.

—Otro viaje —dije.

—No, me voy a vivir. Es decir, me contrataron por cuatro años.

No pregunté detalles, acepté los hechos tal cual, sin desgarraduras. Oscilaba entre cierta misericordia y repulsión por la situación. La vida siempre termina dándonos alcance. No es que hubiéramos formulado juramentos de amor eterno, sin embargo, descubrí con asombro cierto tufillo de capitulación.

—Qué te parece la idea de cenar en mi casa —preguntó. Dio un paso al frente para tocarme el pelo.

Ya era de mañana. Había un fuerte olor a mujer en la

habitación. Las sábanas y almohadas blancas, de seda y algodón, competían con el paisaje detrás de la ventana. Dentro de lo que cabe, estaba feliz. Itzá se peinaba enfrente de un hermoso y descomunal espejo.

Volteó a verme y sonrió como si a lo sumo existiera camaradería entre nosotros y no sexo desenfrenado. Empezó a pintarse y a ponerse un vestido amarillo. Entendí que era su manera de despedirse: corregir el *rouge*, dándome la espalda, con sus ojos languideciendo ante la sutileza de nuestra relación, como si entre nosotros el mundo terminara esa mañana, lejos de las fatigas de días sin historia.

Cuarta parte

Noviembre

I

El día que apareció por la oficina, previamente Camila informó generalidades sobre un serio inconveniente con el concurso de novela. La presencia de Gabriel S. Lara impidió que ella entrara en detalles en ese momento. Lo que bastó para experimentar un cosquilleo más en ese largo camino de palabras raras, que flotaban en un océano grande bajo el sol.

A paso de tortuga, más grotesco que nunca, fue acercándose para estrecharme la mano. Arrastró una silla y se sentó. Lucía resuelto, como si regresar al país fuera cuestión de mirar y luego darse la vuelta. Resoplo antes de entrar en escena para que yo concluyera que estaba dispuesto a morir con seriedad. Morir como personaje de novela, supongo.

Lo vi pensativo, por excesos de contemplación de ángeles y demonios, soliviantados por tanta literatura. Como si yo no estuviera del otro lado del escritorio, imaginándome con la lengua podrida y deseos de empezar de nuevo.

—Te veo cansado —afirmó.

—Cosas del trabajo —dije. Pero era mentira.

—Me dicen que sólo te faltan por conocer dos personajes.

—Así es —confirmé.

Alucinaba. Creí que inclinaba su cuerpo en dirección de la alfombra y la rascaba con un inexistente bastón y hablaba de teorías de la disipación y el miedo. Distraído, retrocedí.

—Esa es una buena noticia —me dijo.

—No le veo el lado bueno —afirmé. Además, puse distancia entre nosotros.

—Estamos al final, ¿no crees?

—El final de qué —respondí.

Calló. Su rostro perdido no pudo verse. Sonrió sin rencor. Supo que había cosas acerca de las cuales no lograríamos ponernos de acuerdo. Y yo también callé y nos envolvió un silencio que nos hizo hablar de otra manera, como si fuera un crujido o apagados por un tiempo que era sombra o una probable intención de lo que no habíamos dicho hasta ese momento.

—El final de este juego. Ya leíste las cuatro novelas y los manuscritos. Casi terminas con los personajes y, además, tengo entendido que estás obsesionado con Encarnación Ballesteros.

—En todo caso, no soy Sigfried Unseld, el editor de Thomas Bernhard, para soportar tus arrebatos y caprichos. Es cierto, las he leído y releído y aún no puedo explicarme qué te propones.

—La posibilidad de escribir una «posnovela».

—Me parece fuera de lugar. Estás como ciertos jóvenes escritores que creen que descubrieron el Dadá.

—Para nada. Míralo de este modo: después de este tiempo, bien podrías escribir una novela de amor.

—¿Quiénes serían los personajes? —cuestioné; mentía adrede—, porque desde aquel ingrato lunes empecé a perder todo sentido de la realidad y no lo he vuelto a recobrar. Comprobé que estaba enamorado de un fantasma, una ilusión o a lo mejor de un arquetipo. Y mentiría si no reconociera la fascinación que me producen los personajes/personas, sus vidas atrabiliarias, excéntricas y el resto de historias en el tramo de su desenlace final. Por ejemplo, el museo de Salomón y el Museo de la inocencia, inspirado en

la novela del mismo nombre y que se parecen tanto entre sí y conmigo. Es decir, la metáfora del fetichismo, que habla de los hombres que no consiguen ser apreciados por la amada, la sustituyen por objetos, que de algún modo, resultan ser una posesión simbólica. Salomón ama a Maria Callas a través de la Ballesteros, con su oculto museo y yo amo a la cantante de ópera a través de cuatro novelas y dos manuscritos y persigo a los personajes/personas como una manera de alcanzarla. En pocas palabras, Fösum es Ballesteros y la Callas y Kermal es Salomón y yo.

—Tienes tantos. Camila, Itzá, Encarnación Ballesteros…

—¿De dónde sacas esa idea?

—Me refiero a personajes. ¿Qué te ha parecido la hermosísima historia de amor de Helena. Es fabulosa, no crees?

—Más bien, fuera de lo común.

—Puede ser, pero es real. Ya verás cuando veas a Marilyn Monroy.

—De acuerdo, pero no me embrollé en este asunto para que meses después me convenzas de que tengo la capacidad de escribir una novela rosa.

—Sólo es una posibilidad.

Dejé de escucharlo y lo observé. Movía los pulgares. Cada tanto alzaba una de las cejas, como si comiera paciencia, casi convincente ante mi negativa para fraguar un argumento cuyo sentido resultaba imposible descifrar, porque ese juego lo inventó exclusivamente Gabriel, con el auxilio de sus personas/personajes, por lo mismo, tienen un pasado común, el mío es distinto, no cabe en esa trama.

—Preparo un informe de lectura. Sólo espero la reunión con Marilyn y lo redactaré y punto final, se acabó, Gabriel.

—Lo del informe no será necesario. Con hablar basta.

Te propongo una reunión más. También estarán Salomón, Encarnación, Merino y Jacobo. Te prometo que será la última.

—Ya casi lo tengo listo.

—No le veo mucho sentido —dijo, levantándose y despidiéndose a toda prisa, como si obedeciera al mandato de sus interminables preparativos para la función final.

II

Camila entró con el rostro descompuesto, hizo un ademán con la mano como para que no me olvidara de lo que iba a escuchar. Según yo, no existían motivos para sobresaltarse ni para tanta zozobra. Empezó a hablar con vehemencia, sin esa calma que la caracteriza. No es que quisiera regañarme y pedirme cuentas por el abandono de las cuestiones básicas de la editorial, pero sí había irritación, como si fuera a explicar los entretelones de un grave crimen. Ante semejante actitud, comencé a preocuparme.

—Por qué no te sientas —dije, alcanzándole una silla.

—El que debe sentarse eres tú —respondió, espontánea y rubicunda.

No me quedó otra opción que aceptar sus indicaciones. Suficientes razones tendrá, pensé, acomodándome en mi silla. Si me empecinaba en fingir que no pasaba nada, provocaría mayor ira y enojo. Así, para ahorrarme más drama del necesario, puse cara de circunstancia, uní mis manos y entorné los ojos, como si lo que fuera a soltar Camila en ese momento me dejaría imperturbable.

—Te refresco la memoria. Tú, Aníbal y Sergio desistieron este año de participar como jurados. Así, me ocupé de conseguir los sustitutos. Ya conoces quiénes son.

—Así es —asentí, viendo cómo temblaban unas finas arrugas en sus sienes.

—Llegaron cincuenta manuscritos. Después de la

preselección los jurados evaluaron nueve. De éstos, escogieron tres…

—Ya me sé a la perfección el procedimiento —dije.

—En concreto, la novela ganadora no viene con plica. La buscamos, incluso en las que fueron desechadas en la preselección y no está. No sé qué hacer.

—Fácil, incumple una de las bases, de tal manera, deben escoger la segunda —afirmé, asombrado por la seriedad que Camila puso al asunto. Sin pecar de injusto, ese era el camino.

—Lo que sucede es que el jurado dice que o es esa o no se premia a nadie. Así, las dos finalistas quedan descartadas.

—¿Declararlo desierto? —murmuré, pues huelga decirlo, pero el jurado tiene esa facultad.

—Es una posibilidad —admitió Camila.

—¿Entonces?

—Es que no estoy segura si vino sin la plica. Siempre que recibimos los originales revisamos que esté todo en orden. De tal modo que corremos el riesgo de ser demandados si no estamos completamente seguros de que procede esa decisión.

—Lo que no entiendo es la negativa de considerar a las dos finalistas como posibles sustitutas.

—Yo tampoco —aceptó Camila.

—¿Qué hacemos? —dije, viendo sus ojos en sus manos y su boca tan dulce e hija de ciertos gestos.

—El dilema no es qué hacemos…

—Si no…

—No va por donde crees. Mejor la lees y luego me dices.

—¿A qué viene tanto misterio?

—Según el jurado, es una historia de amor de un editor…

—El hijo de puta de S. Lara —exclamé, levantándome. En el acto pasé de la certidumbre a la incertidumbre.

—No creo que sea tu caso.

—¿Qué, ya la leíste?

—Las primeras páginas y algunas de en medio. Por eso te digo, no sé si es Gabriel o es pura coincidencia.

—Descríbela, por favor —grité.

—Es un texto limpio. Además, te das cuenta de que el escritor escogió las palabras correctas. No me cabe la menor duda, es una novela muy trabajada.

—Mujer, eso no me dice nada —gruñí.

—Pues, para ser lo más honesta posible, no es una novela de amor y tampoco entiendo por qué el jurado afirma que es un editor el personaje principal.

—Se volvieron locos. No puede ser, quizá no leíste bien.

—Al contrario. Independientemente de la veracidad del juicio que ellos emitieron para fundamentar su veredicto, lo discutible es que el editor nomás aparece insinuado, es como un fantasma moviéndose entre páginas. Y eso del amor apenas son descripciones al margen. La explicación más probable está en que el autor sabe de antemano el juego, alimentado por un afán descomunal de engañar y una gran capacidad de imaginación.

—No puede ser otro que S. Lara —aseguré.

—Tampoco puedo afirmarlo categórico. Aunque pusieras una atención especial en toda la novela, me temo que no resultaría una demostración creíble.

—¿Estás completamente segura?

—Por supuesto. Es contradictorio, sin duda, porque no hay indicios que apunten a Gabriel, al menos no tenemos pormenores. Has de cuenta que la obra fue escrita por un corrector de pruebas.

—Es un empleado de la editorial.

—No existe alguien tan inteligente para semejante ocurrencia.

—¿Es una buena novela?

—Sí, con ambiciones muy distintas a lo que suele escribirse en el medio.

—Pero no está la plica…

—Si tenemos en cuenta la mediocridad de la mayoría de originales, esta obra no sólo es eficaz sino está a la altura de cualquier premio.

—Por el momento no la leeré. Esperemos unos días y tomaré una decisión.

—Si la decisión ya está tomada: que se premie esa novela. Al menos, esa fue la percepción que tuve al hablar con los jurados.

—Ya lo sé, pero te suplico que no comentes nada aún. No hay que precipitarse. Quizá aparece el autor. Uno nunca sabe.

III

Después de la reunión con Camila llamé a Aníbal y Sergio. Los cité en un bar del centro de la ciudad. Necesitaba convencerme de que la existencia de una novela ganadora y la decisión del jurado sobre el concurso eran reales y no fruto de algún proceso de disociación psicológica.

Caminé a su encuentro. Sentía el sol de la tarde en la nuca como si fuera un tiempo distinto bajo un cielo al revés y yo arrastrara mis errores como entelequias raídas. Mientras recorría las calles, la vida se espesaba y la luz se quedaba pintada en los vidrios de los escaparates de los almacenes.

No se me quitaba de la cabeza una posible conspiración de S. Lara, creada y mantenida por una casualidad absurda: mi ingenuidad al aceptar el cuento ese de la «posnovela». Caminé, sin darme cuenta, alrededor de una hora, di vueltas por las mismas avenidas. Entonces, pensé que a lo mejor vivía un hecho anormal: mi expulsión de la vida, porque me subí al autobús equivocado y descendí en la parada incorrecta.

Quise enmendar tal yerro, el bus y los habitantes de la ciudad continuaron su marcha, pero en otro tiempo y por imbécil terminé en una situación bochornosa. En pocas palabras, S. Lara y las personas/personajes me dejaron fuera de mi propia vida. Es más, Encarnación fue la más escrupulosa, quizá por otros motivos, pero coincidentes con la trama general.

Si pudiera cambiar el argumento, elegiría otra historia, más racional, menos enredada. Volvería a aquel lunes con una expectativa diferente. No habría novelas ni manuscritos con nombres falsos, ni una cantante de ópera que me mantenía al final de los meses entre el amor y una fiebre malsana.

Ahora me dirigía al bar a confesar a mis amigos no vanaglorias sino lloriqueos y rabia. Aunque fuera lo pertinente y conveniente al momento, no dejaba de ser chusca mi situación.

En el bar ya estaban Sergio y Aníbal, ocupaban una mesa. Vi en la cara del primero como si tuviera miedo de reírse a carcajadas antes de las aclaraciones.

—¿Qué, te jodieron? —fue lo primero que dijo Sergio.

—Me temo que sí —respondí.

—¿S. Lara? —agregó Aníbal.

—¿Y quién más?

—Fue «La Divina», no crees —indicó Sergio, para provocarme con su típica mordacidad.

—Si lo quieres ver de ese modo, pues, qué te digo, los dos.

Yo sabía que el curso de los hechos era fruto de deseos incitados por la obediencia a cierta curiosidad literaria. No había otra definición. Sin embargo, ante ese revés, no estaba dispuesto al encono y reproches de mis amigos.

Me urgía entender o más bien, descubrir dónde estaba el gozne en todo ello, no para creer en infundadas fantasías sino para saber cómo salir airoso de esa emboscada. Si resultaban ciertas mis premoniciones, S. Lara estaba desprevenido porque no sabía que el jurado se adelantó quince días en dar su veredicto. Por lo mismo, no tenía suficiente tiempo para mover sus últimas piezas, lo cual me daba tiempo.

—Por fin, ¿nos contarás qué pasó?

Aunque las palabras de Camila no podían resumirse en una sola conversación, lo hice en cinco minutos. Si bien, la concisión no es una de mis mejores cualidades, traté de ajustarme en lo posible al libreto. Describí lo fundamental: la pérdida de la plica y la trama del texto ganador. Comenté mis sospechas de que era una jugarreta de S. Lara.

Sergio encendió un cigarrillo y cambió de postura, apoyándose sobre el respaldo de la silla. Aníbal hizo lo propio y llamó al mesero.

—Una botella de Stolichnaya —pidió, sin alzar la voz.

—Si es así, es una fechoría que S. Lara ha cometido. Una fechoría literaria, por supuesto —especuló Sergio, con los ojos en el techo.

—El problema es que ni Camila ni yo estamos seguros. Además, no seré yo quien lo divulgue.

—¿Por qué? —protestó Aníbal.

—Por dos razones esenciales: la primera, soy su editor y de algún modo, su amigo. La segunda, porque desprestigio el concurso, la editorial y, sin duda, a él, lo cual me parece poco elegante ni apropiado.

—No chingues, si él es el que te metió en este lío —reclamó, Sergio.

—Ahora mismo me siento incapaz de llamarlo y hacerle un reproche. En la medida que carecemos de pruebas, cómo hacerlo.

—Es fácil, con insinuaciones —sugirió Aníbal.

—Tienes miedo de juzgarlo con demasiada severidad —apuntó Sergio.

—Yo asumo toda la responsabilidad, al fin y al cabo se debe a mi insaciable codicia de estar enterado de cualquier cosa.

—Lo justificas —alegó Aníbal.

—Para nada. Esto es una cuestión de ambiciones. ¿Abstractas?, no lo sé. Quizá por ello seguí con el juego

y fingí ocuparme, como fue su deseo, de conocer a las personas/personajes. El problema fue la presencia de la cantante de ópera.

—Eso lo sabías desde el principio. Así, no vale ese argumento —aclaró Sergio.

—Y empezaste a dilapidar tus energías —acotó Aníbal.

Quizá no fue lo más honesto quejarme si ya sabía que este desenlace era una posibilidad y ellos sólo trataban de consolarme mediante meros supuestos. Es posible que mis querellas estuvieran envueltas de cierto prurito por descubrir la clave del asunto, en particular, ante la posibilidad que me ganara el rencor.

—Ante esta situación, ¿qué será de la «posnovela»? —cuestionó Aníbal.

—La «posnovela» es una patraña, a estas alturas aún no lo has descubierto —afirmó Sergio.

—La «posnovela» ya no le pertenece a S. Lara, me pertenece —dije, sin poder lidiar con la sensación de ridículo.

—Eso sería fabuloso, desbaratar sus planes. Creo, sin temor a equivocarme, que padeces un exceso de tacto y mesura. No se trata de ser un patán, pero debes reconsiderar tu actitud.

—Lo tengo claro, las cuatro novelas publicadas y los dos manuscritos, «La Divina» y «La novela paralela», son una empresa imposible y me temo que fue un distractor de S. Lara para darme una lección y de pasada ganar de mala manera el concurso. No sé la razón por la cual las personas, que no siendo personajes en este caso, se prestaron para montar esa farsa.

—Está clarísimo. Es una Sociedad Secreta de Personajes, donde los códigos son otros. ¿No lo has comprendido? —señaló Sergio.

—¿Otros códigos, cuáles? —exclamó Aníbal.

—¿Sociedad Secreta de Personajes?, por favor, eso es demasiada literatura —reaccioné.

—Lo mismo opino yo —terció Aníbal.

—Sí, entiendan, la «posnovela» no importa, menos la que ganó el concurso. Lo fundamental es demostrar su poder. En efecto, señores. Una sociedad en busca de un «poseditor» que logre restablecer el alma de la literatura porque, prematuramente, perdimos la solidez de la novela —insistió Sergio, con demostraciones poco discretas de su grandilocuencia.

—No encuentro la relación ni el nexo con el asunto que nos trae de cabeza. Es demasiado jalado, no crees —dije.

—Míralo de este modo. *Pedro Páramo* o *Paradiso* o *Rayuela* o "El Aleph", entre otras obras, serían inéditas. No habría editorial que los publicara —apuntó Sergio.

—Es cierto. Desde que vivimos la dictadura de los grandes consorcios españoles, cierto canon se ha impuesto y si no escribes desde esa lógica, olvídate de ser publicado —respaldó Aníbal.

—Vamos a ver. Encarnación no es Maria Callas, incluso un día me dijo que no le gustaba y que nada tenían en común. Por lo mismo, «La Divina» no es real y «La novela paralela» es como un guión o punteado parecido a uno de los tres relatos de *El gran espejo* de Mario Bellatin.

—No es un problema de verosimilitud. Físicamente son reales y literariamente también. El meollo de la cuestión es que son fallidas, ocultan el verdadero propósito de S. Lara. No sé si lo del concurso esté vinculado con ellas, pero procuran establecer una radiografía de nuestra sociedad. Los personajes encarnan valores confusos, sus estados de ánimo suponen lo contrario de lo que pregonan —rebatió Sergio.

—Quiero volver atrás, ¿Encarnación y Salomón son miembros de la Sociedad Secreta de Personajes? —pregunté.

—Por supuesto. Es menos siniestro que pertenecer al Ejército Secreto Anticomunista, ¿no crees? —afirmó Aníbal.

Fue innegable que luego de una hora tenían prisa por finiquitar el asunto y pasar a otros temas. Ante mi desconcierto, empezaron a zafarse de las preguntas que hacía conforme nuevos enfoques surgían. Lo que detonó el pánico fue la propuesta de varias reuniones para leer en voz alta los manuscritos.

El consenso fue que me quedara callado por el momento y que asistiera a mi próxima reunión con S. Lara, Marilyn Monroy, Cupertino Suchité y Encarnación Ballesteros.

Claro, antes de que Sergio y Aníbal se enfrascaran en una discusión sobre las 47 versiones del final de *Adiós a las armas* de Hemingway. Según Aníbal eran menos, alrededor de 39, pero el desencuentro fue por las 48 versiones del último capítulo de *El Gran Gastby*, de Fitzgerald.

Diciembre

IV

Falsa o no, la comedia de S. Lara era una herencia literaria poco común en el medio. Aunque corría el riesgo de morir en un escándalo doméstico o trascender. Ninguno de los involucrados estuvo en capacidad de predecirlo. Por mi parte, entendí la necesidad de asistir a la última reunión y dar por finalizada la aventura más extraña que me había ocurrido.

En el fondo, no deseaba que concluyera porque abría la puerta a un hecho banal y puntual: no ver nunca más a la cantante de ópera y eso me disgustaba. Además, Encarnación, en su momento, hizo hincapié en su independencia y en su rechazo rotundo a mis enamoramientos.

La reunión con Marilyn Monroy, Cupertino Suchité y Gabriel no abonó en nada. Ambos se alargaban y encogían, incongruentes, chorreaban indiferencia ante la mirada de S. Lara que marcó un deslinde. Nada de agobios sensibleros ni echar mano del fin de la historia.

Encarnación, a última hora se disculpó. Algo que les pareció razonable a los demás. Menos a mí, por supuesto, lo cual se me antojó como el último recorrido, la guinda que faltaba.

Reunido el hartazgo y cierta agria sensibilidad, los escuché sin mayor interés. Estuve a punto de mencionar a la Sociedad Secreta de Personajes. Ellos daban rodeos porque no se atrevían a soltar su propuesta: nombrarme caballero de la orden de dicha sociedad.

—¿Usted qué opina de todo esto? —dijo Marilyn Monroy.

—Al fin y al cabo, aquí estoy, dispuesto a escuchar sus historias, pero no a opinar —respondí.

—Debería estar feliz —agregó la Monroy, con un flamante vestido verde. Parecía ser la única con aire de festejar con sinceridad los hechos.

No respondí, suficiente absurdo se había derramado sobre mi vida como para preguntarle por qué consideraba que debía estar lleno de gozo.

Entretanto, S. Lara sonreía consciente de que contemplaba el último capítulo de su obra. Su forma de pararse tenía un gusto amargo y ciertos gestos eran la viva imagen de la precaución y el consuelo. Cupertino no se animaba a levantarse, es más, creo que ni abrir los ojos.

Por un rato me abstraje al grado de recordar la escena de un funeral de un pariente de Camila. En el velatorio sólo vi viejos, pobres, con muchas derrotas a cuestas. Un aire cenizo y de tristeza flotaba alrededor del difunto. Como si los ahí presentes ya hubieran sacado su boleto de ida, porque comprendían a la luz de los cirios y del gran crucifijo, que se trataba del fin de un ciclo, como el olor de sus ropas. Me fui con la idea de que jamás lograron acertar una sola vez en su vida.

—«La novela paralela» es un lienzo del país. Tres novelas son el resumen de la trágica historia del país y la cuarta, es el presente. Lo que hace quince años definíamos como posmodernidad hoy no es más que una modernidad líquida, lo cual no nos dice nada —dijo S. Lara, desarmado, alzando los hombros.

—Aquí nunca hubo modernidad —refuté.

—Pero, debes reconocer que sí hay algo que no termina de morir y tampoco de nacer...

—Sí, pero eso no tiene nada de liquidez, ¿no crees? No estamos en Europa, Gabriel. Estamos lejos de Estados

Unidos o de Buenos Aires. Por lo mismo, no puede haber «posnovela», menos un «poseditor».

—No estoy de acuerdo —refunfuñó.

—La «Divina», por ejemplo, confirma que en el amor entre Maria Callas (Encarnación) y Salomón no existe eso que llamas posmodernidad. Por muchos indicios.

—¿Indicios? —dijo, airado.

—El SIDA, el amor virtual, el miedo a las relaciones de pareja y la imposibilidad del sexo oral —dije, a sabiendas que soltaba una leperada.

Bajó la cabeza y se levantó. Salimos de la casa y marchamos en dirección de la avenida principal. En la esquina nos separamos. Antes de darnos un abrazo entregué un folder con mis conclusiones. Lo aceptó resignado. Los tres se fueron arrastrados por el silencio. Caminaron por el costado del fin de la tarde.

Para mi asombro, entendí que la «posnovela» ocurría desde el momento que todos nos volvíamos parte del recuerdo. Antes de subirme al taxi recordé que nada dijeron de la Sociedad Secreta de Personajes ni tampoco del fallo del concurso de novela.

Principios de enero

V

Ese día, pedí a Salomón que me dejara al final de Avenida La Reforma, nos vimos porque llevó una invitación a un concierto de Encarnación Ballesteros. Se alejó en su viejo Opel. Quince días después moría en paz a los 78 años, oyendo a Maria Callas.

Caminé en dirección al Obelisco y vislumbré que regresaba sin remedio a un mundo acostumbrado y que Encarnación y yo, desde esa tarde, éramos aire y personajes de una historia imposible o de la conspiración de una Sociedad Secreta de Personajes.

Antes de llamar a Camila para comunicarle mi decisión sobre el concurso, la cual había postergado más de la cuenta, me senté en una banca y vi hacia el norte de la ciudad, entonces descifré la trama y pensé redactar un discurso sobre la coherencia como una rémora…

Horas después me eché en el sofá y contemplé la imagen de La Divina en el vinilo “Callas/Lucia di Lammermoor”.

El acertijo de Maria Callas, de Gerardo Guinea Diez, se terminó de imprimir en el mes de septiembre de 2018, en los talleres de la Tipografía Nacional de Guatemala (18 calle 6-72, zona 1, Ciudad de Guatemala). El tiraje fue de 1,000 ejemplares.

En poesía, *Raíz de cielo* (Editorial Praxis, México), *Casa de nosotros* (Letra Negra), *Salvo la incertidumbre* (antología, Editorial Cultura), *Cierta grey alrededor* (Magna Terra Editores), *Calamadres* (Magna Terra Editores), *Exul Umbra* (Editorial Cultura - Magna Terra Editores), *País con lunita* (Germinal editores, Costa Rica), *Poemas irlandeses* (Editorial Praxis). Fue finalista del Premio Internacional de Poesía "Rubén Darío", en Nicaragua.

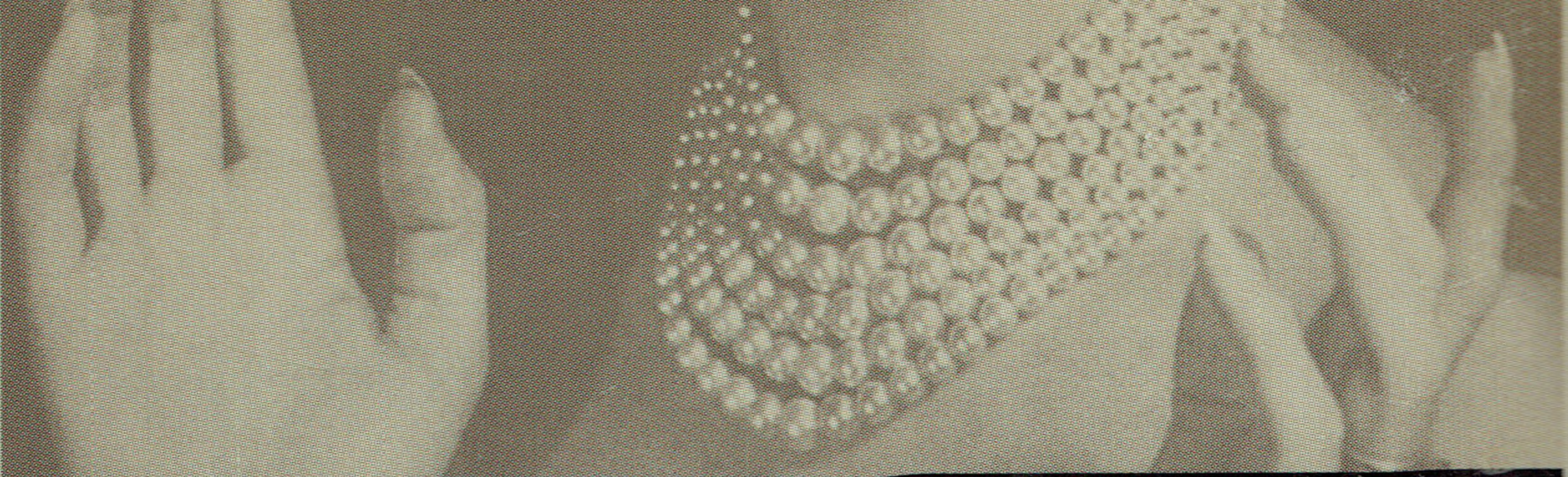
OTROS TÍTULOS DE LA COLECCIÓN NARRATIVA

Cuentos en carreta
Mario René Matute

En este mundo matraca
Franz Galich

Saga de libélulas
Francisco Alejandro Méndez
PREMIO NACIONAL DE LITERATURA "MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS", 2017

Lucía Jeréz
José Martí



El acertijo de Maria Callas es el intento de escribir una "post novela" a partir de dos inéditas y cuatro publicadas. Anormal empeño en un mundo donde la "post verdad" es un delirio con la rúbrica de Trump. Personajes y personas intercambian papeles y desquician a un editor sin nombre que se involucra a regañadientes en un tinglado, donde literatura, ópera y ficción protagonizan escenas hilarantes, pero, a su vez, él acepta ser parte del juego de una entelequia como muro contra la realidad, para "dejar atrás la promiscuidad de los temas del patio nacional". Así, Maria Callas no es, tampoco el resto de la historia. Quizá lo sea, el trasfondo de la misma; el país crudo, sin misericordia. En sus páginas, una poética literaria y el enigma de una sociedad secreta de personajes.

EC
Editorial Cultura

PREMIO
NACIONAL DE LITERATURA
MIGUEL ÁNGEL
ASTURIAS 2009